

Anne Michaels

El abrazo

Narrativa Internacional Traducción de Eva Cruz

Anne Michaels

El abrazo

Traducción del inglés de Eva Cruz



Para John Berger, Simon McBurney, Liz Calder, Alexandra Pringle, Rebecca y Evan

I
Río Escalda, Cambrai, Francia, 1917

Sabemos que la vida tiene un final. ¿Por qué habríamos de creer que la muerte dura para siempre?

Sobre la colina pasó la sombra de un pájaro; al pájaro no lo pudo ver.

Tenía el consuelo de ciertos pensamientos:

El deseo lo permea todo; no hay nada humano que pueda quedar libre de él.

Podemos pensar en lo desconocido solo en términos de lo conocido.

La velocidad de la luz no puede ser una referencia de tiempo.

El pasado existe como un momento presente.

De las cosas más importantes que sabemos, tal vez no se puedan tener pruebas.

Él no creía que el misterio que habita el corazón de las cosas fuera amorfo o vago o una discrepancia, sino un lugar dentro de nosotros mismos para algo absolutamente preciso. No creía en llenar ese espacio con religión o con ciencia, sino en dejarlo intacto; como el silencio, o la mudez, o la duración de un tiempo.

Tal vez la muerte fuera lagrangiana, tal vez pudiera definirse por el principio de mínima acción.

Asintótica.

La niebla humeaba como fuegos de crematorio bajo la lluvia.

Era posible que la explosión lo hubiera dejado sordo. No había árboles que le ayudasen a identificar el viento, ni

tampoco viento, pensó, en absoluto. ¿Estaba lloviendo? John veía relumbrar el aire, pero no sentía la lluvia sobre la cara.

La niebla borraba todo lo que tocaba.

Vio un destello, un grito de luz, al otro lado de la cortina de su aliento.

Hacía mucho frío.

En algún lugar allá afuera estaban sus preciadas botas, sus pies. Debería levantarse y buscarlas.

¿Cuándo había comido por última vez?

No tenía hambre.

Recuerdos que van calando.

Caía la nieve, de noche y de día y de nuevo de noche. Calles silenciosas; conducir era imposible. Decidieron ir andando el uno hacia la otra de punta a punta de la ciudad y reunirse en el centro.

El cielo, incluso a las diez de la noche, era de porcelana, un sólido pálido del que la nieve se descolgaba y caía. El frío era una limpieza, una bendición. Partirían a la misma hora y no se apartarían de la ruta, seguirían caminando hasta encontrarse.

En la distancia, en la intensa nevada, John vio fragmentos de ella —elípticos, estroboscópicos: el gorro oscuro de Helena, sus guantes—. Aún era difícil saber la distancia a la que estaba. Se sacudió la nieve del sombrero para que ella pudiera verlo a él también. Y sí, ella levantó los brazos por encima de la cabeza y los agitó para saludarlo. Solo se veían su gorro y sus guantes y el desdibujado fulgor amarillento de las farolas contra la blancura del cielo y de la tierra. Apenas sentía los pies, ni los dedos, pero el resto de su cuerpo se mantenía templado, casi acalorado por la caminata. Al verla, al ver ese vestigio de ella, se sintió vibrar. En ella estaba todo lo que le importaba. Sentía una confianza inviolable. Ya estaban más cerca, pero no podían avanzar más deprisa. En algún punto entre la biblioteca y el banco se agarraron como

si fueran los últimos humanos que quedaran en el mundo.

Esas costumbres menores que solo él conocía. Que Helena escogía los calcetines a juego con la bufanda, aunque nadie fuera a verlos metidos dentro de sus botas. Que en la mesilla de noche mantenía, supersticiosamente inacabada, la novela que había estado leyendo en el parque el día que comprendieron que estarían siempre juntos. Aquellos guantes de cuero delgados como el papel que encontró en el bolsillo del abrigo de tweed para hombre que se había comprado en un rastrillo de segunda mano. El anillo de su madre, que usaba solamente cuando se ponía cierta blusa. Que dejaba el bolso en casa y metía un billete de cinco chelines en el libro cuando se iba a leer al parque. La lata de caramelos en la que guardaba las monedas extranjeras.

Helena llevaba el bolso que él le había comprado en Hill Road, de suave cuero marrón, con una hebilla en forma de flor. Lucía el pañuelo de seda de colores otoñales, con un reborde en verde oscuro, que había encontrado en el mercado, y que ahora había hecho suyo gracias a su perfume, y llevaba el abrigo de tweed con cuello interior de terciopelo. La de veces que él había acariciado ese terciopelo al sostenerle el abrigo para ayudarla a ponérselo. Un número finito de veces. Todos los placeres de un día o de una vida, numerados. Pero el placer también era incontable, era algo más que sí mismo, porque permanecía, aunque solo fuera en el recuerdo; y también en tu cuerpo, incluso una vez olvidado. Queda la mancha del placer y su propio reverso burlón: la pérdida. La finitud puede ser algo tan imposible de concebir como la infinitud.

Caminaron hasta su piso y dejaron sus ropas mojadas en la puerta. No hacía falta encender las luces. Las persianas estaban subidas, la habitación iluminada por la nieve. Un ocaso blanco, una luz imposible. A John siempre le sorprendía, nunca dejaba de asombrarle, lo poca cosa que ella era, le parecía diminuta, y tan dulce y feroz que le dejaba sin aliento. Le había comprado los polvos aromáticos que a ella le gustaban y le llenó la bañera. Echó demasiados y la espuma

rebasó los bordes humeantes. «Un banco de nieve», dijo ella.

El soldado joven yacía a pocos metros. ¿Cuánto tiempo llevaba mirándole ese chico? John lo quiso llamar, hacer alguna broma, pero no se encontró la voz.

Aplastado contra el suelo, sin peso sobre él.

Quién creería que un hombre pueda ser derribado por la luz.

La mano de niño de John en la mano de su madre. La bolsa de papel de castañas, del vendedor que se planta con su brasero frente a las tiendas, tan caliente que sin mitones no puede agarrarla. Apoyado contra el pesado abrigo de lana de su madre. La suavidad de su bolso contra la mejilla. Pelando las cáscaras de papel marrón de las castañas para acceder a la carne humeante. El tranvía que chilla sobre las vías. El borde del delantal de su madre, que se escapa del borde de su abrigo, ese delantal que se olvidó de quitarse, el delantal que siempre llevaba. Los tranvías, las colas, los olores a pescado y a gasolina. La suavidad de ella contra su dura niñez. Su aroma antes de que él se rindiera al sueño, la calidez bruñida de su collar cuando se inclinaba sobre él. La lámpara que se dejaba encendida.

La posada estaba construida junto a las vías del tren, al lado de la estación rural, en el valle de un río. Hacía muchos años, la posada y el valle habían sido un destino turístico, promocionado por la compañía del ferrocarril por sus vistas de la montaña, de los prados llenos de flores silvestres, los pinos aromáticos y la betónica. El lento río recorría el camino de las vías como si fuera su sombra, como una madre que corre para seguir el ritmo de su hijo, líneas de plata que atravesaban toda la longitud del valle.

Helena se dirigía a la ciudad, que quedaba más allá, pero se había quedado dormida. No pudo evitar amodorrarse, sucumbir como si el movimiento del tren fuera una droga. Y, cuando el tren se detuvo en la última estación anterior a la ciudad, ella, medio dormida, no entendió bien al revisor, que vociferaba el nombre de la siguiente parada, agarró su cartera

y se apeó en la estación que no era.

Más allá de la débil lámpara junto a la salida estaba oscuro; esa oscuridad profunda del campo. Se sintió como una tontaina y también algo temerosa; los andenes desiertos, la sala de espera cerrada con llave. Estaba a punto de sentarse en el único frío banco a esperar a que llegara la mañana cuando escuchó risas a lo lejos. Más adelante le contaría que escuchó cantar, aunque John no recordaba que hubiera música alguna. Se quedó de pie junto a la salida, sin querer abandonar la lastimosa protección de esa solitaria bombilla polvorienta de la estación. Pero, al inclinarse sobre la oscuridad, vio, a cierta distancia, el seductor charco de luz de la posada.

Pasado un tiempo concedería a ese corto paseo en la oscuridad hacia aquella corona de luz —el susurro negro de los interminables campos de hierbas invisibles que la rodeaban— los atributos de un sueño; la sensación de inevitabilidad, la presciencia.

Mirando por la ventana delantera, Helena vio una sala encerrada dentro de su propio tiempo. Una posada de leyenda, de folclore; calidez y humo de leña. Butacas con la tapicería desteñida, mesas y bancos de madera con cicatrices, una enorme chimenea con una reserva de leños con la que atravesar el más crudo de los inviernos, apilados de suelo a techo, la provisión perpetua de un cuento infantil, con cada leño, se imaginó, reponiéndose mágicamente a sí mismo un siglo tras otro. John la observó sentarse cerca. Para él fue un encuentro de intimidad repentina en este sitio público; el ángulo de su cabeza, su postura, sus manos. Vio que un hombre —borracho y tambaleante, reconociendo en cada paso que la tierra giraba sobre su ladeado eje— se dejaba caer en la silla de enfrente y ojeaba a Helena con una mirada lenta, marinada, hasta que su cabeza, pesada como una piedra redonda, se derrumbó sobre la mesa. John y otro espectador se levantaron de un salto a la vez para ayudar y, entre los dos, arrastraron al hombre al fondo del bar a dormir la mona. Cuando John volvió, descubrió que su mesa estaba ocupada ahora por una pareja que no levantaba la mirada, perdidos ya para el resto de la sala.

—Lo siento muchísimo —dijo Helena, recogiendo

apresuradamente su abrigo y su cartera—, por favor, tome esta mesa.

Él insistió en que ella se quedara. Con un gran esfuerzo para superar la timidez, le preguntó si él querría sentarse con ella. Más tarde le contaría que se sintió atravesada por una sensación inexplicable, momentánea, que no era ni un pensamiento: que, si él se sentaba, ella se pasaría el resto de su vida compartiendo mesa con él.

Por la ventanita de la entrada, desde el calor de la bañera, veían caer la nieve.

Las líneas negras de los árboles le recordaban a un campo invernal que había visto una vez desde la ventana de un tren. Y el mar negro de la noche, y la capota y el mandil profundamente negros de su abuela subiendo desde el muelle, sin parar de tejer, conduciendo a su anciano asno cargado con pesadas cestas de cangrejos. Todas las mujeres del pueblo llevaban su bolsa de labor en la mano, debajo del brazo o en el bolsillo del delantal, y así las mangas y las pecheras, los trabajos de filigrana, iban creciendo a buen ritmo a lo largo de la jornada. Cada aldea tenía su propio tipo de punto; podías nombrar el puerto del que provenía cada marinero por el dibujo de su jersey, que contenía además una firma añadida —un error deliberado que permitía a la tejedora identificar su trabajo. ¿Un error que se cometía deliberadamente seguía siendo un error?—. Las tejedoras de la costa conjuraban sus puntos como hechizos protectores, para mantener a sus hombres a salvo, calientes y secos, el aceite de la lana repelía la lluvia y la espuma del mar, como una armadura pasada de padres a hijos. Tejían mangas más cortas y que no hiciera falta arremangarse para trabajar. Un hilo de lana denso, desteñido por el viento salado. El punto liso y el punto canelón, como los campos en marzo cuando se siembran las patatas. El punto de musgo, el punto de cuerda, el punto de abeja, la ola de mar triple, el ancla; el punto de granizo, el relámpago, diamantes, escaleras, cadenas, cuadrados, redes de pesca, flechas, banderas, aparejos. El punto de zarza de Noordwijk. Los calcetines en blanco y negro de Terschelling (dos hilos blancos, un solo hilo negro).

El zigzag de Goedereede. El árbol de la vida. El ojo de Dios sobre el corazón de quien lo luce.

Si un marinero perdía la vida en el mar, antes de que su cuerpo fuera consignado a las profundidades, se le quitaba el jersey, que le era devuelto a su viuda. Si un pescador aparecía en la orilla, se lo llevaba a su aldea, porque el punto de su jersey valía tanto como un mapa. Y, una vez restituido a su propio puerto, la viuda podía reclamar su cuerpo añorado gracias a un distintivo talismán: ese error deliberado en una manga, en una cinturilla, en un puño, en un hombro, ese dibujo roto era la firma, tan definitiva como la que pudiera plasmarse en un documento. El error era un mensaje que se enviaba a la oscuridad, la puntada de la calamidad y el terror, una señal para el futuro que la esposa enviaba a la viuda. Una plegaria para que, dondequiera que se encontrase, el hombre fuera devuelto a su familia y entregado al descanso final. Para que los muertos no yacieran solos. El error de amor que demostraba su perfección.

Había reglas del mar que también podían aplicarse a la vida en tierra, y, para cualquier marinero, conocedor del rostro cambiante de lo profundo, era necedad hacer caso omiso de una advertencia. Si, en la madrugada, camino del muelle, un pescador encontraba una liebre o a un cura, o miraba el rostro de una mujer —aunque fuera una esposa, una hija, una hermana, una madre—, no se atrevía a navegar ese día. En las calles del amanecer hacia los muelles del mar del Norte, las mujeres diligentes daban la espalda a los hombres. Y después de la muerte, también, había estrictas reglas de paso. En las aldeas los ataúdes se portaban así: los pescadores a los pescadores, las mujeres a las mujeres, las gentes de tierra a las gentes de tierra.

Su padre había abandonado el mar en favor de los campos. Marinero o campesino, ¿qué clase de libertad habrían conocido su padre o su abuelo? La libertad de un hombre que se parte la espalda para plantar su propia cosecha.

Cuando John recordaba a su padre, tenía la sensación de recordar solamente fragmentos —sentimientos profundos, pero solo trozos—, algunos momentos que pasaron juntos, ni

siquiera días enteros. Años, toda una vida, y ahora solo este puñado, este dolor del tamaño de un corazón.

Historias que se cuentan en un campo de batalla, en una lancha de salvamento, en una sala de hospital por la noche. En un café que desaparecerá antes de que llegue la mañana. Alguien que oye sin querer. Alguien que escucha, atento, con todo el corazón. Nadie que escuche. La historia que se cuenta a quien se está deslizando hacia el sueño, o hacia la inconsciencia, para no despertar nunca más. La historia que se le cuenta a quien sobrevive, que le contará esa historia a un niño, que la escribirá en un libro, para que la lea una mujer en un país o una época que no son los suyos. La historia contada a uno mismo. La ferviente confesión. La búsqueda dispersa, repetitiva, del significado de un gesto, en un momento cuya comprensión se le lleva escapando al hablante toda una vida. Historias que son incomprensibles para el oyente y que, no obstante, son recibidas: por la oscuridad, por el viento, por un lugar, por una lástima insensible o desapercibida, incluso por la indiferencia.

Aquello que entregamos no nos puede ser arrebatado.

Ya era tarde. Fuera de la posada, solo la luz tenue de la estación y, más allá, la de las estrellas.

John no podía explicar lo que sentía: era como si Helena y él hubieran estado allí antes, como si estuvieran representando algo, como si todo lo que decían de alguna manera estuviese predestinado. Sentía que, si al día siguiente volviera, la posada no existiría, que ella no existiría.

Dijo que esperaría con ella hasta que llegara su tren. Se preguntaba por qué ella no le tenía miedo, un desconocido en este lugar tan aislado. A él ella sí lo asustaba un poco.

Dentro de la cálida posada, habían hablado sobre segundas oportunidades. Afuera, en la fría noche, parecía que se conocían de siempre. Estuvo a punto de cogerle la mano.

Más adelante comprendería que hay un momento en el que tienes que hacer que tu vida sea tuya; debes reclamarla, separarla de todas las historias que te han sido dadas, que has heredado o que te han impuesto, o que has estado abrazando

mientras otra persona reclamaba la suya. Ya sabía que la vida no elegida, la que se deja atrás por cobardía o por vergüenza, no se marchita. Sin excepción, en lugar de eso, crece desbocada, y ahoga el sendero que queda por andar.

Sería como salirse de la propia ropa, pensó. Como entrar en el mar, cuando ya no sabes dónde empieza tu piel.

Nunca se había planteado que ahogarse pudiera ser una muerte dulce. Pero quizá, después de todo, el mar fuera el mejor sitio donde morir. El mar, donde, como la memoria —según había escrito una vez—, la vaguedad de la forma es la forma misma. Antes de este momento hubiera dicho que semejante desapego mental demostraba cierta disciplina. Ahora pensó que cuando algo está desapegado es que está roto.

Imposible nombrar el momento exacto en el que cae la noche, tan inasible como el momento en que nos adelanta el sueño.

El agua con la que se lavaba apestaba dentro de su casco, un charco demasiado sucio como para albergar un reflejo. Como si el crepúsculo mismo le susurrara, escuchó la voz de Gillies. Al principio no sabía si Gillies estaba hablando solo o si hablaba con alguien, pero pronto comprendió que las palabras de Gillies eran para él. En algún punto del camino habían unido sus suertes. John se había aprendido los tres tipos de ocaso —el astronómico, el náutico, el civil— por su padre, pero en aquel lugar era tan difícil saber la edad del amanecer como la del rostro de un hombre. Gillies tenía doce años más que John y ya le habían cosido más de una vez. «En el hospital de Sarnesfield —le contó Gillies—, había una enfermera, la señorita Ella Leather. Nos cantaba cuando la sala estaba a oscuras, con solo una lamparita junto a cada cama…».

El amanecer era como una roña sobre todas las cosas.

Oh, no, no buscaré a otro, por muchos años que viva…

Porque nunca tuve más que un amor verdadero, y él yace en un sueño profundo…

—No diré que no llorara nadie —dijo Gillies.

Los pechos de ella tienen la medida perfecta de sus manos.

Sintió una presencia, una corriente termal, un temblor sobre la superficie entera de las cosas, como un espejismo de calor. Una profundización, no un oscurecimiento. Sabía que lo había sentido porque inmediatamente sintió otra cosa aún más cierta y poderosa: que esa sensación se empapaba. Ahogado por su torpe incomprensión, por su limitación, su espasmo de duda.

La nieve del ocaso le hizo preguntarse si la luz no estaría ascendiendo desde el suelo.

Se daría cuenta del momento de su propia muerte o sería como el caer de la noche.

La marea había traído el cuerpo del abuelo de John a la orilla, y fue llevado a casa, a su aldea, recuperado por el dibujo de su pechera y el error deliberado de la manga.

Todos los marineros que trajo la marea aquel verano —Adrianus, Martinus, William, Jens, Arie, Thomas, Dirk, Joos, Hendrik, James, Luc, Dorus, Edward— y todas las mujeres de los puertos del mar del Norte que se habían ganado un nuevo título delante del apellido: la Viuda Maris, la Viuda Fischer, la Viuda Langlands, la Viuda Martin, la Viuda Hansen, la Viuda Meijer, la Viuda Williamson, la Viuda Fairnie, la Viuda Troost…

Hay quienes sostienen que esto son solo rumores, que no hay pruebas de que los marineros fueran devueltos a sus casas por medio de un hilo de lana tejido al revés. Pero, como todo lo que nos resulta difícil de creer, solo hace falta que haya sucedido una vez para que sea verdad.

El viento sopla frío sobre mi amor verdadero, frías vuelan las gotas de lluvia…

—No diré que no muriera nadie mientras la escuchaba —dijo Gillies.

Tal vez la conciencia ocurriera solo cuando hubo suficientes humanos vivos para generar la chispa, para sellar

el circuito, la masa crítica para que el grano de arena se convierta en la duna, la sinapsis que permite que una bandada cambie de dirección en un instante. Más adelante habría otras metáforas: las quiasmas, los intercambios, los cruces. El cable que se cruza del revés.

En la muerte, ¿el alma es conciencia sin materia?

Aquella iglesia cerca de Siena, con su gárgola, una cabeza con dos cuerpos. ¿Sería un tormento mayor tener dos cabezas con un único cuerpo?

Todo, pensó, es dual, nada está solo: la nieve refulge más cuanto más profundo se va haciendo el ocaso.

Ahora nevaba con fuerza, ¿por qué no tenía frío?

Recordaba sentir dolor. ¿Por qué ahora no lo sentía?

El bar estaba casi vacío, el borracho que los había unido seguía dormido. John esperaría con Helena en la estación, quedaban aún horas para el amanecer. Su pelo castaño reluciente, su abrigo de tweed con sus remilgadas solapas. Era elegante, sincera, curiosa, dulce, él no sabía cómo pertenecer a nadie, cómo iba a dejarla marchar.

—La lástima no nos da derecho sobre ningún otro ser humano —le dijo—, ni le da a ningún ser humano derecho sobre nosotros.

—Es una forma de juicio —dijo él.

—La lástima no es amor —dijo ella.

¿Quién le había hablado alguna vez así?

—¿Y la piedad? —preguntó él. La piedad es otra forma de juicio, pensó. Se concede, pero sigue siendo un juicio. ¿Y entonces qué es el *ágape*? Una rendición al bien.

—Puedo entender que te duermas y te pases de parada, pero ¿quién se queda dormida para bajarse del tren antes de tiempo? —Helena rio. Y de repente su aspecto reflejó el asombro que sentía, como si un hechizo la hubiera traído a este lugar inexplicable, cada uno de ellos sentado a un lado de la mesa. ¿Cómo podía sentir que los hechos de un azar tan frágil eran exactamente lo mismo que la inevitabilidad? Habían hecho falta incontables puntos de cruce para traerlos

juntos a esta mesa, en esta noche de finales de verano en pleno campo, bajo el antiquísimo mapa de las estrellas, un mapa que ya había dejado de existir y que sin embargo se veía luminoso y claro.

La fe usa el mecanismo de la duda para probarse a sí misma. Es una ausencia que prueba lo que una vez estuvo presente. Podemos comprender sin pruebas, pensó, podemos tener pruebas sin tener comprensión.

En el barrial parecía que hubieran pasado horas sin que nadie hablara. ¿Puede oírse a un hombre pensar en la oscuridad? Sí.

—Puedo tapar la luna con la mano —dijo Gillies.

La nieve cayó sobre este campo en la Edad de Hierro, en la Edad de Bronce, sobre quienes yacían enterrados por debajo de él, los árboles lejanos como runas en una gráfica de Snellen. Pronto, pensó, ya no sería capaz de leer la línea más pequeña.

En el sitio donde John y Helena esperaban cerca de la estación de tren, la indicación de la calle había sido borrada por la lluvia y cada letra no era sino una levísima muesca, como si con un dedo pudiese borrarse la piedra.

La noche fue creciendo a su alrededor gradualmente, una lenta filtración. Como bruma de mar, como el amor, que poco a poco nos va empapando.

¿Qué le dice una madre a su hijo cuando despierta en la noche, un alma enferma de miedo? Que en sus brazos está a salvo, amado por ella para siempre, que nada puede acabar con este amor en el que lo abraza, un amor sin final. Y él la mira a la cara, la cara del amor puro, y despacio va dejando que este amor le bañe, y se quedan dormidos uno en brazos de la otra, madre anciana e hijo adulto, separados por cientos de kilómetros.

Tal vez en la muerte, pensó, perdemos los detalles y nos quedamos solo con el sentimiento asociado a esos detalles. ¿Es eso lo que el alma sabe en la muerte, cómo se separan los sentimientos de los recuerdos?

El tweed de su abrigo, la seda de su vestido.

Volvió a casa del colegio y se encontró a su madre acostada en la cama; nunca en toda su vida la había visto echarse durante el día. Estaba tumbada de lado; se fijó en sus costillas y en el hueso de su cadera. Ni siquiera se había quitado los zapatos, botines de cordones, negros, muy usados, los que llevaba siempre. Nunca olvidaría su ternura y su miedo. Ella alargó la mano y él se acostó a su lado.

¿Qué edad debía de tener? No más de doce o trece años. Su padre recién muerto. No mucho más joven en realidad de lo que era el joven soldado que lo miraba ahora, al que casi podría tocar, si fuera capaz de alargar un brazo.

No hay escapatoria del dolor de la fe incluso en esta oscuridad, incluso cuando las creencias están completamente desmontadas; si las partes pudieran volver a encajarse, ¿formarían una linterna o un arma? Cualquier palabra que el corazón pronuncie, incluso la renuncia o la burla más amargas, se suspendería en el aire a la espera de una respuesta.

Su madre se quedó dormida y, tumbado junto a ella, escuchaba llover. La cálida lluvia del verano, decía a menudo su madre, que le despertaba ganas de salir afuera corriendo para sentirla en los brazos, para levantar la cara hacia ella.

¿Y si moría aquí? ¿En esta porquería en vez de en la limpia salmuera, sin un jersey del color del mar nocturno, empapado y pegado a la piel, frío y pesado como una cota de malla, sin que nadie identificara el error?

Almuerzos en el pequeño jardín, entrar corriendo para desvestirse, encontrar al día siguiente las tazas en la hierba, llenas de lluvia.

El algodón delgado y pálido del camisón de Helena, gastado por el sueño hasta la transparencia; la sombra débil de sus piernas desnudas.

El joven soldado, a no más de dos brazos de distancia, seguía mirándolo sin hablar.

La sombra del pájaro doblándose y desdoblándose, como un pañuelo de seda al viento, las alas contra el cielo como una página vuelta del revés, un mensaje que pasa entre los dos.

Qué alerta parecía el soldado muerto, qué absoluta, qué completamente despierto.

II
Río Esk,
Yorkshire del Norte, 1920

Domingo por la mañana, las campanas tocando a eternidad. John se forzó a estarse quieto. Helena junto a él, nadando en el río del sueño, el camisón de algodón escalando hasta las axilas, los cabellos flotando a su alrededor. La iglesia de Hull, vidrieras de colores que se derretían hasta hacerse líquidas. Los franceses en Reims luciendo sus pantalones rojos de vengarse de los prusianos. Hombres franceses, hombres de trincheras. Aquella tumba de cuatrocientas cincuenta millas de largo.

John se quedó parado en la pequeña cocina como si se hubiera perdido. Helena tuvo que pedirle que se sentara. Con la pierna inválida extendida. Alargó la mano hacia la luz que caía sobre la mesa. Como si pudiera agarrarla, pensó ella, como si no se la pudiese creer.

El tren precipitándose hacia casa, comiéndose el futuro; su estela de humo era una quema de posibilidades, oportunidades ya extinguidas. En ambas direcciones, un letargo agazapado detrás de cada acción; cada decisión tomada, una sangría del ímpetu. El miedo estaba tan incansablemente ligado a la esperanza que era difícil distinguir el uno de la otra.

Helena frotó las patatas y las zanahorias para limpiarlas, las troceó, las metió en una olla. La tierra inocente de la que salían.

Llenó la tetera y se sentó a su lado. Le tomó la mano.

—¿La señora Harvey sigue siendo nuestra vecina? —preguntó John.

—Sí —respondió ella.
—¿Ese que ladra es su perro Jip? —preguntó él.
—Sí.
Lo observó incorporar esta información como si fueran instrucciones, como si él le hubiera pedido una dirección.

Desde la orilla del mar del Norte, a una distancia de veinte millas, un leve zumbido llegó a la oreja de piedra, al espejo acústico colocado frente al mar. El rumor constante del motor de una aeronave a veinte millas. Quince preciosos minutos de aviso.

Hubo un tiempo en el que poseyó otra facultad, una resiliencia de cuya desaparición solo era consciente ahora que no la tenía, tan indetectable como la marea en un río; su padre le había hablado de un barco que parecía completamente entero mientras se hundía, mientras perdía agua por cada una de sus juntas. Invisible como las ondas de radio y los rayos cósmicos que nos atraviesan, como los seiches y las fuerzas históricas que nos limitan, que dan forma a nuestras ideas preconcebidas, a nuestras compasiones, libertades, juicios; los remordimientos de una generación son heredados por la siguiente en forma de esperanzas, como los gérmenes y las esporas de los límites y las expectativas que absorbemos de la atmósfera social. Del mismo modo que un pájaro que intenta volar contra el viento puede parecer inmóvil.

El primer domingo que pasó en casa fueron en coche a Molk Hole. En la neblina de la mañana los acantilados de caliza parecían icebergs. Observaron la ventisca de pájaros, gaviotas tragándose sus propias preguntas, el eco de sus graznidos rebotando contra las paredes de roca. John sostenía la mano de Helena y sentía el sello que había pertenecido a su madre, oro del ancho de un pelo, como una línea trazada a lápiz alrededor del dedo. La M de Mara; ahora, en su mano, era la M de madre.
—Podríamos escaparnos —había susurrado Helena a su lado en la oscuridad, antes de que él se alistara.
—¿Y a dónde iríamos?

Largo silencio.

—A Saint Kilda.

Él se había reído.

—Llamaríamos la atención como dos espantapájaros.

Ella no había podido evitar reírse también de sí misma, hasta que la invadió la indignación.

Ahora John se daba cuenta de que había hecho mal en reírse. No podría vivir sin la ferocidad que ella desplegaba en su defensa, en defensa de ambos, de los dos juntos. Ella le había despertado en mitad de la noche: ¿el reclutamiento qué tenía que ver con ellos? Ahora, cuando ella se llevó la mano al pelo para colocarlo a favor del viento, vio su nuca desnuda saliendo del jersey. Toda esa suavidad secreta que a él le estaba permitido tocar.

—Podríamos encontrar una cueva en alguna parte —había tramado ella en la oscuridad—. Podríamos esconder el humo de la hoguera que encendiéramos para cocinar, podríamos vivir de ortigas y buscar comida en el mar…

Allí estaban, en pie de nuevo, sobre los acantilados. No entendía cómo había tenido tanta suerte. Dado por muerto, desentrañado, devuelto.

Mientras se hacía la cena construíamos una casa en la mesa de la cocina con piedras de la playa. A veces, al bajar de la montaña, agotados por la caminata, la cena era una sopa de lata, un paquete de galletas, una onza de chocolate frente al fuego. La casa en su día había sido un molino sobre un hilo de agua. Nos leíamos el uno al otro por encima del sonido continuo del arroyo y del mar, dormíamos debajo de mantas pesadas como una noche que se cierra. ¿Qué fue de la linterna del guardagujas, de aquellas piedras sobre la mesa? ¿Quién lee debajo de las mantas los cuentos de Tolstói en la edición de mi padre? Hubo otra casa, una chabola de tablones junto a un lago de montaña, una cama, una mesa, una alfombra harapienta, un lavabo, una cocina de leña, contraventanas pintadas, el cuento infantil que se cuenta a oscuras. Tu camisa azul. Tú dijiste que el mar era grande como la muerte, su oleaje era ensordecedor, había que hablar en susurros incluso mientras cenábamos. Bocas y orejas. Estrellas que eran como la luz del día atravesando el tejido de una cortina. Nunca hemos vivido lejos del sonido del agua. Tuvimos la casita de

obrero en aquel pueblo construido en torno al aluminio, y el pub en mitad del campo en el que nos despertábamos con escarcha en cada filamento y en cada fibra, en cada tallo, cada vara y cada piedra, filigranas plateadas de precisión microscópica. Encontrábamos al atardecer el camino hacia las ruinas. Galletas, un termo con té en el coche. Con la manga secábamos la luna del coche, lavábamos las tazas en la lluvia.

Escribo esto, John, no porque crea que lo has olvidado, sino porque sé que te acuerdas.

Sobre el humo del mar, en la cámara de eco de los acantilados, los graznidos persistentes de las gaviotas, como si esperasen una respuesta distinta. De punta a punta de la costa, los espejos de piedra, escuchando.

El estudio fotográfico sobre el que vivían llevaba cerrado desde el día que se alistó. Ahora levantó las persianas del escaparate e hizo inventario de todo lo que necesitaba. Jonn vio que Helena había pintado y esbozado en tiza nuevos fondos para el estudio: un jardín de verano, una vista lejana de prados y montes, un patio de estilo italiano, un piano.

Todavía no había recuperado sus fuerzas y no era capaz de estar de pie mucho rato sin que la pierna le ardiera de dolor. Helena lo convenció de contratar un asistente, alguien con experiencia, que conociera los productos químicos y los procesos, cómo colocar las luces y el atrezo para conseguir los mejores efectos. Alguien que entendiera de sombras. Un hombre dispuesto llamado señor Robert Stanley.

—Londres es un sitio grande y aquel era un negocio pequeño… Pero tal vez usted lo conozca. La empresa del señor Sawyer en Exmouth Market. —El señor Robert Stanley miraba a John con ansia transparente.

—Escribiré al señor Sawyer para que me dé una referencia.

—El señor Sawyer nunca volvió de Francia, señor.

—¿No hay nadie más que pueda responder por usted?

—No, señor. Lo aprendí todo del señor Sawyer y no he trabajado en ningún otro lugar. A lo mejor podría probarme durante unos días, sin sueldo, y ver si soy o no capaz de arreglármelas a oscuras. —El señor Stanley sonrió—. Mire a ver si encajo. Señor. Cada uno tiene su forma de hacer las

cosas. Yo eso lo respeto, y aprendo rápido. Con que diga una sola vez lo que quiere, yo ya sabré.

Y era verdad. El señor Robert Stanley tenía una habilidad considerable. Era capaz de iluminar una escena tan bien como John. Quizá mejor.

El señor Stanley era de Pitlochry; ¿por qué no había regresado a casa después de licenciarse del ejército?

—Allí ya no me queda familia.

¿Y por qué venir aquí, a este pueblecito?

—Aquí tenía una tía a la que solía visitar de pequeño.

¿Recuerdos felices? Y tras un silencio:

—Oh, sí.

A veces se tomaban un descanso y se quedaban fuera, de pie, fumando juntos bajo el pálido sol. John no sabía casi nada sobre su asistente, excepto que había sido aprendiz de fotógrafo en Londres hasta que lo llamaron a filas.

—Para mí no hubo medalla de servicio —decía el señor Stanley. ¿Significaba eso que había acudido a un tribunal de exentos y lo habían rechazado? El señor Stanley no ofrecía más comentario. John se dio cuenta de que las reticencias de su asistente tal vez le inquietaran menos de lo que podrían inquietarle sus revelaciones; quizá fuera preferible. El silencio entre ellos no equivalía a intimidad, ni era tampoco particularmente amistoso. Pero tampoco era inamistoso. Era sencillamente el reconocimiento de una relación de mutua conveniencia, un deseo de llevarse bien, sin la menor complicación. A veces el señor Stanley rompía el silencio, no con un comentario o una pregunta, sino con una afirmación, como si estuviera registrando un hecho, para que no hubiera duda, por ejemplo, de su apoyo a la Triple Alianza o a la revuelta de Poplar. Muchas veces John no daba respuesta hasta un día o dos después, cuando ya había tenido tiempo de pensar, y solo si sentía que tenía algo que añadir. Elaboraba con muchísimo cuidado su respuesta, para ser igual de concluyente, o quizá más, y luego dejaba caer su pronunciamiento en el espacio abierto entre los dos:

—Irónicamente, no hay sistema político, por muy opresor o reduccionista que sea, que opere sin la premisa básica del libre albedrío; puesto que cualquier sistema depende de su

capacidad para someter ese libre albedrío.

O decía:

—Cada vez que disfrazamos la verdad, debilitamos nuestra voluntad.

Entonces el señor Stanley asentía con un gesto breve y característico, como si el punto se lo hubiese anotado él, se terminaba la pinta de cerveza de un trago y plantaba el vaso vacío en la mesa. Una vez, a modo de respuesta, el señor Stanley se limitó a desabrocharse la chaqueta para enseñarle un ejemplar doblado de *The Worker* en el bolsillo interior.

John recordaba las botas de su abuelo en la puerta trasera de la casa de sus abuelos cerca de Flamborough Head, dos agujeros en los que hacer desaparecer por completo sus piernas de niño. Una vez, se había despertado temprano y había visto que las lámparas ya estaban encendidas en la cocina. Pensaba que su abuela estaría rezando, pero estaba tejiendo. Le gustaría meter las piernas en esas botas ahora mismo y entrar en el mar. Le gustaría dejar su pierna inválida en una de esas botas, arrojarla con las alforjas, siempre apiladas detrás de la puerta trasera de la casa de sus abuelos, con aquella peste a leña mojada, a pescado en la lluvia, a barro del jardín macerado en salmuera marina. Él mismo se serraría la pierna si creyese que con eso podría detener el dolor, pero sabía que nunca desaparecería, incluso aunque desapareciera él.

El sendero al final del jardín crecido conducía al río; sauces llorones, hierbas y juncos, y más allá de la presa los rápidos constantes que en su día calentaron el corazón de un molinero. Helena desdobló la manta y John colocó la cesta a la sombra. Al meter los pies notaron el agua fría y clara. Fue tan largo el rato que pasó observando cómo la luz se movía en el agua que ella se preguntó si quizá él estaría siendo capaz de percibir ahí un cierto orden. Luego se recostó, mirando cómo las ramas de los sauces se movían contra el cielo claro, hasta que se le cerraron los ojos. El aroma de la hierba calentada al sol. Helena le tomó la mano y la colocó sobre su muslo; él sintió su suave fortaleza por debajo del vestido floreado. Cuando pensaba en el alma imaginaba un

estado de sentimiento abstracto, pero no era capaz de imaginar la emoción como algo desvinculado de una experiencia específica, desprendido del cuerpo, del cuerpo de Helena; ¿es posible saber algo que nuestro cuerpo no sepa? ¿Nacemos con emociones innatas, que esperan a ser reconocidas? ¿El terror desconectado de la memoria sería más puro, más potente, o la abstracción lo debilitaría? Una cantimplora agitándose con un dedo de agua sucia. Si te estás asfixiando, al menos es porque respiras. El aire como elemento capaz de pudrirse. Ves, se dijo, aún soy capaz de palabras ordenadas y precisas como pudrirse, bilioso, infestación, putrefacción…

—Qué afortunados somos —murmuró Helena, apenas un aliento dirigido a sí misma, al río, a ese bendito día, para no despertarlo.

Como regalo de bienvenida a casa, Helena había pintado una escena en las contraventanas de su dormitorio, para que pudiera ver la luna rielando sobre el río incluso cuando estuvieran cerradas.

Le sorprendió lo rápido que lo encontraron los clientes, y las ganas que tenían de hacerse retratos de familia.

Llegaban luciendo sus mejores galas. Los hombres preferían sentarse, para disimular una amputación o una prótesis, otros posaban de perfil para evitar la visión de un parche, de cicatrices, de profundas desfiguraciones. John sabía de la necesidad de estos retratos para las esposas y las madres: pruebas de que habían vuelto a casa, un argumento para creer que la vida familiar se había retomado, distintas formas y grados de la evidencia de que se había sobrevivido y se había regresado. Él mismo, o bien habría despreciado la cámara por completo, o bien habría despreciado la ilusión, y se habría enfrentado a ella con las heridas a la vista.

Trabajaba metódicamente, reflexivamente, agradeciendo los preparados y las soluciones, los rituales de la tarea. Que lo que creaba la luz lo revelara la oscuridad. John había apreciado inmediatamente la habilidad casi furtiva del señor Stanley; pasaba inadvertido y era ordenado. John pronto empezó a confiar en que todo volvería a estar donde lo había

dejado, especialmente en el cuarto oscuro. Sin embargo, había pistas de que el señor Stanley era un hombre diferente una vez que salía del estudio —quizá algo más que desordenado en sus opiniones y en sus ideas políticas, y no porque no tuviera principios, sino como consecuencia de sus principios—. No parecía que la reserva del señor Stanley fuera algo natural, sino más bien producto de su disciplina, un reconocimiento simultáneo tanto del hecho de ser un subalterno como de la superficialidad de esa jerarquía. La obediencia del señor Stanley colocaba a John firmemente en poder de su asistente; era una burla, que se hacía más fuerte; infligía una complicidad. El desequilibrio de poder había sido evidente de forma casi inmediata —era como reconocer la letra de alguien; por un momento, como si pudiera ver la sombra que se cernía sobre los rasgos del señor Stanley desde dentro—. A John no le inquietaba haber vislumbrado el carácter del señor Stanley; le parecía más bien una prueba de su honestidad, de que era una persona práctica. Pero le generaba suspicacia que el señor Stanley lo pudiera despreciar.

Estaban preparándose para un retrato de familia, desenrollando las montañas y colocando sobre la mesa un gran mantel que tapara la pierna desaparecida de uno de los retratados. La primera vez que trabajaron juntos, John había sacado el mantel y explicado para qué servía («para esconder lo que es invisible, y para esconder lo que no debe ser visto»). Le dijo al señor Stanley que habría preferido fotografiar la verdad, no para provocar lástima, sino para despertar la ira.

El señor Stanley asintió brevemente, como solía, no para mostrar acuerdo, sino como forma de escarnio, como John bien sabía.

—No somos los chavales con la cara de hojalata, esos que se pasan todo el día sentados en los bancos azules del hospital para heridos de Sidcup.

Él sabía que no merecía el desprecio del señor Stanley. Y si todavía fuera capaz de pensar en términos de desacralización y locura, si reconocía el significado de esas palabras, entonces no cabía duda de que algo dentro de él seguía manteniendo la cordura. Habría querido contestar al señor Stanley, pero se mordió la lengua. Le habría querido preguntar, si no resultara

tan lastimoso, cuántas partes de nosotros mismos nos pueden arrebatar antes de que dejemos de ser nosotros mismos.

Seguía sintiendo a Gillies mientras pensaba en la oscuridad, todavía se despertaba con su voz.

—La forma en la que cantaba la señorita Ella —decía Gillies—, o bien te separaba del borde del abismo, o bien te empujaba a él.

La repentina cercanía de Gillies, que le tiraba de la manga y luego le metía algo en la mano, lo sobresaltó.

Sintió la forma familiar de una tarjeta de visita. Estaba demasiado oscuro como para ver la imagen.

—Somos mi madre y yo —dijo Gillies.

—¿De dónde es tu gente?

—Abergavenny… Pero allí ya no queda nadie.

—¿Tienes novia?

John supo que era posible, incluso en la oscuridad más cerrada, discernir a un hombre hundiendo la cabeza en las manos.

Un joven pulcramente vestido esperaba ya fuera del estudio cuando John bajó a abrir la puerta. Quería hacerse una fotografía para dársela a su padre. Su madre había muerto mientras él estaba en la guerra, le explicó, y ahora se marchaba lejos a trabajar y su padre volvería a estar solo. John valoró al joven: un retrato sencillo, de pie, tal vez con un libro en la mano, un fondo de cortinajes de terciopelo, sin más. Le hizo un gesto con la cabeza para que pasara adentro.

Insertó la placa con su negativo en la cámara.

—¿Me va a doler? —bromeó el joven.

—Solo si tienes algo que confesar —bromeó John de vuelta.

El joven dejó de sonreír.

—¿Es un Lewis o un Vickers? —preguntó el señor Stanley, que pareció salir del aire.

—Vickers —dijo el joven, repentinamente recuperado.

La pregunta había relajado inmediatamente al joven. ¿Por qué le molestaba que su asistente fuera tan astuto? ¿No debería alegrarse por ello?

—Volveré mañana, ¿estará lista? —preguntó el joven.

John asintió.

Helena pintó una tabla hasta convertirla en un cuadrado de noche, o en algo lo más parecido posible a la impresión que ella tenía de la noche. Y luego, a esa gran extensión de oscuridad, añadió una sola gota de pintura, más pequeña que la punta de un lápiz, el punto de luz de la lejana llama de una vela. Luego añadió un resplandor de gradación casi imperceptible, que a primera vista no era más que negritud. Y pintó el hueco infinitesimal entre la llama y la mecha, que bien podría ser un quiasmo, porque la naturaleza dicta que una llama y su fuente de combustible no se toquen jamás. Y luego se obsesionó con ese hueco y lo pintó en detalle magnificado, ese espacio que permitía la existencia de la llama, y la relación entre la llama y la mecha fue la misma que hay entre el alma y el cuerpo, amarradas ambas por el aliento.

Habían estado leyendo en la cama. Era la primera noche que pasaban en el apartamento encima del estudio, recién casados. Helena había pintado una arboleda en la pared detrás de la cama, para poder dormir en el bosque. Él se levantó de un brinco y bajó corriendo las escaleras.

—¿Qué haces? —le preguntó Helena.

Volvió con una escoba.

—¿Qué estás haciendo? —le volvió a preguntar.

Apoyó la escoba contra la pared.

—Para que en otoño podamos barrer las hojas.

Ella sonrió y cerró la puerta del dormitorio para que él pudiese ver lo que había detrás, donde había pintado un rastrillo de jardín tan realista que se veía la veta de la madera del largo mango, bruñido por el sol. Había pensado en esa luz solar, para que refulgiera incluso detrás de la puerta cerrada.

Le cogió la mano y volvieron a la cama, donde él desapareció debajo de las mantas para apoyar la cabeza sobre la tela fina de su camisón, por el que sentía una ternura perdurable, ese camisón que al llegar la mañana siempre se había desvanecido.

Si hubiera sido un sonido animal, un sonido salvaje, habría sido menos terrorífico que esa pulsación industrial, como si

las propias nubes se hubieran convertido en máquinas. La luna era un trozo brillante de niebla, como el débil resplandor de una detonación lejana. La pulsación parecía venir de dentro del propio cráneo y atravesar el propio cuerpo, como el zumbido del cable de la premonición.

Su madre se había ido a vivir a Halesworth y a veces Helena se reunía allí con ella, un lugar tan tranquilo como cupiera esperar en aquellos días de urgencia, de miedo desolador, de inercia. Visitar a Helena y a su madre cuando estaba de permiso y luego volver al servicio era una transición tan irreal que debería haberlo vuelto loco; habría sido mejor perder la cabeza que retener ese residuo de cordura, que quedara apenas lo suficiente de uno mismo para mezclar y cribar la locura, como un químico buscando frenéticamente el antídoto de su propio veneno.

Pero entonces, en un instante, no habría disonancia alguna entre irse y volver, no tendría significado alguno.

Desde abajo un niño vio dos ojos rojos en las nubes. Se montó corriendo en la bicicleta y bajó a toda velocidad por London Road hacia Theberton, donde un piloto —en pijama, disfrutando de una taza de té antes de irse a la cama— también escuchó el zumbido del cielo. Mientras la mirada de esos ojos terroríficos seguía la línea férrea hacia Halesworth y pasaba Saxmundham, el piloto se echó al aire, aún en bata, y dejó caer su carga. Durante siete minutos eternos, lo único que se pudo escuchar fue el torrentoso ruido de las llamas, mientras el zepelín caía para estrellarse en un campo de maíz cerca de Eastbridge, con un extremo esquelético saliendo del suelo y el aspecto no de algo que hubiera caído a la tierra, sino de una ballena que rompiera la superficie del mar.

—Podríamos ponernos toda la ropa que tenemos y marcharnos en mitad de la noche —había dicho Helena—. Tiene que haber lugares donde esconderse: las islas Hébridas, las Shetlands…, Foula… ¿Cuánto tiempo tardaríamos en llegar andando a algún sitio, en desaparecer? Si yo tuviera el valor suficiente, te daría un golpe en la cabeza o te echaría droga en el té y te secuestraría. Podríamos esconder nuestro

rastro, podríamos vivir con las ovejas…

—¿No me quieres lo suficiente como para arrearme con una sartén?

—No te rías de mí.

Él escuchaba el río desde la cama; se imaginaba la luz de magnesio de la luna, su luz fracturada, y sentía cómo su melena, aún húmeda de haber ido a nadar, le empapaba la camisa.

No sé dónde estás ni lo que ves cuando levantas la mirada hacia el cielo y nos damos las buenas noches. (Por lo menos es la misma luna). Vino tu madre y flotamos sobre el río montados en su regalo. En toda mi vida, nunca imaginé la gloria de que tu regalo de bodas sea un bote de remos, o tener una suegra tan querida que me conozca tan bien. Por afortunada casualidad mi amiga Ruth Lloyd y su hija pequeña se han mudado a una casa no demasiado lejos de la de tu madre, y Ruth tuvo la gran idea de invitar a tu madre a su casa, o a veces al revés, así que ahora puedo hacerles visitas a las dos en el mismo día, y a veces me quedo a dormir en casa de tu madre antes de coger el tren de vuelta. Ruth también se ha enamorado de tu madre, que le ha cogido tanto cariño a su hija que ahora la visita sin mí. Así que tu madre está muy acompañada y nunca pasa demasiado tiempo sola.

Anoche esperé hasta muy tarde y luego me bañé en el río en completa soledad, excepto por Jip, que me observaba tumbado en la orilla, con el rabo balanceándose de un lado a otro, aplastando un trozo de hierba. El agua estaba fría como la nieve, aunque yo pensaba en ti y sentía calor.

Me estoy quedando con tu madre, para que estemos las dos acompañadas y para estar cerca de Ruth y ayudarla con la niña cuando llegue el bebé. Ya es el día siguiente; apenas había llegado a casa de tu madre cuando Ruth nos avisó de que era el momento, ahora estoy en el tren camino de su casa y ya terminaré esta carta desde allí…

Las tías y las hermanas de Ruth están aquí y todo el clan Lloyd contempla maravillado al recién nacido —un niño—, el primer varón de la familia ¡desde el tatarabuelo de Ruth! Todo el mundo lo venera según lo ve…

Recordaba que Helena tenía las manos en el regazo, sin saber si debería esperar a que alguien viniera a su mesa para pedir el té a los camareros, sin conocer las costumbres de ese lugar, esa taberna rural junto a las vías del tren, con la flor aún en el ojal del abrigo, proveniente, según sabría después, del jardín donde ella y Ruth habían hecho un pícnic para celebrar el primer cumpleaños de la hija de Ruth. Ruth, la primera de las amigas del colegio de Helena en tener hijos, la amiga a la que se aferraba, un vínculo del que más tarde sería testigo, observándolo como si fuera una obra de arte que él no pudiera comprender, algo que había que respetar, algo de una belleza infalible. No muchas cosas son infalibles, pensó, y merecen nuestro reconocimiento, cuando no nuestro asombro.

Por encima de Halesworth solo había pasado una fracción de segundo; todo el tiempo que tarda un cúmulo de acontecimientos en anegar un mundo entero, en que algo se pierda irrevocablemente, separado de su significado original: una fotografía o un diario entre los escombros, contemplados al descuido por extraños. Perdidos, junto con las privacidades que conforman la verdadera biografía, nunca registrada ni conocida; los incontables ajustes internos que hacemos para estar en el mundo, para acomodar nuestra soledad, nuestras ansias de reunión.

El cielo estaba completamente negro, pero el río, sin embargo, relucía como aluminio. Sentía el frescor en las piernas y los brazos desnudos por la llegada de la oscuridad. Había un relámpago constante, pero ni gota de lluvia. Durante casi dos horas el agua estuvo perfectamente quieta. Entonces, por un momento único y aislado, las hojas se agitaron y en la superficie se sintió un único temblor, que enseguida volvió a estar inmóvil. Ahora en esa superficie quieta había un suspense, algo vivo y presente, pero sin aliento. Un fantasma. En el cielo negro apareció un pequeño agujero y, dentro, un puñado de estrellas. Poco a poco el agujero fue creciendo en la extensa noche. La luz de las estrellas brillaba, y los espasmos de rayos continuaron, pero en toda la noche no cayó ni una gota de lluvia.

Helena había pensado en esconderse juntos en una cueva, tal vez en una de las grutas de Flamborough, pero la costa ya era una línea de defensa, con sus espejos de piedra. O tal vez Escocia, en las colinas, aprendiendo a construir un fuego para cocinar que nadie pudiera ver, y a vivir a base de liquen y salmón hasta que la epidemia del reclutamiento hubiera pasado. Había pensado en que fingieran que él era daltónico, o tonto, había pensado en envolverle la cabeza en vendas y decir que sufría una conmoción cerebral. Pero lo que hizo cuando lo llamaron a filas fue ir, y, en efecto, vivir bajo tierra, y aprender a hacer fuego sin humo.

—El agua que tengo en el casco está tan sucia que podría matar a una mosca —comentó Gillies, que no tenía a nadie, ni hermanos, ni padres, ni novia. ¿Por qué no alistarse? Nada dice que formas parte de algo tanto como un uniforme. Gillies odiaba tener que quedarse dormido de día, como si ese fuera el mayor crimen contra natura que pudiera asimilar en aquel lugar.

John se había tomado como una afrenta poco racional el enterarse de que sus explosivos venían nada menos que de Canadá —un lugar salvaje que él imaginaba intacto y limpio—, un hecho que parecía destinado a destruir otra fantasía más de las que albergaba sin ser consciente de ella. Esa clase de cosas se oían al amanecer, antes de dormir. A su lado, Gillies, que siempre buscaba a uno de los perros para acostarse junto a él, le contó una vez la historia de su tío, que había sido engañado por un socio y lo había perdido todo y que, ya viejo y senil, no paraba de preguntar por el traidor, rogando verse con él, creyéndole un viejo amigo, acordándose solo de que habían tenido una conexión intensa, pero sin recordar la naturaleza de esa conexión.

—¿Te lo imaginas? —preguntaba Gillies a quienquiera que le estuviera escuchando—, ¿te imaginas no recordar al enemigo? —Sí que se lo imaginaba, en un mundo tan del revés, los vivos dormían debajo de los muertos.

A Helena le gustaba que él le levantara el pelo por encima de la cabeza, sobre la almohada, y le acariciara la nuca, y

quedarse dormida mientras él la tocaba ahí, como un gato, en ese lugar pequeño y suave, con su melena oscura extendida hacia arriba, tan espesa en su mano, como el manto de un animal, pensaba, quedándose dormido mientras miraba la mano de Gillies agarrada al pelaje húmedo de un perro, todos ellos oliendo mal. Y ahora, a su lado de nuevo, despertarse en la noche pensando que estaba tumbado junto a Gillies y soñando con su mujer.

Otras mujeres se habían negado a imaginar la muerte de sus maridos, le habían negado a esa posibilidad sitio en su fuero interno; pero Helena había terminado por darse cuenta de que la superstición era una forma de ironía que funcionaba al revés. Si se enfrentaba a ello directamente, si se lo bajaba como un vino, hasta los posos, él se salvaría. Sería inmune. ¿No era así como funcionaba la inoculación? Dejar que el veneno la habitara era mantenerlo a salvo.

Él tardó algún tiempo en darse cuenta de que los ruidos que lo despertaban estaban dentro de su cabeza.

Al principio creyó que no sería como los demás hombres, que él nunca desperdiciaría lo que había entre los dos, que lo recordaría íntegramente. Pero no podía contenerlo todo, su tiempo juntos ya se había difuminado. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que todo hubiera desaparecido, antes de que los años que habían pasado juntos no fueran más que un puñado de imágenes, de sensaciones; cuánto tiempo pasaría antes de no recordar nada?

Ninguno de los dos tenía hermanos, los padres de Helena ya no estaban, no había familia a la que invitar a su boda; solo la madre de él y Ruth, la amiga de Helena de sus años de colegio. Después de la ceremonia tomaron el té en la iglesia y luego Ruth tuvo que coger el tren para volver a casa. Su madre tomó el tren en la dirección contraria. Pasaron la noche de bodas encima de la taberna donde se habían conocido, en unas habitaciones preparadas para algún viajero solitario, o para ese cliente que hubiera bebido demasiado. Era un cuarto con una chimenea y una ventana junto a la

cama con vistas a los campos. Después de la hora de cierre, aquella quietud rural. Por fin, cuando ya no quedaban sonidos que llegaran de la taberna y pensaban que incluso el propietario estaría en la cama, se desvistieron. Ella le dio una sofisticada bata de seda como regalo de bodas. Él le dio a ella un broche que su madre le había entregado a él para la ocasión, un pájaro posado sobre las notas de un pentagrama, «para que siempre hubiera armonía» entre ellos. Ella echaba de menos a su propia madre, así que lloró, y se lo enganchó al camisón, que quedó hecho un colgajo bajo su generoso peso. Por la ventana contemplaron el lugar donde se habían quedado parados aquella primera noche, en la verja de la estación; antes de que él le levantara el camisón y se lo sacara por la cabeza y viera su cuerpo a la luz de la luna por primera vez.

No esperaba sentir esto, que había entrado a formar parte de la historia humana, del conjunto de incontables seres que habían yacido juntos por primera vez, que tan fácilmente podrían no haberse conocido nunca, esta magnitud que habían descubierto y que no era más que una emanación del ciego azar; el ciego azar, un argumento a favor del destino que antes nunca había contemplado.

Cuando Helena dormía, su aspecto era idéntico al que había tenido en las primeras noches que pasaron juntos. En paz como la luz de la luna sobre un campo. Él yacía pegado a ella, con la esperanza de que parte de esa paz le llegara. Pero no, en aquellas horas perdidas, su respiración regular le hacía sentirse expulsado, olvidado, solo. Sabía que con eso debería ser suficiente, con la decidida presencia de ella a su lado, pero a veces apenas podía resistirse a sacudirla para que ella también se mantuviera despierta. Cuando por fin le llegaba el sueño no era más que otra manera, más torturada, de estar despierto. Sin embargo, ella seguía siendo suya. Dormía un rato y, arrancado del sueño, la despertaba a ella, para recuperar ese poquito de sueño, y ella nunca se lo reprochaba, siempre era suya, pelaje húmedo, piedra pequeña. Hundiéndose, enterrada.

Ir caminando de niño con su madre a las tiendas, calles

plateadas de lluvia, haciendo pendular la cesta vacía, la cesta que pesaría demasiado para él cuando volvieran a casa. Su madre hacía preguntas incontestables, cada una de ellas una meditación, una cueva en el desierto, una montaña, un abismo filosófico por el que precipitarse; cada una de ellas producto de horas de especulación mientras hacía las tareas de la casa. Preguntas que eran un sobresalto, como un pájaro que rompiera la quietud de un lago desde dentro, preguntas que siempre le hacían pensar que ojalá tuviera una respuesta que darle. «¿Crees que realmente podemos perdonar a alguien si nosotros mismos no conocemos el pecado? ¿Crees que ese es el objetivo del pecado, aprender el perdón?». Podría haber tomado los materiales en crudo de sus preguntas y haber construido con ellos algo coherente si su educación hubiera sido otra, si le hubieran dado un tipo de lenguaje distinto, otra oportunidad. La admiraba intensamente. Podía decir con certeza que su madre no le había hecho daño ni una sola vez, y ahora pensaba en su amabilidad infalible con una especie de reverencia, como algo sobresaliente. Sin margen de error.

Su madre guardaba una lista de preguntas en un diario junto a la cama. ¿Cómo pueden dos cuerpos formar una sola alma? ¿Por qué la construcción de un alma no tiene nada que ver ni con la valía ni con su falta? Era un argumento en favor de Dios que no se le había ocurrido antes.

Puedes poner una palabra delante de tus pensamientos y verlo todo a través de esa palabra: fe, familia, guerra, enfermedad. Puede ser tu propia palabra o la de otro, como llevar unas gafas mal graduadas: mal graduadas o simplemente acordes a la graduación de otro. O, también, cubrirte los ojos con las manos, en negación; pero incluso así, pensaba, seguirías viendo, no puedes parar de ver lo que tienes dentro. Todo lo que reclama una deuda dentro de nosotros, todos los lugares en los que la historia reclama su deuda dentro de nosotros. Hay imágenes que, como ciertos ritmos, nos desmantelan, igual que un grupo de soldados que desfilan acompasadamente puede derribar un puente. Quizá algunas imágenes puedan sacarnos partes del cerebro, taparlas, extinguir y arrasar partes de nosotros. Seguía

llevando la cuenta; si puedo usar palabras como extinguir y arrasar, entonces es que sigo intacto.

El mar y el cielo nocturno se habían dado la vuelta e intercambiado el sitio; la ballena nadaba por la noche, tapando las estrellas. Sin prisa, como el destino, con una lentitud hipnótica, depredadora.

Cuando volví a donde tu madre, la casa había desaparecido.
La lluvia caía sobre la nada, un lugar vacío en el cielo.

Él no dejaba que ella lo describiese. Cada esforzada palabra, tan inadecuada, era una especie de mentira. Necesitaba palabras que fueran tan inflexibles como los números, el cero de una ecuación.

Caliza levantada, caliza glaciar, marga caliza. La costura entre Inglaterra y Francia. *Caro et sanguis.* Carne y sangre.

Después de cenar, John bajó a revelar la fotografía del joven, el regalo de aquel muchacho a su padre. ¿Estaba aliviado el hijo por dejar atrás al padre? Su propio padre nunca le había reprochado que aprovechase su oportunidad en el mundo. Imaginaba que el padre de este joven estaría tan agradecido de que su hijo hubiera vuelto vivo que cualquier cosa lo contentaría, incluso que su hijo desapareciese por irse a vivir una vida nueva lejos de aquí, incluso aunque no volviera a verlo nunca más. Este era un nuevo mundo, con nuevos grados de desdicha, muchos más grados en la escala de la bendición y el tormento. Perder una pierna, no las dos. Un ojo, una mano. ¿Pero alguna vez podríamos concebir que es mejor perder a un solo hijo en vez de a los dos?

Colocó el negativo en el revelador y luego en el fijador. La imagen en el líquido, como la niebla que se separa despacio cuanto más te acercas, empezó a emerger: el joven, maravillosamente claro e iluminado de forma evocadora, bien parecido y de cuerpo entero; detrás de él, el lujoso drapeado, la pelusa del terciopelo y los detalles del brocado bien marcados y nítidos; y en la mano, un libro, *Stanzas* de Matthew Arnold, en cuya tapa se veían hasta las sombras del

repujado de las letras. A su lado, semiopaca pero perfectamente evidente, una mujer mayor, bien vestida, con botones de perla, cabeza elegante y cabellos lustrosos, y una expresión de intolerable añoranza.

El negativo había estado del todo limpio, el propio John había colocado la placa en la cámara, él mismo había tomado la fotografía y vertido el líquido de revelado. No existía posibilidad de manipulación.

John investigó la imagen minuciosamente.

No reconoció a la mujer.

Miró en el fijador con una angustia singular, de euforia e incredulidad, como si la imagen hubiera nacido del líquido y se hubiese pegado al papel, como si pudiera haber otras imágenes que encontrar en aquel líquido transparente.

Un rato después, John guardó dos copias bajo llave en la mesa de su estudio. Envolvió las otras para el joven y las apartó.

Dejó las luces apagadas y salió al jardín oscuro; un pedacito de luna, como un trozo de hueso desplazado, en aquel negro carbón, y el ruido del río. Anduvo hasta el inicio del sendero, donde nadie podía verlo ni oírlo sollozar.

Un sonido lo sobresaltó, una sacudida en los arbustos. Era Jip, con ese pelaje oscuro que le cubría la mitad de la cara, que siempre le hacía parecer un espía desde las sombras, incluso a plena luz del día.

Seguía oscuro cuando John volvió adentro y regresó al estudio. Miró de nuevo, bajo la potente luz de la lámpara, la expresión de la mujer. Su amor por el joven era electrizante, electrocutaba. Frotó el papel como si la imagen pudiera haber surgido de la propia cartulina. Él mismo había cargado la cámara, la cámara y las placas se guardaban bajo llave por la noche —y él nunca olvidaba cerrar el armario con llave, aquello era su modo de vida—, era un acto tan reflejo como desvestirse cada noche. ¿A un hombre se le podría enviar una señal que no comprendiese? ¿Un espíritu no habría de elegir exactamente esa otra manera, aquella que ofreciera al hombre certezas de no estar siendo engañado? Él no era crédulo,

sabía que nuestras necesidades encuentran sus propios métodos, pero nunca se le había presentado un espectro en las trincheras, nunca ninguna aparición, por más necesidad que tuviera. Tal vez se nos envían solamente pruebas en las que podemos creer. Cualquier otra manifestación en él se perdería, él nunca se habría fiado de ninguna visión en aquel infierno —conocía al espectro del Brocken y a los ángeles de Mons; estaba seguro de que no habría sucumbido a esa fe—. Pero lo que tenía aquí era una evidencia indiferente, extraída de maquinaria, de químicos, de papel, y ni siquiera era suyo, era el fantasma de otro, una prueba separada, sin interés en su propio deseo. Ves, aún podía pensar con lógica, seguía pudiendo emplear palabras como desinterés, o extraer, no estaba tan perturbado como para no reconocer estas distinciones… Pensó en los amuletos que tenían casi todos los soldados: una piedra, un mechón de pelo, un trozo de carbón, una herradura de madera, o un cerdo de madera del tamaño de una uña, baratijas de feria.

¿Y si la exposición hubiera salido de su propio cuerpo, de sus manos, habría pasado a la placa través de él? ¿No es eso el cuerpo humano, no es eso nuestra propia clase de fotosíntesis, no somos química que transforma la luz?

Celestografías, psicografías, las ondas electromagnéticas de Röntgen, radiografías, rayos X. ¿No era eso plausible, incluso probable? ¿Tan científicamente precisas como las ondas electromagnéticas, como los rayos X? ¿No estamos entrando en una era en la que lo que es invisible al ojo humano se hace visible a través del ojo de la máquina?

¿Quién puede negar la realidad de la luz de las estrellas? Y, sin embargo, las estrellas que nos dan la luz no existen. ¿Quién puede decir con certeza que aquellos que ya no existen, nuestros muertos, no puedan llegar hasta nosotros? E incluso quienes no creen, quienes viven en la falta de fe como en una caja de plomo, deben aceptar, a pesar de todo —y como demostró con su experimento el físico Crookes—, que la corriente eléctrica que no vemos se manifiesta en la placa dentro de la caja de plomo, se materializa en la oscura incredulidad. Ir del dolor a la fe.

En una exposición larga, cualquiera que se mueva es

invisible, solo los que se quedan quietos son percibidos.

Era como una emisión termiónica, una válvula de Fleming que solamente permite la transmisión en una dirección.

Escribiría a sir Ernest Rutherford, descubridor de los rayos gamma y de los protones; quizás él supiera cómo había que pensar en esto, como en algo atómico, no menos real que el mundo que el propio sir Rutherford estaba mapeando, la manifestación de lo invisible. ¿Quién podía decir que no hubiera vínculos de los que hasta ahora no tuviéramos noticia, hasta que la tecnología no nos diera los medios para ver y comprender? La cámara ve más que el ojo humano, atrapa detalles que eluden nuestra percepción, desbanca nuestra propia visión —cada fibra de un bordado, cada pelo en una barba—. A veces, sin duda, detecta incluso el pensamiento. Le escribiría. Y solo cuando hubiera recibido respuesta, independientemente de lo que esa respuesta pudiera ser, se lo contaría a Helena. Si luego resultaba que a ella su secretismo le dolía, le diría que lo hizo para protegerla del fraude, de la decepción, de la ilusión; aunque por supuesto ella sabría que en realidad era para protegerse él mismo de la vergüenza.

Y sin embargo se sentía transportado hacia el mar abierto, hacia la fe, hacia la vastedad, y no soportaba dejarla a ella atrás.

Volvió a guardar las impresiones bajo llave. Le dolía tanto la pierna que sentía que podría desmayarse. Apenas era capaz de subir las escaleras. Para cuando se hubo desabrochado el cuello de la camisa, estaba dormido.

Por la mañana seguía durmiendo tan profunda, tan pesadamente, la primera vez que descansaba de verdad desde su regreso, que Helena no pudo soportar despertarlo. Se preparó el desayuno, empezó a mezclar sus pinturas para el primer fondo —primavera— de las cuatro estaciones que le había pedido, y puso el agua a hervir por segunda vez, para despertarlo por fin solo cuando oyó que el señor Stanley llamaba al timbre para que lo dejaran entrar.

Cuántas maneras tienen los muertos de demostrarnos que están con nosotros. A veces se mantienen deliberadamente

ausentes, para que su regreso sea la demostración. A veces se quedan cerca y luego se marchan y así demuestran que estuvieron con nosotros. A veces traen un caballo a un camposanto, un cardenal rojo a una valla, una canción a la radio en cuanto la enciendes. A veces traen una nevada.

John vislumbró la luz de la mañana en los bordes de las cortinas. Oyó que abajo alguien tocaba el timbre.

Se preguntó cómo sería arrodillarse junto a la cama y rezar. Ojalá la pierna le permitiese ponerse de rodillas.

Cuando John bajó, vio que había salido el sol y que la calle estaba brillante por la lluvia, tan luminosa que casi costaba mirarla. Vio el charco de humedad donde el señor Stanley se habría sacudido el abrigo y la gorra y el rastro de sus zapatos mojados hasta el fondo del estudio. El señor Stanley se afanaba en montar una escena —una cesta de flores, la tapia de un jardín, una catarata, un parapeto— y sintió la mirada de John sobre él y se giró.

—¿Todo bien? —preguntó el señor Stanley.

John sacó las fotografías del cajón. Incluso emocionado como estaba, registró la satisfacción de ver, por primera vez, a su asistente sorprendido. El señor Stanley se inclinó sobre la imagen y la escrutó.

—No sé si puedo verme implicado en algo así, lo siento. No creí que fuera usted de esa clase de gente. Me llevo el salario que me corresponda y seguiré mi camino. No le diré nada a nadie —y añadió—: No es mi estilo meter la cabeza en nada. —Hizo una pausa—. Una mano experta, eso sí se lo concedo.

—No, no —dijo John—. Se lo juro.

Juntos revisaron todo el estudio, comprobando meticulosamente las otras placas, el equipo, la cerradura de la puerta de atrás, que estaba intacta —el candado y el sólido pestillo cerrado con fuerza—. El señor Stanley confirmó que cada una de las placas estaban limpias y cargadas, sin tocar.

—¿Qué va a hacer? —preguntó el señor Stanley—. ¿Se las va a enseñar?

—No lo sé.

—Tiene que hacerlo —dijo el señor Stanley.

El joven llegó justo antes de la hora de comer.

—¿Están listas las fotografías? —preguntó.

—Sí.

El joven se llevó la mano al bolsillo para sacar la cartera.

—Creo que antes debería mirarlas —dijo John—, para asegurarse de que le satisfacen.

Le entregó el paquete al joven y lo observó desenvolverlo.

El rostro del joven era imposible de leer, nunca había visto semejante expresión. De beatitud.

—Es mi madre —dijo el joven.

El señor Stanley trajo sillas y vasos y sacó una petaca del bolsillo del abrigo, y se sentaron los tres juntos al fondo del estudio. De repente eran hermanos de sangre, una trinidad, en shock.

El joven temblaba.

—Nunca nos dijimos adiós, ella murió cuando yo estaba en Bélgica. Ha venido a decir adiós. —Los miró con desafío y alarma.

—El amor de una madre —dijo el señor Stanley.

¿Era esto diferente a otros sentimientos fuertes que sabemos que son reales? No despreciamos el sentimiento de enamorarnos; entonces ¿por qué cuestionamos otros instintos, tan poderosos, intangibles, indemostrables? ¿Las premoniciones, las presencias sentidas, las intuiciones? ¿Era esta fe tan distinta?

—¿Viven sus padres? —les preguntó el joven.

John y el señor Stanley sacudieron la cabeza.

El señor Stanley se dirigió a John:

—¿Murieron cuando usted era un chaval?

—No.

Silencio. El olor a whisky. No se podía creer que se lo fuera a contar. Por qué no, entonces.

—Un LZ, un asesino de bebés —dijo John. El zepelín que pasó nadando sobre la cama de su madre y dejó un agujero en el cielo.

El joven comprendió al instante.

—Usted volvió y ellos ya no estaban.

—Solo mi madre. —John apenas podía hablar—. Mi padre

sí murió cuando yo era pequeño.

Se acabaron las bebidas. El joven los contemplaba, sin saber qué hacer. Se puso de pie y sacó la cartera por segunda vez.

—No, no —dijo John, sintiendo que iba a romper a llorar —. No puedo aceptar su dinero. No tiene nada que ver conmigo.

—No podemos llevarnos dinero por un milagro —dijo el señor Stanley.

Intentaron conversar sobre el significado de lo sucedido, pero no tenían nada que ofrecer, se quedaron en silencio, estaban espantados.

El joven se iba a casa de su padre, tenía que coger un tren. Cuando estaba en la puerta, John le volvió a llamar.

—No se las enseñará a nadie, prométamelo —dijo John.

—No lo entiendo. Es milagroso. Debemos decírselo a alguien… ¡Los periódicos, la Iglesia!

—Por favor. —Empezaba a alzar la voz.

Intervino el señor Stanley.

—Sí, lo sensato es mantenerlo entre nosotros por ahora.

—Puede que nunca vuelva a suceder, no podemos dejar que la gente albergue esperanzas —dijo John.

El joven miró al señor Stanley, que hizo una pausa y luego asintió.

—De acuerdo, señor. Usted sabrá.

El joven se marchó.

—¿Puedo ser franco? —preguntó el señor Stanley.

John asintió.

—Es desagradecido. Usted podría dar consuelo. Y, si la gente paga, entonces podría permitirse el ayudar a otras personas, a muchas otras.

—No. —Se sentía agitado, descompuesto. ¿Cómo podía el señor Stanley pensar que esto pudiera volver a ocurrir?—. ¡Nunca podríamos aceptar dinero! Y habla como si pudiéramos garantizarlo. Pero es una gracia.

El señor Stanley le dirigió una mirada cargada de significado.

—Sí que podríamos garantizarlo —dijo—. Piense en los

chavales que han regresado, y en todos los que no lo han hecho. Señor. Lo significaría todo. Usted tiene buena reputación. La gente le creerá, creerán en usted.

—No. Y no es en mí en quien deberían creer.

—¿Lo pensará? ¿Pensará en ello seriamente?

—Sí —dijo con voz queda, para librarse de él—. Cerraremos por hoy, usted puede marcharse antes de tiempo, con el salario de la jornada completa.

—A lo mejor podría usted descansar un poco. Tener un rato para pensar. Señor.

El señor Stanley recogió su gorra y su abrigo. John lo siguió hasta la puerta para cerrar. Observó a su asistente cruzar la calle y, más adelante, vio al joven en la esquina, fumando. Vio al señor Stanley andar hasta él, aceptar un cigarrillo. Los observó emprender camino juntos calle abajo.

—Ayer los vi hablando en la calle. ¿Él no tenía que coger un tren?

El señor Stanley le contestó sin girarse.

—Oh, sí, estaba abrumado, y decidió tomarse otra copa y subirse a otro tren más tarde. Le invité a una ronda.

Se esforzaba en separarse del anhelo, en sofocar el deseo. Cualquier tipo de expectativa era despreciable, una ingratitud por todo lo que ya había recibido. Era deplorable, él no lo merecía, cómo podía querer más pruebas. Y, sin embargo, cada vez que en las bandejas de químicos claros y quietos no se revelaba nada más allá de la imagen esperada, John sentía una especie de alarma.

Cuando intentaba abrir la mente hacia la oración no encontraba más que perversiones, recuerdos desagradables, los muertos derritiéndose gota a gota sobre su nuca cuando intentaba dormir. Sin casco que le protegiera de esa unción.

Entonces, mientras revelaba la fotografía de una joven viuda y su pequeño, un hombre surgió del líquido claro, levitando por encima de la joven madre, medio girado de espaldas, como si lo hubieran pillado llorando. Cuando le enseñó la fotografía a la mujer, ella dio un traspié al ver a su

difunto marido, y los dos contemplaron la cara del muerto con un júbilo aterrado.

Cuando se materializó la tercera aparición, era un jovencito delgado de uniforme, de apenas veinte años, flotando por encima de un niño, un chico robusto de pantalón corto cuyo retrato habían sacado esa tarde. Sintió un sobresalto de presentimiento, de que el soldado pudiera ser una proyección del ser futuro del chico. ¿Qué significaba, qué mensajes estaba trayendo? Era un tormento no comprender lo que veía. Esta química milagrosa. El hecho de haber sido elegido, la tarea para la que había sido devuelto a esta vida.

John observaba al señor Stanley guardándolo todo escrupulosamente, asegurándose de que todo estuviera en su sitio en el cuarto oscuro, limpiando cada superficie con meticulosidad, como si borrara huellas dactilares.

Finalmente, sabiendo que era demasiado, sabiendo que aquello era glotonería, una blasfemia, le pidió al señor Stanley que lo retratase a él. Las noches que había pasado sollozando junto a su esposa dormida, avergonzado de su hambre: del anhelo de que sus padres lo vinieran a buscar.

Sabía que muchos soldados guardaban una biblia en el bolsillo del pecho del uniforme. Había asumido que como consuelo. Pero luego se lo explicaron. La Biblia es un libro muy grueso, se sabe que ha parado más de una bala en el bolsillo de un oficial. Pues, después de todo, una especie de consuelo.

El silencio entre el señor Stanley y él ya no era una aceptación.

—Es usted egoísta, señor. ¿Qué hay de malo en darle esperanza a la gente?

—Así es, la esperanza se da, no se vende.

—Perdóneme, pero eso no es muy inteligente. Hay muchísimas personas a las que podríamos ayudar.

—No, señor Stanley, no quiero discutir esto. ¿Usted ganaría dinero a costa de los muertos?

Sabía lo que estaría pensando el señor Stanley: a los muertos no les hace falta el dinero. Señor.

Helena estaba en el jardín recogiendo tomates y lechugas para la cena. Levantó la mirada hacia él como siempre, tan abierta. John la abrazó con fuerza para que no pudiera verle la cara.

¿Qué es el destino? Cuando luchar es lo mismo que rendirse.

Desesperado por poder dormir, empezó a dirigirse a Helena sin ternura. Ella se entregaba; a veces se rendía. Después, algo de sueño, muy poco, el único sueño, un rescate en el último momento. Y luego otra vez despierto, con horas que soportar hasta que abriese el día.

Hacía apenas un mes Helena nunca hubiera creído que él le pondría las manos encima y ella sentiría —aquí, y aquí, y aquí— que John no la amaba. Ella nunca hubiera podido creer que, en este mundo con toda su mortal belleza, en el ocaso púrpura sobre los árboles, en el aroma de la cena al fuego, en este hogar que habían creado juntos, en esta cocina, en esta cama, aquí: que él no la amaba. Aquí y aquí sobre su cuerpo, en todos los lugares de los que ella no había sido dueña hasta que él no los hubo nombrado, él ya no la amaba.

Si es un hecho, había dicho él una vez acerca de una persona que conocían, entonces no es autocompasión.

Era una jornada de tres posados: la señorita Ames y su hermano —librería y drapeado—; el señor Scott y su esposa —parapeto y catarata—; la señora Graham y sus cuatro hermanas —tapia de jardín y una cesta de flores—.

Bajó las escaleras y se encontró con el señor Stanley, que ya había vuelto de comer.

—Solo estaba comprobando que todo estuviera en orden —dijo el señor Stanley.

No reparó en la expresión del señor Stanley hasta varias semanas más tarde, cuando despertó repentinamente en mitad de la noche.

A la mañana siguiente el señor Stanley de nuevo había llegado pronto.

—¿Cómo ha entrado? —preguntó John.

—No estaba pasada la llave de la puerta cuando llegué —dijo el señor Stanley—. Pensé que me la habría dejado abierta.

Llevaban casi seis meses trabajando juntos, y debería complacerle esta dedicación, pero no era así. Se quedaron de pie, como dos animales que se reconocen en el bosque. Eso era lo peor de su perversión, pensó John, lo peor de su propia enfermedad y de su suspicacia: que sentía que era instintiva.

Helena esperaba en el umbral, como si estuviera calculando la distancia que la botella sobre la mesa dejaba entre los dos. Pensó que podría cruzar la habitación y rompérsela en las narices. Pasó un largo momento. De repente vio que lo que quería era su complicidad, no, quería su corroboración, no, ya no quedaba sitio para ningún tipo de colaboración, no, era una especie de coerción. Cualquier cosa menos confiarle la verdad, menos mirarla a los ojos.

Con la pierna estirada frente a él, como si los pantalones estuvieran clavados a una tabla. Su pelo, espeso y canoso, revuelto y de punta, ese pelo que tanto le había gustado agarrar con las dos manos, porque conocía cada átomo de él. Incluso ahora, a pesar de todo, sentía que no había nadie más sobre la tierra que pudiese serle más cercano.

Cogió un vaso del armario. Se sentó a la mesa y lo llenó hasta los bordes, tanto como para ponerse mala.

Cuando John se lo contó por fin, fue en mitad de la noche; antes de que ella se despertara él ya estaba hablando. Con la boca pegada a su oído, y una voz tan aterradora que otra persona podría haber confundido su tono con la furia.

—¿El señor Rutherford te contestó?

—No —dijo él. Rogando.

Estaban completamente quietos, un accidente en un rayo de luna. Hablar era un sondeo de profundidad, una detonación.

—John —dijo ella. Él no respondió—. Desde que murió, muchas veces —dijo Helena— he sentido a mi madre conmigo. La noche que murió tu madre…, ¿cómo es posible

que abandonara este mundo sin que yo lo sintiera? Pero ahora siento a tu madre también.

Nacemos para enfrentarnos a un solo momento. Ella apenas podía abrazarlo; estaba esquelético, un saco de palos. Más tarde se permitiría llorar.

—A veces —le dijo— no comprendemos algo; pero, en vez de eso, lo sabemos. Yo tuve en brazos al hijo de Ruth instantes después de su nacimiento, y sin embargo no soy capaz de decirte lo que vi. De repente estaba presente, no solo como un cuerpo, sino… ¿Pero dónde estaba antes de que Ruth y Tom lo hicieran? De repente estaba ahí enteramente, como si hubiera cruzado de un estado a otro, como… el vapor pasa a ser agua, el agua a hielo…

Ella no sabía lo que significaba su silencio. Pero pronto estuvo durmiendo calladamente a su lado. La habitación estaba fría, sintió el calor que él desprendía. Se imaginó que las olas los habían traído a la orilla de una nueva tierra.

John la despertó suavemente para que pareciese parte de su sueño, y su respuesta fue instantánea, su bienvenida tan inmediata que su amor lo abrumó. Estaba dentro del cielo de la noche y el grito de ella parecía el suyo propio. Durmieron, soñando un solo sueño.

Él durmió hasta tarde, tan tarde que ella ya estaba en la cocina.

—Gracias al Señor por los domingos —dijo, como decía siempre; y él se rio, como hacía siempre. Y luego dijo, cuando volvieron a despertarse juntos por segunda vez—: Siempre es mejor escuchar las campanadas de la iglesia desde la cama…

Ya no había entre los dos ninguna costura de miedo, ni costuras entre sus cuerpos, ni una costura entre él y el mundo, ni costura entre su mente y la bendición del sueño, no existía costura del descreimiento.

Ahora, cuando fotografiaba, era algo milagroso: la luz que daba testimonio sobre la placa, la clara luz química que veía y que hacía visible algo invisible. Lo sentía todo en las caras de sus modelos, sus penas insondables y sus vulnerabilidades, sentados, quietos, esperando que la luz atrapase su imagen.

Sentía los diminutos botones del vestido de quien posaba, las manos sobre el regazo, la pálida piel viva por debajo del nervioso autocontrol, cada lugar de sus cuerpos donde les habían tocado o que seguía sin tocar, cada lugar descuidado, ignorado, despreciado, olvidado, avergonzado, adorado.

¿Cómo vamos a dudar de la existencia de lo que es invisible? ¿Cómo confundir la invisibilidad con la inexistencia? Helena ansiaba una segunda alma dentro de su propia oscuridad, que fuera creciendo hasta ganar un nombre. Invisible, dentro de su oscuridad. John. O Anna. Anna, por su madre.

Finalmente, la comprensión le llegó en sueños.

Tenía la cara mojada. ¿Era posible llorar en sueños?

De inmediato estuvo despierto, más que despierto.

A nadie se le enviaría un mensaje que no fuera capaz de comprender.

Cuando despertó en medio de la noche, supo que el señor Stanley jamás había servido en el ejército.

Bajó al piso inferior.

Había habido bastante dinero en el cajón. Estaba empezando a entrar en pánico. Miró el reloj, aún faltaban horas para el amanecer. Sabía que al llegar la mañana no vendría ningún señor Stanley.

Vio que las placas y las fotografías de los espíritus habían desaparecido.

Helena se despertó sola; era tarde, más allá de la hora de apertura del estudio; no lo había oído levantarse. Abrió los ojos pero no se movió, reposando en el lugar caliente y perfecto fabricado por el sueño. Saciada, libre, recuperada. Cuando entró en la cocina vio una jarra llena de flores silvestres sobre la mesa.

Él olió las sombras en el jardín, como caballos sudorosos en la oscuridad, el perro mojado en la hierba. Escuchó la voz rota del río.

La luz de la luna —yoduro de plata—. La placa fotográfica

—un lago sobrenatural, esperando un reflejo—.
No era eso lo que había dicho el propio Alfred Russel Wallace; si podemos aparecer en una fotografía, entonces es que producimos luz.

Las sábanas de la cama eran tan blancas que aquello podía ser un ataúd. Muchas veces había rezado por morir en un sitio limpio. Si estuviera muerto, ¿lo sabría?
¿El alma siente cómo abandona el cuerpo? ¿Sucede de forma instantánea? ¿Dolerá? Solo si tienes algo que confesar.
Madre, teje una oración.
Cada una de las preguntas de su madre, una meditación, una cueva en el desierto, una montaña.
No se le había permitido morir para salvarla a ella. Las lágrimas se le congelaron sobre la cara.
Pero ahora, con el mundo blanco, se permitió pensar en ella. La atrajo cerca de sí y yacieron juntos bajo la nieve.
Y Helena. Él moriría en su tierra.
Abrió los brazos y ella ocupó su lugar a su lado.

El agua estaba tan quieta. ¿Había cruzado el dique?
Ya no tenía frío.
Tan quieta. Cuando miró hacia abajo, vio las estrellas.

Lo encontraron río abajo, medio fuera del agua, contra el dique, con los ojos abiertos. Incapaz de cerrárselos, en la funeraria se los taparon con una venda, como si lo preparasen para una ejecución.

En medio de la noche Helena se puso un jersey sobre el camisón y salió al jardín. Allí quemó los fondos que había pintado, el perfecto sendero iluminado por el sol de verano, el lago iluminado por la luna, la huerta llena de pájaros. Por la mañana, cuando se despertó, pudo oler el rastro del humo en su pelo antes de abrir los ojos. Pero no se pensaba lavar con agua que saliera de ese río.

Durante todo este tiempo, él había olvidado lo siguiente: que, después de la muerte de su padre, él paseaba con su madre por los acantilados. El viento fuerte, el borde del mar

punteado de peñascos. De repente se giraron para mirarse. Los dos lo habían olido claramente: el tabaco que fumaba su padre. En la playa vacía.

Sir Rutherford, yo imagino una superficie activa donde se encuentran el tiempo y el espacio, en una excitación constante, el tiempo y el espacio encendiéndose el uno al otro… Cambiamos el espacio y cambiamos el tiempo según nos movemos —no podemos regresar, sino que debemos movernos hacia delante, hacia el pasado que existe como memoria presente; con cada movimiento se altera el potencial, cada movimiento y cada pensamiento cambian la nube de probabilidades del futuro, «la nube de lo no conocido»—. La historia está a un lado de la ecuación, nunca puede estar en los dos lados de la ecuación… Una partícula existe en el espacio, una ola existe en el tiempo. Juntas crean una conciencia —la conciencia misma es el observador— y así el electrón observado siempre se comportará como una partícula y también como una ola, avanzando hacia una sola posibilidad siempre cambiante… ¿Por qué no puede ser posible que la placa de cristal capture lo que el ojo no puede?… Yo creo que es la placa la que capta la imagen de la nube de posibilidades, y es nuestro deseo el que la extrae.

Deslizo la barca hacia las estrellas. Me estabas esperando, al borde de los árboles, la orilla del río a la que antes llega la mañana. Era como si siempre hubieras esperado ahí, aunque yo sepa que eso no es cierto. A veces estás ahí cuando el cielo es solo un poquito más oscuro que la nieve. Sé que no pretendes asustarme. Es culpa mía, que me acuerdo de repente.

Gillies, que se agarraba al espeso pelaje del cuello de un perro para que lo ayudara a dormir.

Su propia mano agarrando la de Helena.

La viveza del río nocturno, en su movimiento constante, incluso en aquel negro de infinitas gradaciones, se debía a la luz.

Como la llama de una vela, había dicho Helena, que intentara borrar una oscuridad inmensa.

En el resplandor de la luz de magnesio, la escarcha sobre los campos —cada grieta y cada sierra, cada tallo y cada hoja—, nada inventado, todo revelado. Veía cada pelo de la cabeza de Gillies, cada una de sus pestañas y sus poros. La luna sobre el cráneo de Gillies.

Ahora podía ver lo que antes se le había escapado. Que, en la foto del joven, la añoranza en la cara de la madre era hermosa. Que era la imagen de algo verdadero incluso en su corrupción, a pesar de su corrupción. ¿Cómo lo había malinterpretado tanto? Nada, ninguna profanación, ninguna vileza ni engaño, podía negar ni borrar esa belleza, esa añoranza.

—La voz de un ángel, como la de la señorita Ella, esa debería ser la última voz que escuchásemos —había dicho Gillies.

John contemplaba a las enfermeras sentadas en los bordes de las camas de los moribundos, cada cama con su lámpara diminuta; pasó algún tiempo hasta que se dio cuenta de que estaba contemplando el cielo nocturno.

Los resistentes zapatitos negros de su madre.

Ahora el agua se sentía bastante tibia.

Se giró para mirar a Helena, dormida junto a él.

Cómo no iba a sentir esta calidez.

Ahora le parecía que se trataba de una corrección muy menor; como el punto de licuefacción o de congelación, nada más que una cohesión diferente, vidriosa o cristalina, un gas o un plasma. Ahora él es. Y ya no.

III
Río Westbourne, Londres, 1951

¿Qué era la ciudad para mí? Era lluvia, calles estrechas con amantes escondidos en oscuros dormitorios, abriéndose las ropas unos a otros por primera vez, la calidez, el sobresalto, la gratitud. Era la nieve sobre los tejados negros, el rubor de la luz cuando se desvanece, las farolas que se iban encendiendo por la plaza. Las sillas que se sacan al jardín, la mesa tan pequeña que la cena no cabe, los platos en equilibrio sobre el regazo, u olvidados en la hierba. Las cafeterías, el fuerte aroma a café y lana húmeda, la lluvia y la nieve mojada en el suelo de mosaico del recibidor, la puerta de madera, la manija de latón, el juego de café de gruesa porcelana blanca, las tazas que han rozado tantos labios, la cerilla de fricción del deseo —que en cualquier sitio se enciende —, ningún lugar de mi cuerpo que no estuviera dispuesto a saltar hacia el amor, a ser del todo consumido, a dejarse adueñar y desintegrar, y elevarse por encima de esa desintegración una y otra vez, desnudos en nuestro frío apartamento, en el suelo de tablones de madera, clavándome la bandeja de la cena en la cintura, esas mañanas que salía a la calle sintiéndome en carne viva, libre y fuerte gracias al amor, como una mujer de mármol en un parque público, sabiendo que me veías desnuda en la calle, en las mesas de los abarrotados cafés, que no había nada entre tu piel y la mía en ningún punto de esta ciudad, con sus periódicos y sus umbrales y tiendas y tejados blancos de nieve y árboles negros y la hora de la luz de las farolas. Era como si en diez años no me hubiera puesto nunca ni un hilo de ropa, de tan poseída y libre que me sentía bajo tu tacto y tu mirada, en cualquier momento podía ser tuya y no había otra cosa por la que yo viviera. Una puede trabajar duro y escuchar las noticias en la radio y gritar por buenas causas y comprar pan en la tienda de la esquina mientras hierve el agua y aun así estar limpia y desnuda, nueva e

intacta, dispuesta a rendirlo todo en un momento, la seda que se arremolina entre mis piernas al subir corriendo juntos las escaleras, el sonido de mi blando bolso de cuero que se cae al suelo al cruzar la entrada, la bolsa de papel con la compra, las llaves que se te caen de la mano, dispuesta a rendirlo todo, dispuesta a que mi llama se encienda al primer toque.

Claro que Helena sabía quién era aquel que ojeaba las estanterías, con su buen abrigo de lana merina y aquellos pantalones manchados de pintura. Los tenderos del barrio consideraban una cuestión de honor no darse por enterados de su presencia, hacer caso omiso de su condición de celebridad mientras escogía las manzanas de sus cestas, el pan y el té de sus estantes, para meter la mano finalmente en el fondo del bolsillo y buscar dinero suelto, cuando todo el mundo sabía que una lista de la compra escrita de su puño y letra podría venderse para comprar una casa.

Durante un tiempo no comprendió por qué la había escogido a ella —una mujer en la mediana edad, como una pera que se reblandece en el frutero— en aquella librería. Al principio creyó que era porque había estado leyendo detrás del mostrador —el señor Ayles nunca ponía pegas a que sus empleados leyeran una vez que hubieran terminado sus tareas —. Y creía que era porque la había identificado como un tipo particular de espécimen, una mujer que, en un último momento, aún era capaz de ser herida de esa manera singular; que podría, con un solo toque, ser devuelta a la vida exactamente una sola vez más. Estaba convencida de que esta gratitud particular —encendida por su lástima— era lo que le generaba un apetito imposible de saciar, la fuente del gran flujo de gratitud que su presencia parecía despertar en todo el mundo.

Esa noche, el señor Graham Rhys, pintor figurativo, había entrado escapando de la lluvia, con aquellos pantalones manchados y su caro abrigo, con un paquete envuelto en papel bajo el brazo y el pelo chorreando; estaba contando las monedas para comprar un libro de bolsillo usado cuando levantó la mirada y la vio por primera vez, aunque había estado muchas veces antes en la tienda, había pagado y nunca se había molestado en mirarla a la cara. Por un momento

pareció comprender lo que ella era —eso se lo concedía— con una mirada que era como los faros de un tren de mercancías aproximándose a un campo en la noche, una gigantesca luz cegadora que de repente inunda todo lo que alcanza, y luego vaciló, se giró y se fue, dejando la tienda repentinamente a oscuras de nuevo. El único cliente que había, un joven de pie en Ficción que lo había estado observando por el rabillo del ojo (puesto que, evidentemente, el pintor había sido reconocido), volvió a ojear las estanterías mientras Helena permanecía inmóvil, de pie tras el mostrador, mirando la puerta, sabiendo que algo acababa de ocurrir y sin saber lo que significaba; como si el futuro de él de algún modo hubiera interceptado el de ella, como si lo hubiera desplazado de su sitio de un empujoncito que tenía solamente la fuerza necesaria como para desviar su rumbo ese centímetro de más o de menos que puede salvarte o puede ponerte en el camino de un coche que viene hacia ti. Poco después llegó el momento de cerrar la tienda, ir andando a casa, ver si había llamado su hija Anna, calentar la sopa en el caldero y meterse en la cama, con ganas de dejar otro día atrás. Esa noche se atrevió a contemplar su propio cuerpo —algo que nunca hacía a no ser que estuviera completamente vestida — y vio que seguía bastante en forma, que aún tenía fuerza; solamente le echó un vistazo, como quien mira a ver si queda leche en la nevera para el té de la mañana, sin que haya nada que hacer a esas horas si resulta que no hay.

—Solo le pagaré si es usted puntual y hace exactamente lo que le pido.

Ella asintió.

—¿Le importa? —Le apretó el brazo, la tripa—. Por un par de pulgadas de carne, está avergonzada. Cuánta soledad únicamente por un pellizco de carne.

Hizo esta observación con tanta sinceridad, como si fuera un gesto de amabilidad, que le pareció innoble responder que a ella no había ninguna parte de su cuerpo que le pareciese que sobrara.

Helena pronto comprendió que él nunca mentía en los detalles, sino en esencia; y por lo tanto se sintió libre para mentir en los detalles pero no en esencia, creyendo que la

mendacidad de él era, con diferencia, la mayor.

Graham Rhys le ofreció un buen precio, más dinero por una sola noche de lo que Helena ganaba en una semana, así que aceptó posar para él, entregándose por completo a la incomodidad establecida entre ambos.

A las dos de la mañana, sentados junto a la chimenea, fundiendo queso sobre lascas de pan sin nada más que una manta bajo la que esconder su cuerpo de sesenta años, ella era observada por un desconocido que apenas le había dirigido una palabra en toda la noche. Tal vez esta no sea la idea de paraíso que tenga todo el mundo. Un suelo desnudo de tablones de madera, la grasa del queso deslizándose por sus dedos al meterse el pan en la boca, la primera noche en toda su vida en la que su hija no hubiera sabido dónde encontrarla.

Después de unos días empezó a traer cosas de comer, el contenido de una bolsa —pan, queso, fruta. Un bote de sopa y un cazo. Dos cucharas—.

—No vivo aquí —dijo él—, hay otro sitio a la vuelta de la esquina. Donde tengo las cucharas. Pero gracias por traerlas, de todos modos. ¡Y qué sopa! Sabe a la tierra de la Toscana.

—Es por el apio —dijo ella—, en rodajas muy finitas.

—Finitas como una uña —dijo él. Con aprobación.

—Háblame, cuéntame cosas de tu vida.

—He tenido muchas vidas —mintió—. Podría llevarme algún tiempo.

Se preguntaba si a él le importaría algo lo que ella decía, incluso si acaso no la estaría escuchando. Si a lo mejor lo que quería era que hablase solo para poder ver cómo se movían su boca y su mandíbula y su cuello. El resto de ella, la carne que había cultivado un alma en su interior; de repente su amor por su hija la hizo amarla; ¿cómo podía faltarle tanto al respeto al cuerpo que había creado a su querida Anna? Y vio cómo él pensaba que era su mirada sobre ella lo que había operado este cambio; en cuanto lo supo, en cuanto sus pensamientos y sus sentimientos cambiaron, él lo notó. Y ella sintió tanta furia que se esforzó en no echarse a llorar.

Reconocer el propio dolor no es autocompasión.

—Podrías haberte vuelto a casar, aún tienes buen aspecto.

—¿Para qué?

Él se rio. Era interesante esto de hacerlo reír.

—Volverme a casar habría interferido en mi carrera —dijo ella— de librera mal pagada.

—¿Cómo se llamaba tu marido?

—No es asunto tuyo.

Él volvió a reírse. Ella misma estaba empezando a sentirse entretenida.

—¿Qué hacías antes de trabajar en la librería? —preguntó él.

—Era esgrimista. Enseñaba a los actores a batirse en duelo.

—Háblame de la esgrima —pidió él.

—Lo dejé.

—¿Fue entonces cuando te convertiste en una currante mal pagada?

—No.

—¿A qué te dedicaste después de dejar la esgrima?

—Fui mimo.

—Entiendo que no me vas a decir si tienes hijos —dijo.

—No, no te lo voy a decir.

—Yo tengo cinco hijos —explicó—, con tres mujeres diferentes. He estado casado una vez y con las otras mujeres nunca conviví.

—Lo dices como si no tuviera nada que ver contigo.

—Tres chicas y dos chicos —dijo él.

—Quieres decir tres hijas y dos hijos.

Hizo una pausa.

—Sí.

—¿Por qué quieres que me quite la ropa si solo vas a pintar mi cara? —preguntó ella, aunque ya conocía la respuesta. Para hacerla sentirse vulnerable, subordinada, en guardia.

—Los cuerpos no son muy interesantes. Variaciones del mismo tema. Carne que cuelga del hueso. Resulta irónico que sea la cara lo que expongamos, la parte más personal de nosotros mismos. Creemos que recordamos o reconocemos una cara, pero una cara siempre es diferente.

Ese comentario era un distintivo suyo, se lo había leído más

de una vez en las revistas.

—No has contestado a mi pregunta.

—Porque hace que quieras esconder otra cosa, y eso se te ve en la cara. Y entonces tengo que descubrir qué es —le dijo.

—Te divierte.

—Me interesa.

—¿Y si quiero volver a ponerme la ropa?

—Entonces me enfadaré un poco, porque teníamos un acuerdo y yo ya he empezado. Pero te seguiré pagando por la jornada completa y nos diremos adiós.

Ella consideró el hecho de que esta era la única vez que se había quitado la ropa por un hombre en casi tres décadas, que su cuerpo en realidad ya no tenía gran cosa que ver con ella, que podía ahorrar ese dinero para pagarse el billete de tren y visitar a Anna.

—Mantendré mi palabra —dijo.

—Me alegro.

Y se dio cuenta de que él acababa de tomar la medida de sus pensamientos en su cara mientras ella no se percataba.

—Cuando mis hijos estaban en la universidad —mintió— me coloqué de aprendiza en una panadería. Todos esos años saliendo a rastras de la cama al sonar la alarma, asegurándome de que estaban listos para el colegio, con los libros en las mochilas, los almuerzos, los pañuelos, los zapatos en una bolsa si llovía. Hubo tantas mañanas en las que pensé que ojalá llegara el momento en que por fin pudiera dormir durante la mañana, dedicar mis pensamientos de vigilia a mí misma, y entonces, cuando se marcharon, seguía despertándome al amanecer, y saltando de la cama para evitar la angustia, la desesperación, la inutilidad. Así que empecé a trabajar en la panadería del barrio, ¿qué podría ser mejor a las cuatro de la madrugada que sacar los calderos, aprender a usar las grandes máquinas mezcladoras?

—¿Eso fue antes de coger el trabajo en la librería?

—Sí, mucho antes. Entre medias fui criadora de caballos, profesora de taquigrafía y voz de megafonía para la compañía ferroviaria.

—Por esa voz estentórea que tienes.

—No.

Anna había aceptado un trabajo en un hospital a cinco horas en coche de distancia. Acordaron que Helena se quedaría hasta que Anna supiera si le gustaba o no —si veía que era un error, podía volver a casa—. Tenía sentido no abandonar todavía el piso, ni su trabajo, antes de que Anna estuviera segura de que quería quedarse.

Hablaban una vez a la semana, normalmente antes de cenar. Helena sabía de la casera de Anna, del jefe de departamento, de sus colegas. Pronto Anna hizo amigos y no siempre estaba en casa a la hora de la cena, así que hablaban antes de dormir, a cientos de millas de distancia. Antes de colgar, Anna planeaba cuándo volverían a hablar, si a la hora de la cena o a la hora de acostarse. Esos queridos minutos. Buenas noches, corazón, buenas noches, mamá, buenas noches, buenas noches.

Y luego la larga noche insomne, la lectura de libros enteros que cogía prestados de la tienda y devolvía a la mañana siguiente. La visión odiosa del reloj —las tres de la mañana, las cuatro—. La pesadilla hirviente. Leer en la cama es un arte de precisión: conocer la cantidad adecuada de vatios, luz suficiente como para leer, pero lo bastante suave como para quedarte dormida con la luz aún encendida, escoger libros no por su contenido sino por su tamaño y su peso, conocer la mejor postura en la cama para que el libro no resbale y te vuelva a despertar al golpear el suelo.

Amanecimos a una mañana de niebla invernal. Desde la ventana que había sobre nuestra cama vimos que los edificios de alrededor habían desparecido.

—Las montañas están envueltas en bruma…

—Pasarán al menos dos semanas antes de que llegue el equipo de rescate…

—Tendremos que subsistir a base de carne humana…

—Y usar el calor corporal para mantener la temperatura…

A veces cerrabas pronto la puerta del estudio y subías sigilosamente a buscarme.

Encuéntrame, John.

Hay un jardín en un suburbio de París que nunca he visto. Una mesa de madera cuadrada y sillas de hierro forjado curtidas por las décadas, las azucenas doblándose bajo la lluvia. En nuestra

cama describiste este jardín; por alguna razón, yo me eché a llorar. El lugar era de una familiaridad deslumbrante, como si lo hubiera conocido hacía mucho tiempo y lo hubiera guardado siempre, encerrado en mi memoria. Luego pensé que tal vez fuera un recuerdo futuro, algo que nos estuviera esperando. Pero no sabía entonces que aquella sería nuestra última tarde. La ventana estaba abierta y se oían los árboles.

Los lugares descritos por un amante no se parecen a ningún otro lugar sobre la tierra. Aprenderse una ciudad de esta manera —las curvas que trazan los bulevares, los canales, las cornisas por encima de nuestras cabezas— en un abrazo desnudo, el lujo de escuchar mientras tu piel escucha. La ciudad se te mete en el cuerpo. Y luego, si tienes la suerte de llegar allí por primera vez con ese mismo amante o, mejor aún, después de muchos años con el mismo amante, entonces entrarás en ese lugar como quien entra en un sueño. Tu cuerpo reconocerá los canales, las cornisas, las curvas de los bulevares; el recuerdo antes que la visión. Y se trata de un gran regalo, porque lo más frecuente es llegar como extraños; esto, por supuesto, también es un placer. Pero este otro placer, el de la llegada al recuerdo de un lugar en el que nunca has estado y que sin embargo conoces desde la piel, es igual que llegar al amor, ese conocer algo que aún desconocemos. El tipo de amor que es como una fatalidad. El amor más allá del cual ya no vives, independientemente de lo que te pueda ocurrir.

—Para esto puedes volver a ponerte la ropa —le dijo—. ¿Qué haría falta para verte desnuda?

Un fantasma, amnesia, un nieto.

De repente sintió que necesitaba que él la conociera. Se convirtió en una necesidad imperiosa que, por un momento solo, él la conociera.

—A lo mejor si nos pintamos el uno al otro —dijo ella.

Le asombró el apetito que sentía al tener el pincel en la mano. Al principio, a él le pareció una travesura. Pero muy pronto dejó de parecérselo.

—¿Cuándo aprendiste a pintar así? —le preguntó.

—Durante la primera guerra.

—Trabajas en una tienda. ¿Pintas por las noches?

—Hace treinta años que no cojo un pincel.

Ahora él la miraba con suspicacia. Verla ante el caballete

ya no le divertía. Así que, al día siguiente, en lugar de coger el pincel, volvió a quitarse la ropa. Pero, fuera cual fuera el extraño contrato que tenían entre los dos, se había roto.

Cuando llegó al siguiente día, había otra mujer en el estudio. Muy joven. Ese fue el primer momento en que se dio cuenta de que tal vez su trabajo fuera bueno.

Esa noche, se alegró de que Anna no pudiera ver las lágrimas que derramaba, con el teléfono muy pegado a la oreja, ansiosa por escuchar la voz de su hija querida. Las historias de Anna sobre su día, así como la idea de preparar la cena, incluso en aquella cocina suya, tan lejos, le dieron calma. Helena empezó a dibujar en el cuaderno de recados que había junto al teléfono. No se dio cuenta de lo que hacía hasta que el rostro de John no empezó a devolverle la mirada, como si se hubiera alzado desde el papel, pensó, como si hubiera estado allí encarcelado y ahora fuese libre.

—¿Qué vas a hacer para cenar?

—Nada, solo unos huevos revueltos —dijo Anna—, con cebollas y perejil. Y, después, la naranja más grande y más redonda que hayas visto en tu vida.

Pintaré esa naranja, que no veo sino que solo imagino, la pintaré más grande que un Zurbarán y se la llevaré a nuestra Anna. Y entonces no importará si no vuelvo a pintar nunca más.

IV
Río Orwell,
Suffolk, 1984

En la parte de atrás de la tienda, Peter estaba sentado ante una gran mesa, el flexo inclinado sobre él, como si buscase errores en su trabajo. Oyó que se abría la puerta, con la campanilla sobre un gozne, y una voz que exclamaba:

—En la isla de Ámsterdam son las cuatro cero uno p. m. En Perth, las once cero uno p. m. En Alert son las diez cero uno a. m.

Levantó la mirada. Gracias a Dios. Estaba en casa.

La abrazó. Era larga como una marta, un solo y puro músculo.

Entera. Gracias a Dios.

Peter cerró la tienda. Subieron las escaleras. Él no quería que ella supiera lo mucho que la había echado de menos. Cada vez que Mara se marchaba, él se sentía saturado, paralizado por el miedo que sentía por ella. Era insoportable.

—Te he echado de menos —dijo Mara—. ¿Y tú a mí?

Se le escapaban las lágrimas.

Ella lo abrazó, lo apretó, dándole la vida.

—Papá —le dijo—. Papá. No te preocupes, me voy a quedar.

Él sollozaba como un niño.

Ella sacó la plancha de cocina.

Cenaron tortitas, porque era tradición entre ellos cuando ella volvía a casa, y también porque le gustaba la jarrita de cristal de jarabe de arce, con su asa inútil y diminuta.

La observó mientras comía, llenando ese saco sin fondo. Diecinueve tortitas. Él las hacía pequeñas. Pero aun así.

Muerta de hambre.

Él estaba empezando a volver a la vida.

—En Madrid son las tres y cuarenta y nueve p. m. —dijo—. En Mauricio son las seis y cuarenta y nueve p. m.

Haría cualquier cosa por contemplar esa sonrisa ladeada.

Se reunió con ella en el sofá donde estaba leyendo —cuando venía a casa, siempre iba a por alguno de los libros de su madre, con el nombre de su madre, Anna, escrito cuidadosamente en la cubierta interior, con la fecha y la ciudad en la que Anna lo había comprado: *Jane Eyre*, *La boca del caballo*, *Retrato del artista adolescente*, con las tapas completamente blandas, releídos innumerables veces, para demostrarse a sí misma que había vuelto a casa—. Se sentó a su lado y ella colocó los pies, enfundados en sus gruesos calcetines de lana, en su regazo, como hacía siempre.

—Cuando venga Alan, ¿te pondrás la falda escocesa tan preciosa que te regaló la abuela? —le preguntó—. Hemos hecho una apuesta. Él no se puede creer que te la vayas a poner. Si lo haces, tiene que invitarnos a todos a cenar a Moro's.

—¡Ja! Ahí le vamos a dar. Hasta me lavaré bien detrás de las rodillas.

La habitación estaba cálidamente iluminada por lámparas. Mara había preparado un fuego resistente, siempre se le había dado bien, y se enorgullecía de ello. Siguió leyendo y él casi se había dormido cuando Peter la oyó decir:

—La echo de menos más que nunca esta vez. Todos los lugares en los que estuvimos me hicieron pensar en ella, casi me parecía que al girar la cabeza la iba a ver.

Él estaba ya completamente despierto.

—A veces a mí también me parece verla —dijo Peter—, por el rabillo del ojo. Si es que puede verse una emoción.

—Sí, yo creo que se puede.

Peter había aprendido el oficio de su padre, que a su vez era hijo del mejor sastre de Piedmont. Al final, el padre de Peter había descubierto que prefería el oficio de su tío, y se había hecho sombrerero. Después abuelo y padre trabajaron juntos, equipando «desde la punta de la cabeza hasta las

suelas de los calcetines» a caballeros de Liguria, Lombardía, Emilia Romaña… Su padre incluso había cubierto las cabezas de caballeros de Suiza y de Francia. También diseñaba sombreros de señora, para complacer a su mujer, Lia, la madre de Peter. Su abuelo les encontró un socio y cosieron uniformes y sombreros para el ejército. Cuando llegó la guerra, de repente se hicieron ricos. Los uniformes habían sido idea de su abuelo, y, cuando murieron tanto su abuelo como los padres de Peter, este heredó su parte del negocio, vendió su participación y cruzó el Canal. En Londres, Anna y él coincidieron en la cola para un concierto de Marian Anderson y una semana después se descubrieron sentados a una sola fila de distancia escuchando a Myra Hess. Una de las primeras cosas que supo de Anna fue que era admiradora de Eglantyne Jebb. Anna, que había trabajado en hospitales de campaña en Francia, acababa de aceptar un empleo en un hospital en el norte y estaba de celebración antes de abandonar Londres. Pocos meses después, con todas las cartas que ella le había escrito en el bolsillo del abrigo, Peter cogió el tren al norte y Anna se lo llevó a casa.

Peter tenía dinero, pero no se sentía orgulloso de ello y no quería abandonar su trabajo. Abrió un pequeño taller —sorprendentemente, los hombres no parecían dejar nunca de llevar sombrero— y Anna y él, recién casados, se instalaron encima. No deseaban gran cosa, y vivían de lo que ganaban, conservando el dinero del negocio familiar prácticamente intacto. Sería el nido para su huevo, la herencia de su hija Mara. Peter no sentía ninguna inclinación por vivir otro tipo de vida. Anna estaba de acuerdo, y tenía la libertad de ir donde la necesitaran.

Peter y Mara jugaban a una cosa cuando Anna no estaba. Al principio, le había enseñado el mapa a Mara para tranquilizarla, para hacerle creer que el mundo no era tan grande, que su mamá no estaba tan lejos.

—¡Mira, está aquí, a solo unas pulgadas! —Ella le tocaba el dedo cuando él señalaba, y luego tocaba el lugar con su propio dedo, y luego tomaba la carota de su padre entre sus propias manitas.

—¿Podemos llamar por teléfono?

—Todavía no. En el sitio donde está mamá son las tres, y ella está trabajando.

Le costó explicárselo, pero Mara terminó por comprenderlo: cuando era por la mañana donde ella estaba, era por la tarde donde estaba su mamá. Cuando ella estaba merendando, su madre se estaba acostando. Pronto Mara se aprendió las zonas horarias, y era capaz de medir la añoranza por su madre con la precisión de una aguja.

De joven, Mara conquistó la máquina de coser con el talento natural de un delineante con su lápiz, tan habilidosa como el bisabuelo a quien nunca conoció. Si veía un delantal o un paño de cocina que le gustara, se hacía una falda; guardaba retales y en veinte minutos podía estar lista para ir a la ópera. Su secreto era que no sentía miedo a trabajar sin patrones, y nunca medía. Medir la ponía nerviosa, ralentizaba su trabajo. Mara tenía recursos, confiaba en sí misma. Él sabía que esta era una de las razones por la que siempre la convocaban a ella, y una de las razones por las que siempre iba. Seguía haciendo la broma de que, si pudiera, metería la máquina de coser en la mochila. Tal vez, bromeaba, volvía a casa porque echaba de menos la máquina de coser. Ahora, entre bocado y bocado de tortitas, le dijo que le parecería una bendición poder trabajar en una clínica o en una sala de urgencias. Le costó solo un momento comprender. Era por un hombre. Estaba enamorada. Nunca hubiera pensado que daría las gracias por perderla así. Pero había otro que la había traído a casa y Peter ya se sentía medio loco de gratitud.

Su amante era periodista. Mientras Peter observaba a su hija devorar tortitas en la mesa de la cocina, se imaginó que Mara habría conocido a su hombre en el hospital, que lo habría curado, que Alan habría salido de la anestesia y le habría visto esos ojos llenos de bondad. Que la habría visto moverse por la sala, habría visto cómo escuchaba, cómo le sostenía la mirada o la mano a los hombres rotos que examinaba, con tal dulzura, mientras los valoraba y absorbía información con tenaz eficiencia. Que él estaría fascinado, abrumado. Peter imaginaba la escena, como en el cine.

—¿Dónde viviremos?

—Yo necesito estar cerca de mi padre.
—Pues entonces ahí es donde nos quedaremos.
Sabía que Mara siempre había pensado que el amor complicaba las cosas, pero Peter sabía que el amor era como un acero afilado que rebanaba una manzana: una hendidura, filo y vínculo a la vez.

Mara llevaba semanas fuera, en camioneta de un lado a otro, durmiendo donde hubiera hueco, esperando noches enteras en puntos de recogida. En cualquier otra circunstancia, habría sentido esa falta permanente de sueño como una enfermedad; ahora constituía la prueba continuada de que seguía viva.
En las ruinas, el humo le quemaba la garganta, pero aquello estaba seco y en silencio y durmió como un tronco. Al despertar, lo vio durmiendo a su lado. Más tarde Alan contaría la historia de cómo se la encontró. Pero ella nunca olvidaría la sensación de que ella lo había encontrado a él, con solo abrir los ojos.

Después de que le sacaran de allí en avión, ella se pasó dos días sollozando. Luego empezó a sentirse arañada; la roca que había tenido en el pecho había desaparecido. Había sido sustituida por un vacío. Eso era mejor.

Cuando regresó a casa, Alan envolvió la correa alrededor de la cámara, la metió al fondo de su mochila y guardó la mochila bajo llave en una maleta. Habría tirado la maleta al río si hubiera tenido energía suficiente como para llevarla hasta allí. Seguidamente, se encerró también él, para aislar al mundo de su contagio.
No había nadie a quien pudiera molestarle que se pasara el día durmiendo. Vivía a base de la horrible comida para llevar de la tienda de la esquina, porque estaban dispuestos a dar los pocos pasos que los separaban para dejársela en la puerta, cada una de aquellas milagrosas bolsas llenas de grasa. Sabía que llegaría un momento en el que estaría dispuesto a empezar de nuevo, pero, hasta entonces, seguiría hundido como un sapo congelado en su apestoso hibernáculo, con el corazón a un ritmo tan lento que era casi de muerte, sin

apenas necesidad de oxígeno, dejando que todo aquello de lo que había sido testigo se pudriera en su interior. Aquello era pura autocompasión, una espantosa autoindulgencia, pero le daba igual. Era lo que necesitaba, ya estaba acostumbrado. Pero pensó que esta vez verdaderamente podría ser la última.

Se encerró y se quedó allí tumbado, hasta estar absolutamente seguro de que no podía vivir sin ella.

Se preguntaba si sería capaz de tener esperanza de esa manera total y sin fondo que era necesaria para hacerlo funcionar, para no soltarse. Sabía que no debía soltarse. De ella, no.

Una mañana de noviembre, casi dos meses después de su regreso, Alan fue andando hasta el final de su calle y echó la carta al correo. Se fijó en que el cielo parecía papel secante absorbiendo el atardecer, las hojas de bronce empapadas y relucientes, las ramas medio desnudas al viento. Llevaba el jersey de su padre. Olía como había olido siempre, a lana aceitada y a loción de afeitar con aroma a cedro. Tenía falta de abrigo, pero el frío lo complacía.

Su padre había sido un hombre compacto, siempre ordenado y contenido. Pero sin vergüenza de expresar afecto, ni de llorar cuando hacía falta. Había visto a su padre llorar tres veces. Después del funeral de la madre de Alan, cuando Alan había partido hacia su primera guerra y cuando Alan había regresado por primera vez. Parecía hacer mucho tiempo de eso.

Empujó la carta, irrecuperable, su única oportunidad, al abismo oscuro del buzón de correos. Tan irrevocable, pensó, como una tumba. Lo hizo deprisa, como si estuviera arrojando de su lado toda la esperanza que quedaba en el mundo.

Peter sabía que era culpa suya tanto como de Anna que su hija escogiera campos de refugiados, hospitales de campaña, los lugares más peligrosos. Era una obsesión de él, la injusticia. Maldito Marx, maldito Gramsci. La debería haber criado hacia el egoísmo.

Mara tenía la valentía de su madre.

—Necesito ir donde más se me necesita. Si no, ¿qué sentido tiene? —decía Mara.

Quédate donde más se te necesita. Quédate.

—¿Dónde está mamá?

Las piernecitas de Mara balanceándose sobre el borde de una silla de la cocina, un sábado de verano por la mañana, la puerta de atrás abierta, la manguera rellenando la piscina hinchable infantil. Peter fue a coger el mapa.

—Está ahí —le explicó, usando el dedo de Mara para señalar. Donde se quema el cielo.

A Alan le asqueaba informar y analizar desde la distancia. Pero sabía, como un perro que huele la llegada de un terremoto, que, si regresaba una sola vez más, moriría allí.

Cuando los barrios eran aniquilados por las bombas, cuando desaparecían mundos enteros —esa red viviente de tiendas, colegios, vida callejera, familias… y la organización de sistemas y recuerdos de tan solo un cuerpo y un alma—, Alan sabía que todo lo que escribía partía de un conocimiento tan inadecuado, tan tangencial, que era como describir la complejidad de una molécula desde un punto de vigilancia en la luna. Era menos que un mensajero, menos que un oficinista con un libro de contabilidad, no llegaba a ser ni siquiera un transcriptor. Despreciaba el término «periodista de investigación» y nunca se sentía cómodo entre los del gremio. Él era salvaje, no aspiraba a nada, era un perro de mil leches, un renegado que hacía sus propias incursiones en los lugares, entrando y saliendo a toda velocidad e intentando escribir al menos como una cámara humana. Se metía en líos. Tenía agallas, hasta que las perdió. Y así, en ese estado de inutilidad, la encontró, dormida. Mara se había extraviado por las calles, que era exactamente lo que no tendría que haber hecho, pero algún instinto, pensó Alan, la había salvado, el hospital había sido bombardeado cuando ella se encontraba entre el punto B y el punto A, volviendo de visitar a un paciente porque una madre se lo había suplicado.

—Ninguna madre —le dijo a Alan— debería tener nunca que suplicar por la vida de un hijo, y nunca, nunca, tendría por qué suplicarme a mí.

Había planificación militar, había ataques, había reglas administrativas y había caos. Mara se la había jugado, y siempre hay una oportunidad para jugársela. Y Alan la había

conocido en medio de su propia oportunidad y se había quedado dormido a cierta distancia de ella, como si compartieran un refugio.

Hablaron por primera vez, tumbados en el polvo lleno de esquirlas. Alan sabía que iba a volver pronto a casa.

—¿Tú crees que algún día será posible —le preguntó Mara — que pase una hora sin que sientas el deseo de darle un puñetazo a una pared o gritarle a la gente para que abra los ojos?

—No —respondió él.

Tumbados uno junto al otro en las tinieblas. Él se imaginó que ocupaban sendas camillas y esperaban transfusiones.

Era diferente pensar en la tristeza y en la ira de ella y no en la suya propia.

—A lo mejor —dijo.

Mara había encendido el fuego. Había horneado una tarta y un estofado burbujeaba despacio bajo una tapa de hojaldre.

Comieron con gusto. Alan se acopló a ellos, le resultó fácil.

Luego apiló los platos en el pequeño fregadero y los que no cupieron se quedaron en la mesa.

Más tarde, con su padre sentado al otro lado del sofá y Alan en la gran butaca con la tapicería desvaída, leyeron en voz alta. Porque Alan le había dicho:

—Haced lo que siempre hagáis. Solo dejadme entrar, por favor.

A ella le gustaban los libros que parecían empezar de nuevo a la mitad, como pasaba tantas veces en la vida, como pasaba tantas veces en un día o en una tarde o en una conversación, o en una idea larga, que mereciera la pena. Como tantas veces pasaba en el amor.

Cuando le llegó a su padre el turno de leer, escogió a Rilke.

—Qué terribles son todos los ángeles…

La intención de Mara no había sido la de dar testimonio, y no sabía si lo hacía para desafiar la seguridad de estar en casa o para hacer que esa seguridad fuese más real. Había creído a su padre desesperado por no saber, por no dejar que aquello entrase en el remanso que había construido para ellos. Pero también sabía que su madre se lo debía de haber contado

todo; así, cuando Anna volvía, Peter no estaba aún más solo. En el caso de su madre, hablar no había sido un gesto de egoísmo, sino todo lo contrario; hablar era insoportable. Perforar la piel para liberar la infección. Fue la presencia de Alan lo que hizo que Mara hablara ahora; lo que hizo que quisiera demostrarle a su padre que, incluso teniendo a Alan con ellos, ella nunca lo abandonaría.

Les habló de su amiga, una enfermera que tenía más experiencia y compasión en sus manos de la que Mara sentía que tendría jamás, que había enseñado a Mara a romper, con solo introducir un dedo en el borde del útero, la potentísima fuerza de succión que atrapa la cabeza de un niño. Era una enfermera cuyos propios hijos vivían demasiado lejos como para ir a visitarlos, la misma enfermera que iba en bicicleta por la oscuridad, sin luces que la delatasen, con paquetes de medicinas pegados a la piel bajo la cinturilla de los pantalones, que se precipitó por un abismo que no existía apenas unas horas antes en la única carretera de salida, y las medicinas saqueadas, su cuerpo saqueado, arrojado como despojo. Mara les habló de las cirugías bajo la luz de una linterna sostenida por la madre del paciente. Niñas demasiado pequeñas para dar a luz. Médicos a quienes la emoción convierte en hielo. La enfermera que se quedó dormida en medio de una operación. El bebé reconstruido tras horas de cirugía, asesinado por una bomba tirada sobre un hospital un instante después. El padre que guardaba un hatillo de tela atado con un cordel alrededor del cuello, lleno de dientes, prueba de la existencia de su hijo, aunque Mara sabía que nunca podría estar seguro de que hubieran pertenecido a su hijo. El mismo hombre que vio cómo alguien le arrancaba los zapatos de los pies creyendo que estaba muerto. Lo que les contó era humo que abrasaba, pero el fuego de todo lo no dicho seguía ardiéndole en la boca, indecible todavía.

Cada eterno minuto presente, alerta al orden y al detalle meticuloso del cuerpo humano, en estado de resistencia contra lo que se le había hecho a ese cuerpo, y alerta a sus propias convulsiones de ira. Su padre escuchaba todo lo que ella decía, Mara lo sabía. Y los ojos de Alan, que habían visto tanto como los de ella, no abandonaron su rostro ni por un instante. No importaba si lo que decía tomaba una expresión

demasiado emocional, o si lo decía como una autómata. Lo que importaba era empezar a decir en voz alta lo que esperaba no tener que contar nunca, y que la recibieran y la comprendieran. Importaba tanto como el aliento de Alan dormido sobre su piel.

Y cuando les contó del ciervo que había venido al camposanto como para leer las lápidas, esas lápidas que eran lo único que quedaba de la aldea quemada, y el pájaro de agua que emergió tan rápido que agujereó el reflejo del barco, cuando les dijo que en esos momentos tuvo la certidumbre completa de la presencia de su madre, en aquellos lugares de tormento y abandono, lo hizo para que supieran que Anna nunca había dejado de ofrecerles lecciones sobre cómo dar su vida y renunciar a su vida, cómo medir la amistad en las situaciones extremas y, madre e hija, sístole y diástole, cómo amar cuando no te queda nada.

Según la experiencia de Mara, lo sobrenatural era puramente la presencia del bien, el amor ardiente liberado del cadáver; ese amor que siempre intenta escapar del terror humano.

Los muertos dejan señales en todas partes. Sentimos una sombra, pero no somos capaces de ver aquello que proyecta la sombra. La puerta se abre en la falda de la colina, en el campo, al borde del mar, entre los árboles en el ocaso, en el pequeño jardín urbano, en un café, en un tranvía bajo la lluvia, en unas escaleras.

Ya era tarde, muy tarde, hora de que Alan volviera al hotel. Mara abrazó a su padre antes de que se subiera a acostar. Sintió lo huesudo y rígido que estaba por debajo de su hermosa y gastada chaqueta de tweed. Pero se negaba a pensar en él como un viejo, no dejaría que eso la pusiera triste, esta noche no. Y, cuando ella y Alan salieron juntos al oscuro jardín, el zorro estaba tan quieto que al principio no lo vieron, inmóvil como una figura de resina sobre el césped. Él le apretó el brazo y lo señaló, lo señaló con el dedo como si aquello fuera una película o un cuadro, demasiado asombrado como para pronunciar la palabra: mira.

Alan la llamó cuando llegó al hotel donde se hospedaba, no muy lejos de donde ella vivía con su padre.

—¿Somos reales? —le preguntó.

—Sí —dijo ella.

—¿Sigues ahí?

—Estoy intentando dormir. —Ella rio.

—¿Puedo volver ahora mismo? —le preguntó él.

—Sí —respondió ella.

Le esperó en la puerta de la calle, para que él no llamara y despertara a su padre. Llevaba ropa de dormir, una camiseta larga con la imagen desgastada de un perro de dibujos animados.

—La tengo desde que era adolescente —le explicó—. La llevo para demostrarme a mí misma cuando me despierto por la noche que de verdad estoy en casa.

Se apretujaron en su cama individual.

—Cuéntamelo todo —le pidió él—. ¿Dónde has sido más feliz? ¿Cuál era tu comida preferida cuando eras pequeña? ¿Cuál fue el primer libro que te hizo llorar? Quiero oírlo todo, no te dejes nada.

—Eso nos va a llevar toda la vida —dijo ella.

—Eso espero.

Alan volvió la noche siguiente a cenar: empanada de carne, verduras, un Bundt de chocolate.

Alan se quedó. Encontró un apartamento cerca; pronto también ella estaba viviendo allí.

—Mi padre tiene un regalo para ti —dijo Mara.

—Te he hecho una gorra —le dijo Peter a Alan—. Suelo tener un ojo excelente para la circunferencia de la cabeza, pero, si no te queda perfecta, me es fácil arreglarla. Iba a haber usado tweed grueso porque es increíblemente resistente y sufrido. Si se le hace un roto, puedes trabajarlo con los dedos y la herida suele cerrarse. Pero por su historia (el primer tweed de ese tipo lo llevó la milicia canadiense en 1870, en la rebelión de Río Rojo) he escogido una medida de este hermoso tejido antiguo de la isla escocesa de South Uist que llevo guardando por aquí muchos años. Esta gorra te

abrigará, te protegerá de la lluvia y de la nieve. Te vendrá bien para saludar desde la cubierta de un barco, o para aventar una chimenea. Dependiendo del entorno, puede servir de camuflaje.

La gorra, que podía arrugarse sin daño y guardarse en un bolsillo, tejida a mano, medida y cortada y cosida a mano, por la mano del padre de Mara, protegía más que un casco de acero.

Alan miró los colores del tweed: cielo invernal, musgo, travertino, montañas. Pensó en lugares a los que llevaría a Mara como si esos lugares le pertenecieran. Era una desazón compuesta por toda la soledad que había conocido y toda la gratitud que sentía ahora.

Mara y Alan paseaban hacia casa por las calles invernales. Era tan tarde que apenas había luces en las ventanas, y la claridad del frío hacía que el cielo en la noche pareciera más profundo. La nevada empezó tan suavemente que solo podía verse a la luz de las farolas. Emanaciones silenciosas, centelleantes.

—Entiendo por qué no quieres abandonarlo nunca —dijo Alan.

Mara le tomó de la mano.

—Esta noche pienso dormir con esta gorra puesta —dijo él.

A la mañana siguiente bajó a desayunar con la gorra en la cabeza.

—No me la voy a quitar nunca —anunció.

En la mesa grande bajo el flexo, Peter imaginó a su hija y su amante cruzando la ciudad reluciente mientras caía la nieve. El refugio de su pequeño apartamento. Le dolía el corazón, lleno de recuerdos.

—¿Crees que es posible —preguntó Mara— que el bien sobreviva lo suficiente como para durar más, para esperar, para resistir, mientras que el mal se consume?

Era una pregunta de filósofo, una pregunta de padre, una pregunta de amante. ¿Era una pregunta de médico? Alan no estaba seguro.

—No —dijo.

Sabía que ahora nadie podía ni entrar ni salir. Ella también lo sabía. Era un secreto entre los dos, que los dos conocían el mismo fracaso, que incluso si pudieran volver, allí o a cualquier otra parte, no durarían ni un día. Sería una especie de suicidio; ya no eran fríos como el hielo. ¿Lo sentirían siempre como un fracaso?

Acostados uno junto al otro en la oscuridad, Alan supo con toda el alma que la amaba.

—A lo mejor —concedió.

V
Río Orwell, Suffolk, 1964

Anna sintió que el aire cambiaba abruptamente, sintió un murmullo mecánico, como las aspas de goma de un ventilador, sintió que zumbaba con una obstrucción invisible. Sábado por la mañana, nadie en casa, dónde estaba Mara —en su cama no—. Qué silencio en la casa, la aldea de Mara construida con cajas de cereales y cajas de zapatos pintadas con colores alegres, distribuidas por el suelo, papeles y pinceles en la mesa de la cocina —a lo mejor solo habían bajado corriendo a las tiendas a comprar alguna cosa, pero qué raro que no se lo hubieran dicho—. Nunca había ocurrido que no estuvieran en casa para darle la bienvenida, que Mara no saltara a sus brazos. Anna echó un vistazo al jardín, donde la piscinita hinchable estaba llena de agua; no podían haber ido muy lejos, seguro que no estaban fuera mucho rato. El suelo junto a la puerta de atrás, mojado, y las sandalias rosadas de Mara. Qué extraño el sonido de la voz de Mara y, destellando al sol, brillando en mitad del aire, el agua de la piscina, que salpica sola.

VI
Río Orwell,
Suffolk, 1984

Podrían haber estado en una cabaña en el bosque al borde de un fiordo, o en los aposentos del capitán de un galeón, en aquellas primeras semanas que pasaron juntos, las tardes junto al fuego con Mara y su padre, hablando de la madre de Mara, Anna, y de la infancia de Mara y del verano con su abuela en Flamborough Head, de la niñez de su padre en Piedmont, de las siete vidas de Alan. Por primera vez en su vida, Alan tenía la experiencia de no tener que evitar pisar terreno maldito. Candor; ardor; sobre el viejo sofá, entre cojines y mantas suavizadas por el uso a lo largo de miles de tardes y de veladas leyendo junto al fuego, entre una acumulación de detalles que para él, como un arqueólogo en un asentamiento recién descubierto, nunca eran suficientes. Los libros, los hallazgos y recuerdos de mercadillos de segunda mano, el parachispas que parecía rescatado de una chatarrería medieval, la pana, el croché, las piedras traídas a casa desde lugares salvajes, el cuadro abstracto que creaba aquel anhelo en su corazón, en los colores del ocaso invernal o del mar, firmado por alguien llamado Sandor, que también había pintado a la madre de Mara, sus largos cabellos, el jersey enorme que le tapaba las manos hasta las puntas de los dedos, su cara —la cara de Mara— solemne, luminosa de amor. Y un cuadro pintado por la abuela de Mara: una naranja tan fastuosa y pesada que se salía del marco y caía hacia la habitación como un desprendimiento de tierra, una avalancha de placer. Alan siempre había pensado que era imposible que las palabras fueran capaces de atestiguar y describir por completo lo que era el mundo. Pero ahora, por primera vez, estando con Peter y Mara, en su casa con ellos, sentía que lo imposible era describir lo que podría ser el

mundo.

Habían montado el campamento los tres, sin más, como si estuviera escrito desde siempre que Alan, un extraño, fuera a llamar a su puerta; nunca habría sido capaz de expresar que necesitaba precisamente este cobijo, en toda su idiosincrática exactitud y, sin embargo, en el mundo roto de la generosidad y del desahucio, del duelo y del ciego azar, sin crédito alguno en el banco de la fe, a él ellos lo habían encontrado.

Poco a poco Alan vio cómo, en el pequeño apartamento que compartía con Mara, se iban acumulando evidencias de las semanas y meses que pasaban juntos: el saber que encontraría sus zapatos debajo de determinada silla, su bolso y su bufanda en una esquina de la cocina, el libro sobre escenografía rusa del siglo XIX descubierto en el mercadillo de una iglesia usado como tope de una puerta. Le encantaban sus paseos sin rumbo en coche y el gozo de regresar. Le encantaba pasear con ella para resolver el día, pasar del ocaso a la oscuridad, preparar juntos la cena, los arreglos callados que se hacen hablando y escuchando, a veces una sorpresa de postre en la cajita para horneados; la sensación de tomarla entre sus brazos mientras escuchaban música, o leían en voz alta. Sobre todo, el deseo compartido, con su paz insondable, inexpresable. La esperanza implícita en los días y las noches que pasaban juntos.

Para el historiador cada campo de batalla es distinto; para el filósofo, todos los campos de batalla son iguales. La guerra siempre ha redefinido el campo; ya no fingimos luchar en el terreno designado a tal efecto, sino que reconocemos el subestrato esencial donde siempre se han librado las guerras: exactamente donde vivimos, exactamente donde siempre creímos tener refugio, incluso de un modo sagrado, en los lugares donde dormimos y donde despertamos, donde comemos, donde nos amamos —el bloque de apartamentos, la escuela, la residencia de ancianos—, ciudadanos que ingieren la explosión y se convierten al instante en hormigón pulverizado, rígidos como los antiguos pompeyanos en ceniza volcánica. Francotiradores, bombas de racimo. El bombardeo estratégico de hospitales, para demostrar el sinsentido de

salvar vidas en una zona de guerra, un sinsentido equivalente a taponar un agujero en el casco de un barco en el fondo del mar. ¿Qué historia está inscribiendo la guerra ahora en nuestros cuerpos? La guerra librada por ciudadanos cuyos músculos no han sostenido nunca un arma ni han pasado a un niño de mano en mano por encima de una fila de cabezas hasta la ventanilla de un tren donde hay una madre que no puede moverse porque está atestado de refugiados. La guerra que se está inscribiendo sobre estos cuerpos, en el cuerpo de ese niño, se leerá como siempre se ha leído la guerra: de desconocido a desconocido, de un padre a su hijo, de un amante a otro. E incluso aunque fuera posible volver a nuestra propia ciudad, incluso aunque nunca te hayas marchado, será una historia que se contará como siempre se ha contado: lejos de casa.

¿Qué tarea tenía Alan? La de escribir lo que nadie soportaba leer. ¿Qué tarea tenía cualquiera? Soportar la verdad. Actuar en consecuencia. Pero incluso la empatía, la compasión, era sentir y pensar en términos de separación. Y Alan solo podía sentir y pensar ahora desde la totalidad, desde la humanidad como un solo organismo, una única entidad de causa y consecuencia, desde la unión humana de respirar y ser a la que nacemos. El cerebro de un hombre rociado en tu cara. Un bebé en el útero con una bala en la frente. Desangramiento. Decapitación. La física de la balística en hueso y tejido humano. Soldados que rezan por el éxito de una masacre.

Alan se sentía perseguido por grados de fracaso infinitamente divisibles; todo lo que hacía o pensaba era inadmisible —su fracaso mismo ya era un privilegio—. Creer que cada palabra contaba, sabiendo que nada de lo que decía importaba lo más mínimo. ¿Importaba la verdad algunas veces? No, importaba o no importaba.

La lucha por lo imprescindible: agua, comida, refugio, escuelas, hospitales, un bien común. Como siempre, llevaría su camioneta de lenguaje y vaciaría el cargamento de horror a plena vista, para que nadie pudiera decir que no lo sabían. No había nada más que decir, y, por supuesto, él seguiría diciendo esa misma nada.

Solo Alan, pensaba Mara, comprendía su rabia ante la obscenidad de las tiendas, esos pasillos de abundancia como ofrendas de un templo a los dioses; ante los apasionados debates de sus colegas sobre los méritos de determinados restaurantes como si se tratase de cuestiones morales. No era capaz de ajustarse los niveles por dentro, su velocidad y su volumen internos, su ira y sus presentimientos cada vez más aciagos. No sabía aclimatarse a la fiable electricidad del hospital, a toda la maquinaria a su disposición, a los turnos con final, al seguro paseo a casa. No era capaz de entender las bromas de sus colegas en la mesa de operaciones, sus sistemas de recompensas y privilegios autoimpuestos. La ausencia de bombardeos.

Alan le estaba dando la espalda; su linternita estaba encendida, estaba escribiendo a oscuras. Le tocó en el hombro.

—¿Estás bien? —susurró él.

Ella había sostenido entre las manos una aorta que manaba sangre. Había reparado un daño masivo, paso a paso, concentrada en las partes más diminutas de sistemas complejos. En el quirófano no se dejaba a sí misma pensar en rescates, solo en reparaciones. Eso lo había aprendido de su madre.

—¿Crees que mis pesadillas contaminan al bebé?

Él la sostuvo con una dulzura tan penetrante que ella pensó que el médico tendría que haber sido él, y no ella.

Un paseo invernal por la playa, cena en el sofá; sándwiches tostados de queso chédar y rúcula, galletas de bolsa.

—Llamó Lukas —dijo Mara.

El tiempo se congeló.

—Se lo ha pedido a Jackie, ha conseguido reunir a casi todo el viejo equipo: Alice, Amad, Bruno, todos han dicho que sí. Yo le dije que tenía que hablarlo contigo —dijo Mara.

Él sabía que ella ya había tomado una decisión.

—Una última vez —le dijo—, antes de que llegue el bebé. Apenas estoy de cuatro meses. Todo irá bien.

El bebé de los dos, el cuerpo de ella.

—Me quedaría dos semanas, tal vez tres. Scott para entonces ya me podrá sustituir. Todo saldrá bien —repitió.

Él quería estallarse la cabeza contra el suelo.

—Volveré a casa en cuanto llegue Scott.

Se metió debajo de las mantas para que ella no pudiera verle la cara. Ambos habían pasado años calibrando los riesgos, cada uno a su manera, a base de distinciones cada vez más finas, más enloquecidas. Apoyó la cabeza donde el montículo, leve pero firme, que estaba empezando a hincharse junto al hueso de su cadera. Por encima de él, invisible, el rostro de ella en la habitación en penumbra.

—Gracias —le dijo ella, agarrando un mechón de su pelo en el puño—. Gracias. —Como si ella le hubiera pedido permiso, como si lo hubiera necesitado, como si él se lo hubiera dado.

Alan ahora odiaba los aeropuertos. Tierra de nadie.

Alan y Peter parados con Mara en la puerta de embarque.

Peter sostuvo a su hija como hacía siempre, como si fuera la última vez. Para recordar cada centímetro de ella, cada momento, cada adiós formando otro anillo en el tronco del cámbium vascular que le rodeaba el corazón.

Pero Alan la abrazó con una desesperación que lamentó casi inmediatamente, en cuanto desapareció por la puerta, un aullido de remordimiento por no haberse permitido sentirla de verdad, asimilarla, por última vez. Ya no podían verla, solo las oleadas de gente, el mundo entero, haciendo cola detrás de ella.

Alan llevó a Peter en coche a casa desde el aeropuerto. Se quedaron sentados en el coche en silencio, fuera de la tienda. Alan apagó el motor. La luz de las farolas recorría la luna del coche bajo la nieve mojada que caía, a copos pesados y enormes que se iban disolviendo, desapareciendo.

—¿Estás seguro de que no quieres entrar?

Alan pensó en el olvido de la botella que le esperaba en casa, en el apartamento vacío. La conocida tasa de desconsuelo, estado de estupor, resistencia.

—¿Te importa que venga mejor mañana?

—La primera vez que Anna volvió, Mara tenía seis años.

En el camino a casa los dos habían mantenido la vista al frente, más allá de los limpiaparabrisas y de los faros en la autopista oscura, y habían sido capaces de imaginar, incluso de fingir. Pero ahora tenían que mirarse a la cara el uno al otro, y esconder la certeza de que no volverían a verla nunca más.

Alan se sentó a la mesa de la cocina, imaginándola en la penumbra del avión, leyendo sus apuntes, haciendo listas. Y flotando en el oscuro mar de su interior, su hijo, que llevaría el nombre de su padre o de la madre de Mara, Anna.

Acercó un vaso.

Entonces las luces se apagaron. Incluso el botoncito rojo del contestador automático.

Alan se quedó de pie en la cocina hasta que su propia agitación le empezó a pesar. Su pánico era una superficie continua, un plano eternamente reflectante, una cinta de Moebius o un flexágono, una botella de Klein, algo de lo que no se podía escapar, no sabía si el salvaje traqueteo de las ventanas se debía al viento o al granizo. O a un bombardeo aéreo. Cogió su gorra y su abrigo y salió a la calle.

La visión del mundo lo detuvo: encapsulado en hielo, sin dejarse nada, cada detalle atrapado y abrazado y lleno de luz. Se quedó parado, superado por la belleza y la magnitud de todo. Cables eléctricos combados por el peso del hielo, desapareciendo y reapareciendo, pesados hilos de plata que cosían una nieve dura como esmalte, pero que hacía apenas unas horas caía y se disolvía de forma tan conmovedora. En unos instantes su abrigo se quedó tieso como una armadura. Iba a tener que usar un soplete para bajarse la cremallera, pensó, o derretirse durante largo rato delante de la chimenea.

Las líneas telefónicas se habían caído. La ciudad se había rendido, imponente, electrificada por la luna.

Peter abrió la puerta como si hubiera sabido que Alan al final vendría; y Alan estaba allí plantado, como si siempre hubiera sabido que algún día se pondrían a esperarla juntos.

Había un buen fuego, la chimenea había sido bien atizada. Como hubiera dicho Mara, una «noble llama». Alan se

adentró en la estancia y vio que no estaba solo. Había dos hombres sentados en la penumbra; con sus abrigos informes, sus sombreros en el regazo, parecían un símbolo del desastre, portadores de terribles noticias.

—Estos son mis más viejos amigos —dijo Peter—. Soy el único que tiene chimenea.

Alan sintió que el pelo empezaba a gotearle sobre los hombros.

—Este es Alan, el de Mara.

Sandor y Marcus experimentaron una transformación. Le estrecharon la mano y se les iluminó la sonrisa: Alan, el de Mara.

Peter observó a sus amigos y a Alan, con las ropas recubiertas de hielo que se iba derritiendo y el pelo empapado. Se le ocurrió pensar que eran como supervivientes de un naufragio: desposeídos, calentándose junto a una hoguera en la playa.

Alan debía de haberse quedado dormido, con la cara medio hundida en el cuello del abrigo; cuando se despertó, había dejado de humear y estaba casi seco. No se lo quería quitar.

Nadie se dio cuenta de que se había despertado, tal vez el propio Alan menos que nadie. Siguió sentado observando el fuego, hecho polvo, hipnotizado, grogui, desolado. Escuchaba fragmentos de su conversación, se perdía y volvía a escuchar, flotando en los flujos y corrientes de sus voces bajas, a veces incapaz de distinguir a quién de los tres pertenecían aquellas palabras pronunciadas en la oscuridad. Lo que oía era el lujo de unos hombres que se conocían de toda la vida, después de décadas de entenderse y de superar malentendidos, de adorarse y de decepcionarse.

—Comprendí —prosiguió Marcus— que a esa mujer había que tenerle lástima. Pero su propio engreimiento, tan colosal, te lo ponía difícil.

—Pues más razón para tenerle lástima —dijo Sandor.

—Claro —reconoció Marcus con tristeza.

… En ese lugar todos los días, pensó Alan, empiezas de nuevo, como si no supieras que la suerte es una batería que se gasta, que tus oportunidades disminuyen con cada minuto

que pasa. Como si cada día fuera prueba de que sobrevivirías al siguiente.

—Tenía un gran sentido de la ironía —dijo Peter—, pero ningún sentido del humor.

—Un totalitario puro —estaba diciendo Marcus.

… Solo unos pocos, pensó Alan, han sido alguna vez realmente escrupulosos a la hora de representar ambos bandos.

—El terror puede surgir de lo más ordinario —dijo Marcus.

—Lo mismo que el amor —dijo Sandor.

En la chimenea se quebró un tronco.

—Sí —asintió Peter.

… Y el resto creía que ya no quedaba tiempo para matizar lo bueno y lo malo.

—Llegó una joven a la tienda —dijo Peter—. Me dijo su nombre, Helen James, y lo recuerdo porque, claro, Helena era el nombre de la madre de Anna. Y me dijo que venía a recoger algo para su padre y me dio un recibo del pedido. Saqué el paquete del almacén, era un arreglo del forro, y le expliqué que había usado una mezcla de seda muy buena, muy duradera. Recordaba al hombre que lo había traído, hacía unas semanas. De hecho, ya me había llegado a preguntar si no se le habría olvidado. Ella estaba sacando la cartera y le mostré que su padre había pagado el arreglo por adelantado, «está aquí el recibo, ve, pagado al completo»… Y ella me dijo: «Esa es su letra», y yo le dije: «Sí, su padre escribió sobre el recibo antes de que yo le pudiera poner el sello; seguro que es muy meticuloso en sus asuntos, es admirable». Me preguntó si podía guardarse el papelito y por supuesto le dije que sí. Entonces me contó que su padre había muerto. Solo unos días después de haber estado aquí. Cuando encontró el resguardo en el bolsillo no fue capaz de abandonar lo que fuera que hubiese llevado a reparar. «De hecho —me dijo Helen James—, en cuanto entré en su tienda, supe que me pondría lo que fuera que hubiese dejado aquí». Intentó sonreír. «Aunque fuera una chistera». Y sacó la gorra y se la puso. Le quedaba perfecta.

… ¿Dónde estaba el lugar para lo que tenía que decir? Alan se iba a pasar la vida entera contando innumerables historias con ese mismo final. Una historia interminable con millones

de finales. Que solo había espacio, que no había espacio, para todas las personas que había conocido, para todas las personas a las que Mara había ayudado, o para las que había sido incapaz de ayudar, la intimidad implosiva, humillante, y el privilegio de conocer a alguien en el peor momento de sus vidas.

—¿Qué pasó entonces? —preguntó Marcus.

—Me acusó de ser amable —dijo Peter.

… Pocos de sus colegas más íntimos, aquellos con los que había empezado, seguían vivos, y no podía pensar que sus vidas se hubieran segado por nada; pero sí podía pensar que eso era verdad respecto de su propia vida.

—Hay más de una clase de soledad —estaba diciendo Sandor.

—No lo creo —dijo Marcus.

—De todas las veces que Anna se fue —dijo el padre de Mara—, y Mara y yo nos quedamos solos, no aprendimos nada, no nos preparó para nada. Lo único que pasó fue que, cuando Anna murió, nunca dejamos de esperar que volviera a casa.

De repente Alan despertó al hecho de que los amigos de Peter habían venido por Peter, no por ellos; que habían atravesado la ciudad bajo la tormenta para estar con Peter precisamente porque era la espantosa noche de la partida de Mara, y no querían que estuviera solo. Y entonces Alan cayó en un nuevo tipo de escucha, la más profunda, de manera que «mi padre» también era su padre, y la Mara de ellos también su propia Mara. La escucha del amor.

—Tu amigo y su padre…, ¿en qué acabó? —preguntó Peter.

—Su madre salió a la puerta —dijo Marcus—. Ahí plantado estaba su padre, el padre que mi amigo no había visto en media vida y del que casi no se acordaba. En cuanto ella abrió la puerta el ancho de un dedo, él entró a empujones, sin mirar a los ojos ni una vez ni a su mujer ni a su hijo. En ese momento, según mi amigo, su madre había accedido, sin palabras, a ser la sirvienta de su padre. En el transcurso de un solo día ya estaba arrodillada en el suelo delante de él, atándole o desatándole los zapatos. Le frotaba las manchas de la ropa interior, le cortaba la comida en cuadraditos y le

acercaba el tenedor a los labios. Estaba enfermo y había vuelto para que lo cuidaran. El hijo se preguntó durante mucho tiempo por qué la madre le había dejado quedarse. Entonces se dio cuenta: le había dejado pasar no porque sintiera ningún amor, ni siquiera lástima, sino porque quería verlo morir. E inmediatamente supo que estaba equivocado, que su madre había sido una santa. Así que ese pensamiento terrible era solo suyo, porque hasta ese punto lo odiaba.

—¿Alguien más necesita una copa? —preguntó Alan.

Los tres hombres, sobresaltados en las profundidades de la historia de Marcus, se quedaron mirando a Alan como si se hubiera alzado de entre los muertos.

—No sabíamos que estabas despierto —dijo Peter—. Yo traigo algo, o…, tú sabes dónde está todo, te ayudo. Tengo una linterna, esto está muy oscuro.

—¿Podemos ayudaros? —preguntó Sandor.

—Tengo una sola linterna —dijo Peter.

—Entonces nos quedamos aquí y atizamos el fuego —dijo Marcus.

Alan se recordó en cuclillas junto a un fuego que había hecho en la carcasa de un coche quemado, y a los niños que no querían soltar las armas para calentarse las manos.

—¿Cómo os conocisteis vosotros? —preguntó Alan.

Peter le explicó que Marcus se había casado con una amiga de Anna.

—Y Sandor, claro —dijo Marcus—, es mi hermanito pequeño.

—Anna nos juntó —dijo Sandor.

—Todo el mundo quería a Anna —dijo Marcus.

—Pero Anna quería a Peter. —Rio Sandor.

Seguían sentados en la oscuridad. El fuego estaba bajo; pronto Alan se forzaría a levantarse para echarle un leño o dos. Apenas veía a los demás, enterrados en mantas, en silencio, calentados por el whisky. Todos estaban pensando, Alan podía sentirlo. Mara casi habría llegado. A lo mejor la electricidad no volvería nunca. A lo mejor la mañana no llegaba nunca.

Quería darles a todos algo a cambio de su compañía.

Marcus y Sandor habían venido a salvar al padre de Mara y ahora lo estaban salvando también a él.

—Mi padre tenía alzhéimer —contó Alan—. Me trasladé a su apartamento para cuidarle. Se lo hacía todo, quería hacerlo. Yo tenía suerte, podía trabajar desde casa, y había una señora mayor que vivía al otro lado del descansillo que venía cuando yo tenía que salir a hacer la compra.

—Suena a que estabas bastante solo —dijo Sandor.

—Más solo estaba él que yo, él ni siquiera se tenía a sí mismo.

—¿Y nunca pensaste en rendirte y meterle en una residencia? —preguntó Sandor.

—En los días peores sí se me pasaba por la cabeza, pero no era más que una fantasía. Nunca lo habría hecho.

—¿Pero seguro que habrías podido hacerlo? —dijo Sandor.

—Era mi padre.

—Mi hijo me encerraría en un plis —dijo Marcus desde la oscuridad del otro lado del sofá.

—Yo no tengo un hijo —dijo Sandor.

—Lo dices como si fuera una condena de cárcel —dijo Alan —. Pero yo lo quería, aprendí muchísimo de él, toda mi vida, tal vez sobre todo al final. Él hubiera hecho lo mismo por mí. Es así de simple.

—Nunca es así de simple —dijo Sandor.

—Solo falta que nos digas que crees en Dios —dijo Marcus.

—Todo el mundo piensa que perder la memoria es el final, que es impenetrable —dijo Alan—, que todo nuestro mundo íntimo e intrincado queda arrasado, como si al cuadro de un maestro holandés, con todos sus detalles, le estamparan un brochazo de pintura satinada beis, del color de las paredes de un hospital. Durante el resto de su vida, mi padre permaneció en absoluto silencio. Yo lo bañaba y lo afeitaba, lo vestía, le daba de comer. Él estaba prácticamente inmóvil. A veces lo sacaba a la calle, pero a él no le gustaba. No decía ni una palabra. Nunca mostró ninguna señal de reconocimiento, ni de que me comprendiera, aunque yo le seguía hablando como había hecho siempre, comentándole lo que pasaba, lo que estaba pensando. No fingiré que durante gran parte de aquel tiempo no me sentía desesperado, desesperado por él. Era un hombre vacío. Y veía las cosas que ocurrían en el mundo, la

historia que sucedía a distancia, sin que yo pudiera llegar a ella. Lo que fuera que yo estuviera sintiendo no era nada en comparación con lo que pasaba en otros lugares, y lo que le estaba pasando a él. Sabía perfectamente que mi vida no era más importante que la de todos ellos, y que la suya. ¿Acaso el que yo fuera testigo de la historia había salvado alguna vida? Mara por lo menos sabe que ha salvado vidas, aunque no hayan sobrevivido al siguiente bombardeo, o al siguiente a ese. Cuando un niño sobrevive a una larga operación, pero luego muere una hora después, cuando hacen explotar un hospital…, te sorprende saber que entonces las cosas no importan menos, sino más. Eso, y no la brutalidad, que nunca deja de ser… inexpresable, es la verdad más importante que haya aprendido nunca.

»Una noche, estaba tumbado junto a mi padre en la cama, recordando en voz alta, describiendo un lugar al que me había llevado cuando era pequeño, una cabaña junto a un lago. Llegamos tarde y nadamos justo antes del anochecer. La noche estaba clara y quieta; el reflejo de las estrellas empezó a fijarse en el agua; era como si estuviéramos flotando en el cielo. No nos podíamos creer aquella belleza. Y, mientras le estaba contando esto a mi padre, empezaron a caerle lagrimones por la cara. Después de casi tres años de lo que yo había creído que era vacuidad, reapareció, de repente.

»Pensé que era un milagro, pero, en cosa de un momento, volvió a desaparecer.

»¿La esperanza es alguna vez vana o falsa? Su médico siempre insistió en que mi padre ya no comprendía nada. No me creyó cuando le hablé de aquel momento increíble de lucidez, sacudió la cabeza…, era un deseo más que una realidad. Pero ocurrió otras tres veces más, separadas por muchos meses de… nulidad, esta aparición y desaparición abruptas, este espasmo de comprensión y naufragio, a veces en lo que dura un parpadeo. Y ahí estaba la tortura del asunto, que él seguía presente, seguía siendo, en cierto modo, él mismo. Era su propio fantasma, consciente de una manera que no podemos comprender.

»Mi padre tenía un hermano, su único hermano, y, cuando mi tío se murió, decidí llevar a mi padre al funeral. Fue difícil llegar hasta allí, era arriesgado, a mi padre no le gustaba

abandonar su apartamento… Yo me preguntaba si mi insistencia en ir sería de algún modo un capricho autoindulgente. Era un día frío y tardamos horas en llegar; durante todo el camino mi padre mantuvo la mirada al frente, sin expresión, nunca miró a su alrededor, mudo e inmóvil. Y así se pasó el servicio entero. Yo estaba sentado a su lado, sabiendo que me había equivocado, que lo había sometido a ese calvario para nada. ¿Es que siempre tenía que demostrar algo, llegar hasta el final, ir más allá del final? Pero cuando el servicio terminó y los deudos estaban sacando las andas, pasaron por delante de nosotros, y mi padre de repente alargó el brazo y posó la mano sobre el féretro. Para decirle adiós a su hermano.

Se produjo un largo silencio. Alan se preguntó si querrían arrastrarlo hasta la calle y dispararle.

—¿Conoces el astato? —preguntó Marcus, una voz surgida de las tinieblas.

—No —respondió Alan—. ¿Es un medicamento?

—Es un elemento de la tabla periódica, el número 85. No sabemos mucho de él —dijo Marcus— porque, en el instante en que una muestra es lo bastante grande como para que la podamos ver, desaparece. Aparece cuando se degrada el uranio, sus isótopos más estables existen durante menos de un segundo, solo el tiempo suficiente para detectar su existencia.

En la oscuridad, Sandor rememoró las sombras que arrojaban los árboles meciéndose en el jardín de su madre en un determinado día, sin saber que ese sería el último día de la vida de su madre; Marcus recordó la seda y el aroma de la melena de una mujer, una persona a la que había conocido en la escuela de Farmacia hacía una vida; Peter pensó en Anna y en el relucir de su alianza de bodas, en la mano de ella posada sobre su muslo; Alan pensó en Mara dormida en el polvo de escombro de las ruinas y, más tarde, mirando hacia atrás, en la sombra que quedó de ellos en el suelo.

Y el astato, el más raro de los elementos, a Alan le recordaba otra cosa: que el mecanismo de refutación de algo es el mismo mecanismo que el de la demostración, y que lo que no creemos nos enseña aquello en lo que sí creemos. La fe es un mecanismo, exactamente igual que lo es el amor, que se prueba, de forma definitiva y también una y otra vez, cuando

desaparece.

—Después de la muerte de mi padre —dijo Alan— volví al lago donde habíamos nadado aquella tarde, tantos años atrás. Fue un impulso, por el duelo, una forma de marcar el final de todo aquel aislamiento y aquella intimidad. Era el principio del atardecer, seguía habiendo luz cuando llegué. Fui andando hacia el agua. Sentí una presencia abrumadora, el lugar mismo parecía estar vivo de la pura extrañeza. He estado en muchas situaciones en las que mi vida corría peligro inmediato. Pero esta sensación era otra, aunque contenía una cierta alerta y una especie de miedo. Observé cómo el lago incorporaba la oscuridad del cielo. No había estrellas. La sensación de que había una presencia se hizo casi abrumadora. Entonces, de repente, el lugar quedó desposeído. La presencia se había ido, aunque a simple vista nada hubiera cambiado.

»He estado en muchos lugares donde la muerte estaba presente, donde era inminente. Pero esto era inmanente. No es misticismo, es misterio. La diferencia entre creer que algo es verdad y saber que es verdad, a pesar de uno mismo. Si mi padre pudiera haber escogido cualquier manera de convencerme de la existencia del alma, habría sido exactamente esta. No por una presencia sentida, sino por su repentina ausencia.

Oyeron sonar la campanilla que colgaba de la puerta.

Estaba empapada, tiritando. Sentaron a Mara junto al fuego. Su padre trajo mantas, Sandor hizo té fuerte con azúcar, que sabía a humo de leña.

Estaba rodeada por Alan y su padre y los viejos amigos de sus padres que la habían conocido toda su vida y se agolpaban de pie a su alrededor. Tuvo la imagen repentina de ellos arremolinados en torno a una cuna. Tal vez su propia cuna.

—Estaba esperando la última conexión —miró a Alan—, ya conoces ese aeropuerto. Y entonces simplemente no pude… No pude subir al avión.

Alan hundió la cara en su pelo. No había necesidad de que ninguno apartase la mirada; ahora todos estaban llorando.

Todos dormían en torno al fuego, Sandor y Marcus enterrados bajo mantas, Mara en brazos de Alan. Todos menos Peter, que estaba despierto, sentado a la mesa grande. No recordaba la circunferencia de la cabeza de un recién nacido. Pero sabía que tenía bastante del tejido que quería, que venía de un lugar que Anna había amado. Piedras de color gris perla, el amarillo de la retama silvestre.

Había hecho mucho calor las semanas previas al nacimiento de Mara; Anna quería refrescarse en el mar. Condujeron a una aldea construida tan cerca de la playa que a la iglesia se la había llevado una tormenta hacía muchos años. Anna adoraba aquella aldea y su «agua bendita». Estaba embarazadísima de Mara, placenteramente tumbada en las frías aguas de la orilla. En el pueblecito había un pequeño museo marino. Como misteriosas figuras del tarot redivivas, los mascarones de los barcos parecían flotar en las paredes, las proas desaparecidas cortando olas invisibles, sus grandes ojos siempre abiertos explorando un horizonte infinito. Los griegos pintaban ojos a sus barcos para que pudieran ver cómo seguir hacia delante incluso en medio de la tempestad, y los fenicios y los romanos tallaban y pintaban el cuerpo entero. Los mascarones de proa, según decía el letrero del museo, encarnan el alma de la embarcación. «Todo lo que flota tiene alma», había dicho Anna, pensando en Mara dentro de sí. Para Anna, el museo era un lugar de paz, con aquellos mascarones anclados en el aire, cuerpos y espíritus flotando libres de batallas y temporales, dejando atrás el naufragio y la mala mar: una sala llena de ángeles, la mayoría femeninos, matronas dispuestas a asistir la llegada de un alma a salvo a una orilla.

El museo también contaba la historia de un marinero local, conocido por haber salvado a más de doscientos hombres del mar, antes de que las olas se lo llevasen a él.

¿El rescate era siempre una especie de amor? Peter no lo sabía, y ahora estaba cansado; tendría que dejárselo a Alan y a sus filósofos. Pero sí sabía, con certeza, que el amor era siempre una especie de rescate.

Incluso cuando no le quedaran lágrimas, tendría lágrimas que derramar por Anna.

Peter se quedó dormido en la mesa, con la cabeza sobre los

brazos. En algún momento de la noche volvió la luz. El flexo se inclinaba sobre él, como un cirujano, como una enfermera, como una madre, y lo abrazaba en un charco de luz.

VII
Sceaux,
Francia, 1910

El peso del tiempo se asentó calladamente, un lento y gigantesco doblarse de árboles crujiendo al viento, miles de toneladas que cimbreaban suavemente sobre sus copas. La nieve, casi pensando en otra cosa, caía flotando, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Más allá de la ciudad, en los campos blancos, podría haber sido cualquier siglo. Era agradable caminar a su propio ritmo. Nevaba delicadamente, solo lo bastante como para ir suavizando las huellas de las pisadas de Lia. Llevaba vacío el morral; a la vuelta iría lleno de chamarasca y no sería tan fácil de cargar. Antes de quedarse viuda, a Lia le daba miedo salir sola al bosque, pero lo que en su día sintió como una especie de desahucio había traído consigo su propia dolorosa libertad. Iba bien abrigada dentro del enorme chaquetón de lana de su marido, al que sumaba su propio buen mantón. Tal vez su aspecto fuera excéntrico, pensaba, pero tampoco parecía una loca.

Al principio, desde la distancia, Lia no vio más que la cámara, como una casita de madera para pájaros en lo alto de su trípode, con sus fuelles y su oscuro velo, y una bolsa de cuero abierta en el suelo. Luego vio al fotógrafo desaparecer debajo de la tela negra, como bajo las faldas de una mujer.

De pie en el campo abierto, al borde del bosque. Eran las únicas dos personas que había en kilómetros a la redonda. Su pelo y su barba eran de cuarzo, rizadas y espesas. Le echó más del doble de la edad que ella tenía. Lo que le interesaba era la cámara. Parecía pesar sus buenos veinte kilos por lo menos.

Cuando se hubo acercado más, Lia vio que había

domesticado un trozo de bosque con una manta gorda y basta extendida bajo un árbol, una mochila, un libro. Él siguió trabajando, y con eso le bastó a ella para sentirse bienvenida.

Lia miró en la dirección en la que enfocaba la cámara e intentó ver qué era lo que él estaba mirando, por qué ese árbol en concreto, dentro de todo el bosque. Y entonces comprendió que era la forma del cielo detrás del árbol lo que lo ocupaba. Y sintió la repentina intimidad del mundo, la intimidad entre los árboles y el cielo, las formas cambiantes e incontables en las que estos se conocían entre sí.

—La última vez que fotografié este lugar fue hace veinte años.

—¿Por qué regresó?

—Creí que quería saber si habría cambiado. —Le sonrió—. Pero a lo mejor lo que quería eran pruebas de que seguía igual.

»Normalmente fotografío la ciudad —añadió.

—¿Por qué lo hace?

Él se encogió de hombros.

—Para llevar un registro.

Tomó otra manta gruesa de su mochila y la extendió junto a la primera, donde apenas había nieve. Se sentó y se apoyó contra un árbol.

Después de quedarse de pie un momento mirándolo desde lo alto, Lia también se sentó. No hace falta mucho —un par de centímetros, un par de palabras— para cruzar una frontera.

—No es necesaria una cámara para ver ni para recordar —dijo él—, pero sí para tener pruebas de lo que ya no es. Para que los demás puedan recordar. Mis intenciones no eran elegíacas, pero en eso se ha convertido mi trabajo. Durante veinte años, por ejemplo, he atrapado cada detalle de las calles de Saint-Séverin, incluida su demolición, y ahora todo lo que se ha perdido sobrevive solamente en esas placas de cristal.

Como un lago que abrazara un reflejo, pensó Lia, incluso aunque aquello que refleje ya no exista.

—Solía venir aquí a descansar los ojos —dijo él—, para contemplar un lugar que cabía imaginar que, llevando aquí

milenios, siempre iba a estar aquí, aunque yo sé que este bosque desaparecerá para hacer sitio a la ciudad, y que la ciudad que hay ahí antes era un bosque.

Lia miró en la dirección de la que venía e imaginó que la ciudad se aproximaba lentamente, como un teatro sobre ruedas, hasta tocar el dosel de los árboles bajo los que se habían sentado.

—He leído esos libros de los que habla todo el mundo —dijo Lia—, del señor Darwin. Bueno, el primero, y no entero, me salté algunas partes porque tenía ganas de saber cómo acababa.

Él se rio.

—Bueno, luego volví para absorber la ciencia, claro, aunque hay unos rollos muy largos sobre palomas. Y, después de haberlo estudiado, puedo atestiguar que no hay nada en ese primer libro que diga que venimos de los monos. O al menos no tal cual, aunque la conclusión es innegable y emocionante. Imaginar la luz a través de esos bosques prehistóricos, y las partes de nuestros cuerpos que se hicieron poderosas por vivir entre aquellos antiguos árboles. Es algo de lo que incluso podríamos estar orgullosos, como si tuviéramos algo que ver, cosa que dice el propio señor Darwin, incluso usa la palabra grandeza para hablar de ese linaje, de esos progenitores. Y la extraordinaria amplitud del tiempo. Qué liberación es pensar en ello.

Él pareció divertido.

—¿Liberación de Dios?

—No…, bueno, quizá. Liberación, al menos, de la obediencia a Dios. Después de todo, Dios no va de obediencia, sino de libertad.

—Has pensado mucho en el tema —dijo él.

—Mi padre era maestro. Y yo vivo sola. Por las noches hay mucho tiempo para pensar.

Desde la sombra de los árboles, miraron hacia los campos, una luminosidad bajo el sólido cielo azul.

—Recuerdo cuando la noche no era tiempo de pensar —dijo ella.

—Hablas como si fuera hace mucho tiempo.

—Mi marido murió.

Sintió un titilar de viento pasar por las hierbas que

sobresalían de la nieve.

—Creo que para recordar a alguien hay que vivir. Creo que esa es la manera de recordar —dijo él.

Lia se giró para mirarlo. Ahora, de algún modo, parecía más joven. Se preguntó si ella también le parecería más joven a él. Sentía tanto el calor del sol, en las zonas en las que caía ardiendo entre los árboles, que casi se olvidó de que estaba sentada sobre el frío suelo.

—Todo el mundo tiene ideas —dijo ella—, y tenemos todavía más ideas si alguien nos escucha.

Una noche, cuando aún tenía la cabeza bajo las mantas, su marido empezó a hablar: habló tan bajito, durante tanto rato, que ella apenas podía oírlo, el sueño la arrastraba lejos, se encontraba bajo su cálido embrujo; a veces pensaba que toda su vida habría sido diferente si hubiese escuchado todo lo que él dijo aquella noche.

—A mí me gusta sacar dos fotografías del mismo lugar en la calle —dijo él—, con la cámara enfocando en una dirección, y luego en dirección contraria. Igual que cuando estás en el bosque, si no te das media vuelta y te fijas mientras andas, nunca reconocerás los hitos y los desvíos en el camino de vuelta. Yo fui marino, y luego soldado, y después pasé por los escenarios, así que he aprendido algunas cosas sobre idas y venidas.

Ella había oído que el señor Darwin todos los días daba un paseo para pensar, una gran vuelta a su jardín. Le gustaba medir la distancia, pero no le gustaba distraerse contando el número de veces que recorría el circuito. Así que guardaba una pila de piedras al principio del sendero y pateaba una hacia un lado cada vez que pasaba, de modo que luego solo tenía que contar las piedras en la pila nueva al final. Estar perdido en tus pensamientos sin perder tu sitio ni perder tu camino.

Imaginó los incrementos del lento cambio, la paciencia de un solo rasgo que se manifiesta a lo largo de generaciones, el color que va calando en un pelaje, la forma de un hueso o de una queratina, esculpida por el tiempo o la necesidad. La fuerte persuasión del uso y de la escala, de la sombra y de la forma, como una sabiduría acumulativa. Todo lo que vemos revela este persistente discernimiento, los milenios de juicioso

cribado. La forma de un diente, de una mano; el pelo, la pérdida de pelo; aletas, piernas, agallas, pulmones; la lenta elección entre el aire y el agua, la luz o la penumbra. Relámpagos que restallan en los cañones infinitamente profundos de nuestros cerebros. La formación de nuestros sentidos integrada en todo lo que sabemos y sentimos; la acumulación, a lo largo de miles de años, de percepciones diminutas, inviernos primigenios, eclipses, equinoccios, avalanchas, cosechas, la lluvia de la Edad de Hierro, la Pequeña Glaciación. Y ahora, vívido en su interior, el esplendor de contemplar cambios que nadie vive para ver.

Todo era permanente, nada era permanente, como si solo hubiera un contexto en el que uno pudiera usar la palabra indeleble, en el curso de una sola vida humana.

—¿Traes contigo alguna de tus fotografías para que yo pueda verla?

—Puede que haya una o dos en mi bolsa.

Ella miró sus fotografías de calles y fachadas de tiendas, escaparates con maniquíes arregladas esperando una ocasión que nunca llega, detalles de forja, escaleras, cerrojos de puertas; había calles que reconocía y que sabía que habían desaparecido. Cada detalle de resonante quietud. No supo distinguir si la melancolía era inherente a lo que había sido fotografiado, o al fotógrafo, o al acto mismo de tomar la fotografía. Tenía algo que ver con la posesión, pensó, con reconocer lo que nunca podrá pertenecerte, cómo no tenemos derecho a la nostalgia y, sin embargo, ver crea un recuerdo, o confiere un recuerdo, o confirma un recuerdo… Tendría que pensar en ello más adelante.

—¿Por qué están siempre desiertas las calles? —preguntó.

—Si sostienes el obturador durante el suficiente tiempo, todo lo que está en movimiento desaparece. —O deja solo un rastro, un nublado en el aire, un espesor en la luz, el aliento de la ausencia.

Entonces ella pensó en varias cosas. En que toda la obra de la vida de un fotógrafo, al sumarse, daría solo unos pocos minutos de tiempo. Y en que uno podría hacer una larga exposición —treinta años de vida marital, o la vida familiar en una cocina, con bebés que se hacen adultos— y lo único que mostraría la placa fotográfica sería una habitación vacía.

Pero no estaría vacía, sino llena de vida, invisible y real. Y luego pensó que algún día se miraría en el espejo y vería solo la habitación vacía tras de sí. Y después: con una exposición muy muy larga —pongamos, tal vez, la eternidad—, tal vez reaparezcamos.

¿Dónde va a estar si no el espíritu, más que integrado en la materia? ¿Por qué se empeñaba la ciencia en separarlos? El espíritu se evapora del cuerpo por sí solo, como el agua se evapora del mar dejando atrás una mancha de sal. Pensar que todo era química no la disuadía, no resultaba contradictorio. ¿A qué se iba a aferrar el espíritu sino a la materia?

Borrar a alguien de una imagen no borra el recuerdo de que estuvieron en ese lugar, no borra el recuerdo de esa persona, ni los recuerdos que esa persona alberga.

Quizá la memoria muere cuando morimos nosotros. Quizá se evapora, dejando atrás su sal.

Cuando alguien muere, el aire mismo cambia.

Le había preparado a su marido una bañera caliente. Se había metido en el agua detrás de él y lo sostenía. Estaba ya tan flaco. Sentados, adormecidos, juntos en el agua humeante, como solían hacer antes de que él estuviera enfermo. En el espacio de tiempo que tardó el agua en enfriarse, tan silenciosa, tan pacíficamente, apoyado contra ella, él murió. Su quietud, un quebrantamiento inexpresable.

Sabía que ella y su marido habían tenido más tiempo al final que la mayoría; sabía que no morir solo lo era todo, el no ser arrebatado brutalmente, por la fuerza. No podría nunca explicar, no podría nunca imaginar un tiempo en el que fuera capaz de explicar todo lo que era él para ella.

Lia lo había cubierto con una manta. Se había vestido. Se había hecho hueco y se había tumbado junto a él. ¿Qué podría darle ahora? Sabía lo que él querría para ella: que la quietud se fuera convirtiendo en paz. No estar quieta: ser abrazada.

El cielo se estaba saturando, un azul más profundo, una oscuridad que salía de adentro. La nieve empezaba a

sonrosarse en los campos. Sentía la pérdida de todas las noches sin él, de su comunicación, cuerpo a cuerpo, incluso dormidos. La soledad no es un vacío sino una negación, con toda su agónica precisión, su totalidad; exacta, activa; en la profundidad de sus detalles, es el reverso del amor, su réplica oscura.

El fotógrafo tenía dos linternas de hojalata; las encendió y emitían un poco de calor. Luego cogió un trozo magullado de hojalata de su bolsa, la cubrió de ramas y, con ese pequeño fuego, sintieron calor suficiente.

Él le habló de placas de cristal y de velocidades de obturación, de cómo todas las personas que le importaban le habían sido arrebatadas siendo él aún joven, de cómo nunca logró ganar dinero suficiente como para pensar en formar una familia, de cómo quería documentarlo todo antes de que desapareciera.

Abrigada y casta, ella se entregó a la deambulante intimidad de su conversación; miedos expresados en voz alta para ser descartados; el duelo, la gratitud, por todo lo que había perdido. Y, sin buscarlo, inconfundible —inexplicablemente—, se sintió encendida por dentro por una sensación de otorgamiento: un permiso, no, un ruego, para que dejara atrás su soledad.

Hablaron de sus secretos al borde del bosque invernal. En un mundo de filiación, familia, género, especie; en un mundo en el que las efémeras aparecen por primavera —un orden de trescientos cincuenta millones de años de antigüedad, pero con un ciclo de vida en la hembra de cinco minutos, en el macho, de dos días—. Hablaron de la larga exposición del tiempo —cuatro mil quinientos millones de años de la historia de la Tierra—, donde la presencia de los humanos es apenas más que un pensamiento. La deriva continental, los bosques templados de la Antártida, húmedos y verdes; desiertos bullendo de vida acuática, la llegada de las praderas, el florecimiento de las plantas, las piernas como pilares de los diplodocus, la aparición de los ojos, aletas, piernas, pulmones. La tierra sacudida por un meteorito; del amanecer al negro del día, la lluvia de cristal volcánico, los

bosques quemados e inundados; seguidos de la era de los helechos. Iridio extraterrestre dejando su huella, la compresión de un millón de años en un centímetro de estrato rocoso. La escarcha del tiempo cristalizando a lo largo de las eras geológicas. El flujo del hielo que crece como una quietud. El torrente congelado empuja y pulveriza, acarrea y rompe, penetra y descoloca, recogiendo y posando, la violencia lenta y su propia lenta reparación —los anchos valles, las dulces hierbas de los altos pastos, los ríos acomodándose en sus lechos—. En la expansión del hielo, la polinia que se abre como una herida o un pozo. El peso del hielo desplazándose como un mar. Glaciares que gimen en la oscuridad.

Él le preguntó dónde vivía y mientras ella hablaba extendieron la mirada sobre los campos hacia la ciudad, un pantano rebosante de vida, con su pestilencia y su desdicha, su clamor y su trascendencia. No hubo nunca un primer hombre en términos de evolución, pero a Lia se le ocurrió de repente que podría haber uno que fuera el último. Y de repente, también, la idea de que ella misma no era demasiado mayor como para tener un hijo. La posibilidad se alzó en su interior desde un lugar tan profundo, tan largamente olvidado, como si no lo hubiera sabido nunca. Quizá, pensó, un niño. Peter, el nombre de su marido, el nombre que llevaba su fantasma. Se apoderó de ella una ternura, una fantasía, una esperanza. No parecía, en ese momento, que hubiera diferencia alguna entre la ternura y la esperanza.

Lia se sintió imbuida de calma al despertar, recostada contra la sólida fuerza de él. El viento se había detenido hasta no ser más que un simple aire, y el bosque se sentía inmenso en su silencio. La luz tan característicamente invernal, la membrana azul y el rubor del final de la tarde sostenían las ramas desnudas; la nieve, aún suave, flotando como estrellas, añadía su propio silencio. Pero el frío del terreno se le había colado dentro, y el sol estaba bajo. Quedaba apenas tiempo para llegar a casa antes de que cayera la noche, un hermoso paseo en la luz suspendida de un ocaso cada vez más profundo.

—¿Vendrás conmigo a casa? Puedo prepararnos una buena cena.

Lia se lo imaginó sentado a la mesita de su cocina. Y pensó en la pequeña habitación que había más allá, con su cama estrecha y su lamparita de noche.

El fotógrafo no contestó, quizá también él se hubiera quedado dormido. Se giró para despertarlo. Ella estaba apoyada contra un árbol, y solo quedaba, en la nieve a su lado, la silueta de su peso, su impresión de sombra, como el lugar en el que ha dormido un ciervo. Ligero como una sombra. Y entonces vio el camino que había hecho, sus pisadas enmudeciendo hasta desaparecer a medida que la nieve seguía cayendo sobre el campo abierto.

Se lo imaginó cargando con su cámara al hombro, con su velo negro y casi tan alta como él, igual que un hombre acarrea a otro.

Vio que le había llenado el morral de chamarasca.

Despacio, del ocaso a la noche, el paisaje entero cambió como desde dentro, como si fuera comprendiendo, como la expresión de una cara. El cielo y la nieve empezaron a brillar, y también las largas hierbas que sobresalían de la nieve, y los árboles a su espalda eran monumentales, como de piedra. No había luz que amase más que la del ocaso en invierno. Detrás de ella, los árboles eran grecas bordadas contra el cielo, aquellos árboles antiguos que eran también los árboles de su infancia.

Nunca había sentido esta clase de añoranza, como un resplandor entre la luz y la oscuridad. Nunca antes había comprendido que se podía añorar con un fin.

La luz translúcida, casi como una especie de conocimiento, la abrazó por todo el camino hasta su casa, la oscuridad terminó de caer solo en el momento en que llegaba a la puerta de la calle.

Más tarde, deshaciendo el morral, encontró, como una promesa, la fotografía que él había dejado para ella. Un puente sobre un río, líneas en la nieve: todos los caminos tomados a lo largo de un día, huellas de despedidas y de encuentros, emergiendo y mezclándose. Y había algo en la

fotografía que no podía comprender ni definir. Antes de acostarse, la sostuvo bajo la lámpara y la volvió a mirar, pero seguía sin discernir cómo podía ser que el encuadre pareciese estar mirando hacia atrás, al puente, desde un punto en mitad del aire.

El animismo nos dice que la piedra quiere caer, que el aire quiere moverse. Somos porosos, fluidos, fugaces, buscadores; todo lo vivo está respondiendo a la química de la luz. Cuántos tipos de tiempo.

En la exposición larga, las estrellas fijas dejan su rastro.

VIII
De Estonia a Brest-Litovsk, 1980

La primera embriaguez de la imaginación. El sabor de ella no es el de él todavía. El aroma de los campos en verano entra por la ventana abierta. Nada de Sofia es visible excepto por el fulgor de su espesa melena castaña, sus ojos marrones, su mandíbula definida, sus dedos largos de uñas cortas; en un dedo, una gota de ámbar engarzada en una alianza fina como un hilo. Una tira de tela, el abrigo de ella y el de él, los separa en el bamboleante vagón de tren. La presión de una correa en la levísima carne de su hombro, la resistencia de la tela, los ganchos, su liberación hacia las manos de Paavo, su boca. Sintonía, fronteras, fronteras que se cruzan. Apenas una micra. El precipicio de un mundo situado junto a otro, una nota junta a otra. El movimiento del tren. La luz que se mueve entre los árboles.

Sofia estaba sentada en el exterior de una cafetería como si no estuviera a punto de llover, sorbiendo despacio un café y leyendo una partitura orquestal como si leyera un libro.

Tenía un rostro que llevaba a Paavo a creer en la justicia, que le hacía creer que podía liderar una carga desde las murallas, cantando.

Paavo no era uno de ellos, de los pintores que venían todos los veranos e invadían el hotel por las noches, pero le gustaba su compañía, lo cómodos que estaban unos con otros. Y a ellos, a su vez, les gustaba oírle hablar de música, que Paavo, para abrir una discusión, definía como pensamiento puro, para así comparar sus ideas sobre lo visible y lo invisible, y las reglas del espacio y del tiempo, tan diferentes entre pintores y compositores, y sin embargo compartidas. Paavo

les explicó en qué sentido una partitura puede ser como un dibujo: las semicorcheas con doble puntillo de Beethoven, con cada punto añadiendo una fracción de tiempo, su lápiz frenético agujereando el papel.

Veía la libertad con la que Sofia entraba en sus conversaciones, veía cómo su cuerpo se movía por debajo de su ropa. Vio cómo la miraban tanto los hombres como las mujeres. Y a pesar de ello sentía la certeza de que se irían juntos de la fiesta, como si ya se perteneciesen el uno al otro. Cuando ella fue a buscar su abrigo y encontró su mirada, él también fue a buscar su abrigo. En cuanto estuvieron fuera bajo el cielo negro, con los árboles moviéndose al viento, su calma desapareció; su cercanía le retumbaba, se aferraban el uno al otro como amantes que se reencontrasen después de una guerra, juntándose y apartándose al mismo tiempo.

La fiesta era ruidosa y brillante; cuando Sofia abrió la puerta, la luz se derramó hacia la oscuridad del jardín y, cuando cerró la puerta tras de sí, la oscuridad se precipitó a curar la herida abierta por la luz.

Qué calor había hecho allí dentro. El césped se sentía frío como el hielo. En unos momentos la luz volvió a escaparse por la hierba y Sofia supo que él la había seguido. El sonido del viento en los árboles era el mar.

Le agarró la mano y él sintió la suavidad en la base de su pulgar y, al sentir cómo sus dedos se entrelazaban con los suyos, imaginó sus piernas rodeándole por la cintura.

Hablaron durante tanto rato, hasta tan tarde, que cuando por fin se besaron se quedaron dormidos casi inmediatamente, como si el beso los hubiera rendido. Unas pocas horas más tarde, cuando la luz empezaba a filtrarse por las cortinas, se despertó completamente vestido, con la camisa recogida en el puño dormido de ella, que estaba abandonada a la desnudez dentro y fuera de su ropa —dentro de su camisa, de su jersey, sus piernas desnudas escarbando por debajo de su cuerpo, toda ella dentro y fuera, y repentinamente despierta a su tacto—.

Su vestido de noche, azul iridiscente, con botones de cristal que centelleaban, colgaba del candelabro de forja y flotaba en la penumbra como un fantasma, o un pez a la luz de un acuario. La recordó dentro de esa piel resplandeciente de luz de seda. Luego, poco a poco, fue notando otras cosas, detalles comunes, objetos domésticos, como despertando de un sueño: la cocina diminuta con sus sucios fogones blancos, una mesa pequeña, una butaca con la tapicería desteñida, una estantería de libros, un metrónomo de madera y latón.

Tomaron posesión el uno del otro. Entre los dos pasó el conocimiento, simultáneo, alineado, una nube de estorninos en el cielo de la tarde. Mientras hablaba, Paavo podía ver lo profundamente que ella lo comprendía, y sus propios pensamientos pasando por su rostro como en un espejo. Entraron en la conversación de una vida, una única conversación con sus largos silencios, repeticiones, interrogaciones; continua. Todo lo que su encuentro remendaba y partía, todo lo que descartaba o llenaba de significados nuevos.

No se percataron de que el dueño del café cerraba la puerta de la calle y empezaba a barrer el suelo a su alrededor. Su té olvidado se había convertido en una oscuridad imbebible. Su vaso hacía tiempo que se había condensado, dejando una pálida luna sobre la mesa.

En su piso siempre hacía frío. No había gas, no había agua caliente; pronto no habría ni el recuerdo de tales cosas. Siempre la misma burda estrategia, pensaba Paavo, para mantenernos tan ocupados en seguir vivos que nos olvidamos de vivir. En la oscuridad, incluso con la boca de Sofia pegada a su oreja, cantaba tan bajito que apenas se oía. Paavo podía poner una versión de esa línea melódica en boca de una cantante en una sala de conciertos —siempre que borrase las palabras del poeta, que cambiase el orden de las notas para eliminar la sugerencia de una canción religiosa, que modificase los patrones rítmicos; es decir, si lo cambiaba todo —. Una revisión hasta hacer irreconocible el original en cada nota; hacer sátira.

Estaba aprendiendo a alterar las proporciones de su

paranoia; a tenerle menos miedo al lejano comité, a aquellos que dan las órdenes, y mucho más miedo a quienes las hacen ejecutar. Cuanto más éxito tenía en el extranjero, más precaria se volvía su situación; era una maldición emocionar al público hasta la ovación. Y no tenía sentido predecir el crimen. Las habituales dicotomías etcétera —babosa, peligrosa, sagrada, sentimental— siempre se aliñaban con algo que a él nunca se le hubiera ocurrido, siempre había algún elemento impredecible en la ofensa, en el grado de subversión del que se le acusaba; siempre había un elemento incontrolable en la vasta tabla periódica de elementos humanos: euforia, deseo, remordimiento y, la peor forma de memoria, venganza. Sin embargo, el Sindicato de Compositores sí le permitía componer bandas sonoras. Esto era inofensivo, razonaban, nadie va a ver una película para escuchar la música.

Podían arrebatarle su reputación, su modo de vida, podían censurarlo e implicarlo y exiliarlo. Pero Paavo se negaba a creer que pudieran impedir que Sofia le cantase, desnuda, enroscada en él, un salmo al oído.

En el auditorio, hasta a Paavo le sorprendió: un suspense que quitaba el aliento, moviéndose hacia el oyente y luego replegándose, una intimidad intensísima, la diferencia entre el silencio que te sana y el silencio que te aniquila, una exactitud que se evaporaba tan despacio que era imposible discernir si seguías escuchando las notas o si estabas escuchando un aire vacío. Bueno, el aire vacío no existe. Excepto tal vez en la Antártida. No, ni siquiera allí —más allá del rango de audición, pero sin llegar nunca al cero de la ausencia absoluta, el rastro eterno de unas pocas docenas de voces, el sonido de una tienda de campaña respirando al viento, el viento mismo—. Sentado en la última fila, con los oídos rotos. El silencio en sí no existe. El silenciamiento sí, pero no el silencio.

Sofia tenía pesadillas: *varada en un témpano de hielo, perdida en una nevada, helada en el mar de invierno*.

—Tienes estas pesadillas porque en el piso hace mucho frío —le dijo Paavo.

A veces, cuando se despertaba por la noche, el bebé, sintonizando su frecuencia materna, también se despertaba llorando.

—Mis pesadillas nunca despiertan al bebé —dijo él.

Pero los dos sabían que eso era solo porque ya apenas dormía.

Los sueños de Sofia eran totales, cinematográficos, con un dramatismo tramado hasta en sus últimos detalles. Empezó a apuntarlos, para llevar un registro.

—A lo mejor los podías vender como guiones —dijo él.

En esa época siempre bromeaban, por lo aterrorizados que estaban.

Se habían convertido en un equipo cómico, una aleación que así se hacía más fuerte.

La noche en la que por fin vinieron los visitantes, con sus enormes abrigos y una actitud sufrida que decía que esos a quienes habían venido a acusar, a interrogar, a intimidar, a expulsar, eran quienes habían tenido el cuajo de provocarles a ellos tan tedioso fastidio. Ocuparon todo el sitio disponible en el estrecho descansillo, sin dejar espacio para respirar; ladraban o hablaban de forma casi inaudible, con exagerada solicitud, y aquellos grandes abrigos de gánster parecían sofocar el sonido, y él se dio cuenta de que lo estaban incitando a que les pidiera que se repitieran, y así tener una excusa para decirlo más de una vez, murmurado como si se les hubiera ocurrido a última hora. «Es hora de marcharse».

De repente, la burocracia era algo que se movía a toda velocidad; inmediatamente les hicieron entrega de los documentos correctos y les ordenaron que vaciaran el piso. Y también había papeles y procedimientos para las partituras de Paavo, con la autorización y el sello adecuados, incluso su propio maletín, para su migración forzosa.

Sofia alcanzó la libretita y el bolígrafo que había junto a la cama. *Había escogido ese remoto lugar porque había mirado el mapa y pensado que nadie la encontraría allí. Tanto el hombre del barco como el de la tienda del muelle la miraron de arriba*

abajo y vieron que sus mejores años habían quedado atrás —aunque, si te fijabas bien, no carecía totalmente de atractivo—. Los dos pensaron que habría venido a escapar de algún que otro naufragio en el que se había convertido su vida, y los dos hombres la volvieron a echar, es decir, echaron la vista atrás, al mar. No tenían razón respecto del naufragio, no exactamente. Y cuando les devolvió una mirada vacía no fue porque no entendiera el inglés.

Ahora tenía un nombre nuevo. No sabía si era la primera en llegar, o si sería la única.

La cocina de la casa de huéspedes incluía una zona de comedor, baldosas azules y blancas en el suelo, una mesa larga en medio de la habitación, una curiosa variedad de sillas de madera. Bastante animado. Un menú, en una sola hoja, escrito a mano. Dos ventanas con cortinas que daban a la calle y, más allá, el mar. Maceteros en las ventanas con hierbas y flores. Todas las noches depositaba el pago en una caja con cerrojo en la cocina, para cuando regresara la propietaria. Siempre pagaba por adelantado, por si acaso tenía que marcharse deprisa, sin dejar ninguna excusa para alguien a quien le importase a dónde iba después. En la casita de huéspedes hacía calor, y había silencio. Desde la puerta de atrás se escuchaba el rumor de insectos en los campos. El mar estaba demasiado lejos como para oírlo.

Nunca sería posible saber si era libre; nunca podría vivir como si fuera libre. Pensaba que la soledad sería un consuelo. Pero apenas podía esperar a verse escondida en una multitud. Deseaba poder escribir una carta para que él supiera que ella había sabido desde el principio que esto acabaría así, que ella había escogido su final; que encontraría la paz en su venganza conjunta.

En la frontera, la estación de tren —extensa, con torretas y cúpulas como una catedral— tenía un nombre doble, con guion, para dejar claro no que era dos lugares al mismo tiempo, sino que no era ni un sitio ni otro.

A medida que los trenes iban saliendo, la proporción de pasajeros en un sitio u otro cambiaba de forma muy gradual, de centímetro en centímetro, hasta que cada uno de ellos había cruzado la frontera. Y, si el tren por lo que fuera se detenía a medio camino, a un hombre sin los documentos adecuados, sentado en el asiento de la mala suerte, se lo

partía en dos y el pedazo de él que estaba en el lado malo de la frontera se mandaba de vuelta.

Por supuesto, a un hombre se le puede separar de sí mismo de muchas maneras.

En la escalera del Sindicato de Compositores, los que ya habían empezado a dar sus clases y a cobrar su sueldo le giraron la cara, esperando que Paavo terminara de bajar los escalones. Pero no todo el mundo se negó a mirarlo a los ojos, y lo que pasó entre esos pocos, que hacía mucho tiempo que se habían convertido en responsabilidad los unos de los otros, era una ligazón; un retablo, unido por una mirada. Él solo había conocido la amistad que se medía en las situaciones extremas —¿arriesgaría él su vida, su carrera? ¿Arriesgarían ellos las suyas?—. Pero ahora el libreto se había roto; cada uno de ellos se había quedado con un pedazo, cada uno de ellos interpretaría su papel. El naufragio malhadado le había ocurrido a él, era solo su responsabilidad; el texto equivocado, el idioma equivocado, un retazo de canción, un pedazo de evangelio, elogios de personas equivocadas, otros riesgos que ni sabía que estuviera corriendo. Pero seguían siendo una hermandad, no había necesidad de levantarse las camisas y comparar sus cicatrices.

Bajo la inmensa bóveda de la estación de la frontera, con el techo como un globo de cristal que nunca pudiera despegarse de la tierra, les registraron las maletas. Libros, un jersey de bebé tejido por la hermana de Sofia, la partitura con su sello de salida —el sello de la desaprobación—, el magnetófono, bobinas de cinta en sus cajas planas y cuadradas.

Un oficial de aduana enhebró la cinta y todos escucharon. Cada nota se expandía en el vasto espacio sobre sus cabezas. La multitud pareció detenerse e hincharse, como sedada. La música coral, su *Magnificat,* su *Dies irae,* la canción que escribió para su cuñada, a la que no habían permitido acompañarlos. La música convirtió aquel lugar mugriento en un misterio, nota a nota, el eco de algo inefable, la verdad que a veces somos capaces de percibir únicamente como espejismo, o incluso como algo más allá del espectro de la mirada humana. *Solo hay un idioma para cada pareja de almas.*

Otros pueden oírlo, pero no lo comprenden.

Los policías de frontera arrojaron las cintas de vuelta a las maletas; confiscaron el jersey de bebé. Qué astutos, qué golpe de perspicacia, el tomar lo que era irreemplazable.

Cuando nos emocionamos, pensaba Paavo, cuando sentimos algo más allá de nosotros, es la frontera, el límite de nuestro cuerpo, lo que nos permite reconocerlo. El límite es la prueba del más allá. No del ser, sino de lo que hay más allá del ser. No le sorprendería que la física algún día encontrara el sentido; pero solo porque la ciencia se empeña en probar que no existe. Los científicos lo romperán en pedazos buscándolo, pero no podrá encontrarse en el sitio donde lo buscan. Recordó un chiste, sobre alguien que había perdido algo y lo estaba buscando al otro lado de la calle, debajo de una farola. ¿Por qué lo buscas ahí? Porque aquí hay más luz.

Ahora pensaba que tal vez no fuera un chiste. No busques algo donde lo has perdido, ahí nunca lo encontrarás. Búscalo donde haya luz.

Necesitamos percibir, pensaba, según la escala en la que insiste la materia. Está el cuerpo y todo lo que no es el cuerpo, pero en la más alta magnificación somos un solo sistema; ¿cómo, si no, iban unas ondas sonoras a desmantelarnos, a liberarnos, a ligarnos entre nosotros? Aquí, dentro del cavernoso vestíbulo de la estación de Brest-Litovsk; mientras que alguien podría estar parado fuera del inmenso edificio de piedra y no escuchar nada.

Paavo miró a la guardia de la patrulla fronteriza y pensó en todo lo que estaba sellado detrás de su ceño fruncido, todas las tareas que había llevado a cabo como madre y como hija, como amante: la miró fijarse en el jersey del bebé, admirar la complejidad del patrón, tejido con las agujas y la lana del calibre más fino, tricotado con tanto cuidado y tanto amor, como si su inocencia pudiera sobrevivir al mundo. La vio pensar que podría coger el jersey y dárselo a su nieto, y así demostrar que le pagaban para negar, cada día laborable, el valor mismo de ese vínculo. La inocencia y la violación. Con cada giro de tuerca el tirano convierte tu esperanza en algo más preciso. Y nada enfurece más a un tirano que la esperanza.

Siempre era la misma pesadilla. Sofia no era capaz de purgarla de su sueño. Finalmente, se la contó a Paavo; ya no hacía falta susurrar, pero era un hábito difícil de romper.

Ella estaba caminando detrás de ellos, no le llevaban mucha ventaja, quizá unos diez metros, cuando desaparecieron. Giró la cabeza para mirar a un lado y a otro de la playa, que en aquel lugar equivalía al mundo entero, cincuenta kilómetros en cada dirección. Habían desaparecido, pero aún oía sus voces dentro del gigantesco romper y arrastrar del mar. Bueno, no eran sus voces, era solo la de Paavo dándole pacientemente a su hijo, Aimo, de seis años, una explicación que el niño no era capaz de seguir. Incomprensiblemente, lo podía oír con toda claridad por encima del rugido de las olas. Los alcanzó y vio por dónde se habían caído. La costa había sido devorada por debajo, un labio de roca que el mar atrapó, retirando la arena de tal forma que había un borde gradual y luego una caída más rápida hasta que la playa colgaba sus buenos siete u ocho metros sobre las olas, desapareciendo de la vista como un salto de lobo. Los siguió, deslizándose hacia abajo donde ellos estaban, y se giró para ver que la playa se había ido, que la vista estaba bloqueada al revés, sin nada más que una pared de roca a sus espaldas.

El mar, ancho y lento en la playa que tenían encima, era terrorífico desde la tira inferior, miles de millas de fuerza impredecible, entrando y saliendo, un desasosiego agotador. La arena que había detrás ya no estaba a solo unos escalones, sino que se había convertido en un acantilado, y tendrían que desandar sus pasos durante mucho rato para ser capaces de volver a escalar; el borde de playa que quedaba parecía ahora más corto, y se derretía ante sus ojos. Los alcanzó y agarró la mano de su hijo. Chilló contra el viento que tenían que volver. «La marea, ahora». Y entonces corrió, con la manita de Aimo dentro de la suya, pisadas duras sobre la arena blanda y el agua crecida. Paavo miraba a su alrededor, despreocupado, y se giró para mirarla, sonriendo.

Tenía el recuerdo de alguien sosteniendo a su hijo, Aimo, cuando tenía dos semanas, cómo aquel hombre había salido al balcón y se había asomado, sosteniendo sin darse cuenta a su amado hijo en el borde. Y cómo una vez alguien había cerrado de

golpe la puerta de un coche apenas a un centímetro de la cabeza de Aimo cuando tenía dos años.

Le quemaba el aliento. Echó la vista atrás, hacia donde miraba Paavo con indiferente asombro ante la inmensidad del mar. Gritó, le suplicó, pero ni ella era ya capaz de escuchar su propia voz. Finalmente, llegó a un lugar en el que el borde de la playa era escalable, y levantó a Aimo y subió tras él, cuando ya apenas le quedaban fuerzas. Ahora veía la cantidad de playa que había sido tragada y también que no estaban fuera de peligro, y urgió a Aimo a correr con ella, tierra adentro, hacia la línea borrosa de árboles al viento. Ya estaban perdiendo ventaja y no pararon de correr hasta que llegaron a la tapia del mar y subieron los escalones. Entonces se dio cuenta de que no había dejado de gritar llamando a Paavo en todo el camino.

Encontró los binoculares en el bolso y vio que se estaba riendo: de ella. Desafiante y divertido ante lo que consideraba su percepción maternal del peligro. Entonces él le hizo un ademán con la mano para que se marchara, despidiéndola, un gesto que ella detestaba. Revisó la playa para ver si había alguien que pudiera ayudarla, que lo convenciera de moverse, pero la playa estaba vacía. Siguió mirando por los binoculares, agitando la mano, gritándole, a pesar de su desconsideración. Y entonces vio cómo giraba la cabeza de repente y, cuando volvió a mirarla, ella descubrió, en el cristalito de los binoculares, cómo le había cambiado la cara. La alarma en la forma de la boca. Por fin empezó a correr. Pero el lugar donde el borde de la playa aún era lo bastante bajo como para escalarlo había sido devorado por el mar, la marea había invadido la playa completamente, hasta el muro mismo, y, cuanto más fuerte nadaba hacia el muro, ahora apenas visible, una línea más oscura como un trazo de lápiz sobre el cielo oscurecido, más lejos se encontraba. Ahora también se estaba yendo muy deprisa la luz, como si el paisaje tuviera grano de tan oscuro, como si también el mar estuviese perdiendo la batalla contra el cielo, un rosado leve que llenaba los espacios de oscuridad, pero rápidamente se empapaban como papel secante. Arriba, la primera estrella se endureció contra la noche profunda y el mar lo azotó de repente y se lo llevó. En un instante, parecía a muchas millas de la orilla. Siguió mirando, con los binoculares apretados contra la mejilla, aunque ya no podía verlo. En ese momento, Paavo vio cómo desaparecía toda la costa; como si no

supiera que la luna tomaba posesión del mar cada día, como si ella no se hubiera empeñado en darle la tabla de mareas en mano todos los días desde su llegada, como si no supiera lo rápido que desciende la oscuridad, como si no supiera perfectamente que uno puede ahogarse simplemente por quedarse quieto. Contempló el oscuro mar mientras se rendía al giro del mundo. A lo lejos, crestas blancas centelleaban y desaparecían en la oscuridad casi total. Ahora estaba sollozando, de rabia, llevaba advirtiéndole de las mareas desde siempre. En ese momento era furia, furia, furia lo que la poseía, mientras madre e hijo se abrazaban y contemplaban el horizonte. Y miraban y miraban buscando cualquier rastro de él. Incontables veces creyeron ver a Paavo escalando el muro de mar, pero no era él, no era nadie. Más tarde, pensaría que tal vez era un truco de la lejanía, de la creciente oscuridad, lo que hacía parecer que lo veía, a muchos kilómetros de distancia, entre las olas, o escalando el muro de mar. Incluso mientras miraba sabía que no podía ser: no podía ser, mientras esperaba, mirando hacia delante, enfurecida, mirando hacia atrás con esperanza. Allí se quedaron, mirando hacia fuera, el pequeño Aimo llorando de frío, mientras florecían las estrellas, incontables, arrojadas como si fueran sal, sobre la agotadora indiferencia del mar.

Después de que Sofia le contara este sueño a Paavo, nunca tuvo que volverlo a soñar. Pero, aun con todo, no terminó de abandonarla, le tenía miedo, la sobrevolaba cerca de su alcance; como la pesadilla de mirar por la ventanilla de un avión a treinta mil pies de altura y ver un rostro.

La explicación de Paavo le parecía verdad: que tenía que seguir soñándolo no por el terror, sino para poder despertarse cada vez y encontrarlo a su lado, después de todo.

IX
Rue Gazan, París, 1908

Nuestro hermoso día de primavera. El glorioso prado florido, el ramo que llevaste hasta nuestra casa, Eugène, para llenar el pesado jarrón de cristal y que la sedienta calta palustre, la mahonia y la genista, con todos sus brillantes amarillos, pudieran beber y beber el agua fría y clara como un silbido.

Esa noche no fui capaz de comprender que las flores silvestres que habías recogido para nosotros te hubieran sobrevivido.

En la muñeca, el segundero de tu reloj nuevo seguía avanzando a trompicones, aunque tu pulso se hubiera parado.

Nunca había organizado un funeral. Lo único que sabía era que no podía soportar que hubiera flor alguna sobre tu tumba.

Tiene que haber sido insoportable estar apretado contra el aire, oírme gritar tu nombre, no ser capaz de contestar. En ese entonces ninguno de los dos sabíamos hablar el lenguaje de los muertos. Pero, ahora, ni a mis oídos ni a mis ojos se les escapa ninguna de las señales que me mandas: un centelleo de luz entre los árboles, un soplo de viento en la cara, un pájaro que pasa ratos muy largos posado en una rama junto a mí, sin miedo. Nunca había comprendido cómo la ausencia de miedo abre hueco al amor.

Ernest Rutherford y su joven esposa estaban en París y nos invitaron a todos a cenar a casa de Paul Langevin aquella preciosa noche de junio de 1903, para celebrar el doctorado de Marie Curie. Nos habíamos trasladado al exterior para tomar café en su tranquilo jardín con vistas al parque Montsouris, se había hecho de noche y Pierre Curie sacó su linterna —un tubo de cobre bañado en una solución de radio y sulfato de zinc—, que relucía débilmente entre las hojas como la carne perfecta de un

amante que existe solo en la imaginación. Tal vez fuera aquella luz terrosa, o toda la conversación que mantuvimos sobre madame Palladino y la mesa de levitación, pero siempre he recordado el sentimiento que tuve, escuchando aquella noche a los Curie —ese temblor, la primera vez que me daba cuenta de que la naturaleza, bajo aquella nueva luz de linterna, podía contener algo que parecía tan extraño, algo que era imposible saber si era presagio o promesa—. Y una cosa era pensar sobre los elementos en piedra o pecblenda, el corazón radiante de materia inanimada, e incluso una radiación espiritual dentro del cuerpo humano material, y otra muy distinta pensar en lo concomitante: que podría haber, en el mundo abstracto, en el dominio de los muertos, el residuo del deseo —la persistencia del ansia en un cuerpo fantasma—, sentir una manzana en la mano, sentir el calor del sol y el frío del mar, sentir el sabor de la sal en los labios de otro, sentirse abierta y abrazada. Ay, si los muertos pudieran recordar. Nunca había considerado esta posibilidad. En las sesiones de espiritismo de madame Palladino, los investigadores científicos habían atado los brazos de la médium y la habían tomado de las manos, le pisaron los pies con sus propios pies e insistieron en que en la habitación hubiera luz suficiente como para poder vigilar cualquiera de sus movimientos. Pierre Curie contó cómo le habían medido las contracciones musculares de los miembros con instrumentos sensibles mientras los objetos volaban por la habitación; monitorizaron las vibraciones acústicas, los campos magnéticos y eléctricos; usaron electroscopios y compases y galvanómetros para analizar los objetos que se movían a distancia. Y, con todo, madame Palladino abrazaba el aire mismo con sus poderes, y la mesa se levantó, y una fuerza invisible abrió las cortinas, y nadie, ni toda la inteligencia de la Académie, pudo detectar el engaño. En la habitación en penumbra de la sesión, se había percibido tanto el olor de la caza —la avaricia de la ciencia, su fusión de conocimiento y control— como la saciedad del misterio inexpugnable. Yo los escuchaba a todos y no era capaz de decidirme —Pierre Curie era especialmente convincente, insistiendo en que la ciencia jamás debería cerrarse a lo que no comprende—. ¿Y quién hablaría por los muertos, quién podría probar si sabían o sentían, o lo que sabían o sentían? Creyera o no creyera uno en tales manifestaciones —objetos

autopropulsados, mensajes telepáticos, embrujos—, la verdad era intocable. Las leyes de la naturaleza ejercerían su voluntad a pesar de todo. Y, además, pensaba yo, si la observación transforma el fenómeno, ¿qué manera hay de saber nada?

En aquel cálido jardín veraniego, entre las ramas de los árboles, el tubo radioluminiscente siguió reluciendo con su frío fuego. Me encontré de pie junto a Marie Curie. Tal vez fuera porque le dije que el fulgor de su radio —no su color, sino su magia— me recordaba a cómo el aliento se torna visible en el aire frío, como si pudiéramos ver lo que no se dice, ver incluso el silencio; quizá porque yo era una mujer matemática y le recordaba a su querida amiga británica Hertha Ayrton, o sencillamente porque era una novedad tan bienvenida el hablar de mujer a mujer, me confesó, en susurros, que estaba embarazada. Y allí de pie las dos, sonriéndonos la una a la otra, la luna encendida salió de detrás de una nube, moviéndose despacio por el cielo como un vaso sobre una ouija.

Todo aquel rato, Eugène, estuve en el jardín de los Langevin escuchando a los demás hablar, todo el tiempo que pasé imaginando el lejano fulgor del radio en la negra marmita sin fondo de pecblenda, como vocecitas de fosforescencia llamando débilmente desde el fondo del mar, e imaginando la luminosidad de las almas flotando sobre una mesa de espiritismo; incluso mientras pensaba en el hecho de que el acto mismo de percibir altera lo que vemos, tú me estabas mirando; hasta que el mundo se transformó de un lugar en el que yo no había sabido de tu existencia a un lugar en el que siempre estarías vivo. Después de la fiesta cruzamos la calle juntos y nos asomamos a los murmullos de la vida del parque Montsouris. Estoy acostumbrada a negociar lo práctico con lo abstracto, pero en ese momento, en aquella silenciosa calle contigo, no entendía por qué habría de decirte buenas noches o volver a mi casa sola nunca más.

Ya ansiaba verme consumida por la fascinación de la vida ordinaria de tu cuerpo, de sumergirme en cada detalle y gesto descuidado, cómo sostenías un vaso, o una pluma o un cuchillo y un tenedor, si abrías las revistas y leías primero la portada o la contraportada. Era el vértigo que siempre había deseado, que mi caída no tuviera fin, que no hubiera fronteras para conocer o amar a otro. Que no hubiera tapia de tiempo, ni callejón sin

salida de traición, aburrimiento, egoísmo. ¿Cómo es posible percibir este potencial, estos hermosos modos subjuntivos, en el espacio eterno de apenas unos momentos? Y, sin embargo, yo lo supe: la certeza salvaje de que tú guardabas el secreto de mi futuro.

Y entonces comenzamos a andar, rue Gazan, avenue Reille, como si habitáramos el mismo sueño, y empezamos una conversación como más tarde compartiríamos las mismas páginas del calendario, fluyendo entre tu caligrafía y la mía, registrando juntos nuestros días; y la tinta invisible de nuestras noches. Me contaste, a tu manera dulce y curiosa, el momento en el que te diste cuenta de que querías pasar el resto de tu vida estudiando el mundo, a los catorce años, pasando unos días con tu tío y tus primos en la falda de los Cárpatos; me hablaste de lugares sobre los que yo no sabía nada, sobre las arboledas de abedules, los chopos, los sauces, los trigales y los molinos de Mazovia; el olor de la resina en el bosque cerca de Gdansk; ver a las vacas bamboleándose en la niebla para ir a beber al río Brok; los pícnics en Marki, Sklody, Salzbrunn, Silesia, disfrazarte y bailar, reír y hablar en tu lengua materna, y tu asombro ante las vastas bibliotecas en aquellas mansiones campestres en las que no había ni un solo libro en el idioma del opresor.

Nos llevaste a Sandor, a Marcus y a mí a ver algunos de aquellos lugares —el mundo de tu infancia; después me dijiste que nunca querrías volver, como si todo lo que habías conocido fuera una mentira—, porque la historia, me dijiste, cambia el pasado, no solo el futuro.

Marcus empieza a enterrar sus sentimientos en soledad, pero el pequeño Sandor sigue siendo dulce y abierto como siempre, sigue llorando cuando algo no va bien, sigue buscando la mano de su hermano mayor. Tenías razón, mi amor sabio, al pensar que cuidarían el uno del otro —no son medio hermanos, son hermanos—.

Al principio de casados, te preocupaba que yo me sintiera abandonada si me dabas la espalda en sueños. Me ponías la mano en el corazón y me decías: no importa la dirección en la que miremos, tú estás a mi izquierda y yo a la tuya.

Hasta la noche que nos conocimos, nunca hubiera imaginado —cada uno a un lado de la frontera entre el aliento y la muerte— que nuestro anhelo, ay, fuera el mismo.

X
Highcliffe, Dorset, 1912

Hertha estaba sentada en la playa como una diosa de piedra, hermosa, sólida, sabia; mientras que Marie yacía a su lado, un montón de harapos, un espectro, una ofrenda. Marie había sido sacrificada ante la turba, y Hertha sabía lo que significaba que te dieran cobijo. La habían destruido, pensaba Hertha, se lo habían arrebatado todo hasta dejar solo esta pila de huesos, dormida por fin en una manta a su lado mientras el mar entraba y entraba, sin repetirse, sin terminar. La leal señorita Manley vigilaba a los niños, contentos de saber que madame Marie Curie, agotada por tantas batallas, descansaba. Ya se podía ver en qué mujeres se convertirían las hijas de Marie, pensó Hertha, cada una de ellas reflejo de un aspecto de su amiga, el intransigente y el juguetón, como dos elementos separados y destilados. Las hijas de Marie vivirían más allá de ellas, cambiarían el mundo, vengarían a su madre y a todas las mujeres que eran percibidas como un cuerpo o un cerebro, pero nunca como un alma. Vengarían a la hija sufragista de la propia Hertha, encerrada en ese mismo momento en la cárcel de Holloway por manifestarse. Nunca dejarían de pronunciarse sobre lo que era correcto. El vestido y el chal de Marie se movieron en la brisa, pero Marie siguió durmiendo, bajo mínimos, sin vida, como algo descartado, olvidado. Dios mío, pensó Hertha, contemplando a su amiga, qué es lo que te han hecho, y solo por enamorarte. Marie era una pequeña guerrera en un campo militar dirigido por hombres, siempre tendría que demostrar su valía. Qué cansadas estamos, pensó Hertha, de tener que decir persistentemente lo que es correcto.

La señorita Manley vino a decirles que era la hora de la cena. ¿Despertamos a madame? No, dijo Hertha, déjala

dormir, déjala dormir, yo me quedaré aquí hasta que despierte. Déjanos algo caliente. Y la señorita Manley, sonriendo, estuvo perfectamente de acuerdo y asintió.

Marie una vez le había contado a Hertha que guardaba una diminuta cantidad de radio en un bote junto a su almohada. Cuando se despertaba por la noche podía quedarse en la cama bañada por la luz lunar que había descubierto en la brea. En realidad, nadie había creído que estuviera allí. Excepto Pierre, claro. Pero había sido ella, con sus cucharas de pino de Bohemia, la que se había pasado semanas en la nieve, removiendo el perol.

Ahora Marie había cruzado el Canal en Calais, sin ser vista, con velo y viajando bajo su nombre de soltera, Maria Skłodowska —una prueba, si acaso hiciera falta, de que la verdad es el único disfraz necesario en un mundo corrupto—. Los periódicos de París ya estaban midiendo el tamaño de su cabeza y de sus rasgos faciales en un intento de denunciar su malignidad racial, ahora era una extranjera, una infiltrada degenerada que, según decían —ahora no podía ser más que evidente—, también le había robado a su difunto marido francés su legítimo título como descubridor en solitario de un nuevo elemento; y cuya obstinada ambición de venir a Francia había sido en realidad la de convertirse en una viuda manipuladora empeñada en apartar a un marido, que había sido un santo, de su santa esposa. Y finalmente, acerca de ese segundo Premio Nobel que ha ganado usted, señora Curie, le pedimos que, en su vergonzoso estado, ni lo acepte ni acuda a la recepción. Langevin había escrito a los periódicos para defenderla, se había batido en duelo para restaurar el honor de ambos, pero era demasiado tarde, siempre es demasiado tarde en el momento que los lobos prueban la sangre.

Pero ahora —Hertha lo había organizado todo— iban a pasar agosto todos juntos, escondidos y protegidos en Highcliffe; por fin las hijas de Marie podrían estar con su madre sin que las acosaran, en una casa de molino desusada en el bosque de Chewton Glen. Todos lo habían hecho bien, nadie sabía dónde estaban. Hertha estaba segura de ello, su amiga podría recuperar su salud gracias tanto al silencio del bosque como al aire marino. El solo hecho de estar ahí, sin ser descubiertas, era como escupir en el ojo del opresor. Y

Hertha sabía que no había medicina más importante que saber que había alguien en el mundo que conocía en profundidad tu corazón y te protegería. Hertha pensó, sin ironía: madres de todas las tierras, uníos.

Solo había habido un momento de inquietud.

Una tarde habían parado en la farmacia, de vuelta a casa desde la playa, para ver si les daban algo que ayudara a Marie a dormir.

La tienda estaba vacía de clientes. El farmacéutico estaba leyendo un periódico. Levantó la vista y Hertha le explicó lo que necesitaban.

—¿Esto sería para usted? —preguntó el boticario.

Hertha se percató de su acento.

—No —respondió—. Es para mi amiga.

Entonces él miró a Marie, y Hertha supo de repente que habían dado con el único farmacéutico francés de todo Dorset.

—Hay tisanas que podrían funcionarle bien a su amiga —respondió rápidamente el boticario.

Las condujo a un estante y seleccionó una lata.

—Es completamente segura —dijo, mirando a Hertha y no a Marie—. Yo le recomendaría este remedio a mi propia madre. Yo mismo lo tomo. Y el remedio más sencillo muchas veces es el mejor.

Hertha asintió.

—Le daré una muestra para probar. Si le funciona a su amiga, pueden volver por más. —Envolvió la lata en papel y se la entregó a Hertha—. Sin coste —dijo.

—¿A quién le debemos semejante amabilidad? —preguntó Hertha.

—Me llamo Marcus, pero solo soy el suplente, normalmente trabajo en una tienda del norte.

Les dio las buenas noches y salieron de nuevo a la calle. Ya era bien tarde y el viento que soplaba desde el mar era frío. Mientras estuvieron en la farmacia, la mano de Marie, crispada, no había abandonado el hueco del codo de Hertha. Ahora esta notó que su amiga relajaba el puño. Marie miró a Hertha con un principio de sonrisa.

—A lo mejor no te ha reconocido en absoluto, a lo mejor solo estaba siendo amable —dijo Hertha.

Pero las dos sabían que habían sido descubiertas.

—Podríamos inventar mil historias para explicar la amabilidad de este boticario —dijo Marie.

—De la misma manera —asintió Hertha— que podríamos hacerlo para explicar la amabilidad de cualquier desconocido.

—Quizá sepa lo que es escapar de un escándalo, quizá vino aquí porque se enamoró de una inglesa, quizá ya estaba casada, o casado, cuando se conocieron… —dijo Marie.

—Quizá sea viudo —dijo Hertha—, aunque parecía, la verdad, demasiado joven.

Siguieron caminando, con Marie aún agarrada al brazo de Hertha.

—¿De verdad necesitamos que nuestra propia desgracia nos enseñe a ser amables? —preguntó Marie.

—Creo que tal vez sí —dijo Hertha.

—Ese es un pensamiento muy oscuro —declaró Marie. Vaciló—. Me niego a creerlo.

El aire marino está haciendo su trabajo, pensó Hertha. Marie nunca les iba a dar la victoria de su amargura. Ya había dado un primer paso para salir del espejo en el que la habían encerrado.

Les llevó solo unos pocos minutos caminar hasta el final del pueblo y no era más que un paseo corto la vuelta a la casa del molino, pasando entre los árboles.

Justo antes de que tomaran el camino del bosque, se detuvieron y se giraron para echarle una última ojeada al mar. Nunca se puede separar la luz de la luna del mar —la luz de la superficie en la que se refleja—, ni tampoco, claro, la luz de la luna de la propia luna. Igual que no se puede separar la luna de las mareas o de la fuerza que opera en ambas. La fuerza existe siempre, ya sea cuando dos cosas animadas o inanimadas se sostienen una a otra, o cuando algo animado sostiene una cosa que no tiene voluntad ni deseo, una manzana en la mano. El mar es tan antiguo, casi tan antiguo como la tierra, pensó Hertha, y la luna, ¿qué edad tendría la luna? Algún día conocerían la respuesta; y había tantas cosas más que a ella le gustaría poder calcular por sí misma, como las probabilidades en los patrones aparentemente azarosos de la naturaleza, como los dibujos que el mar hacía sobre la arena… Pero, por ahora, había

tareas más urgentes que llevar a cabo.

—¿En qué piensas? —preguntó Marie.

—En la fuerza —dijo Hertha.

—Algún día alguien llegará al fondo de esa cuestión.

—O subirá a su cima —dijo Hertha.

Qué bueno era reírse. Seguían siendo bastante jóvenes. Y, sin embargo, qué viejas amigas.

Les leerían a las niñas antes de acostarse y luego se leerían la una a la otra, hasta que Marie cerrara los ojos.

—Gracias —dijo Marie— por sugerirme que viniera.

—Hiciste bien en venir —dijo Hertha.

—Hiciste bien *tú*.

Volvieron a reír.

—Solo a una mujer científica se le ocurriría revolver un caldero durante meses —dijo Hertha.

—Revolver hasta incitar a la revuelta.

Contemplaron el mar por última vez. Una casi podía creerse que París no existía.

—Ya verás —dijo Hertha—, las mujeres jóvenes sabrán que eres maravillosa, ellas comprenderán, exactamente, por qué debemos insistir en el amor.

Marie negó con la cabeza.

—Hasta tus hijas —dijo Hertha—. Hasta Pierre.

Y fue entonces cuando Marie empezó a llorar.

Hertha abrazó a su amiga, y el viento salado y el verde del bosque las abrazaron a ambas.

—Fui tonta —dijo Marie— al pensar que encontraría dos veces esa clase de felicidad.

Hertha había consolado a mujeres toda su vida; había dado cobijo, le habían dado cobijo a ella. Tenía siete años cuando murió su padre polaco. Había ayudado a su madre a criar a sus siete hermanos. Hertha tenía una hija y una hija adoptiva. Era una luchadora por los derechos de las mujeres y había cuidado a personas que habían hecho huelgas de hambre hasta devolverles la salud. Conocía los distintos tipos de lágrimas que lloraban las mujeres, y comprendía las lágrimas específicas que lloraba Marie ahora, que no eran por haber encontrado la felicidad dos veces, ni siquiera por sentir esta humillación, o esta ira ante la injusticia; sino porque hay un momento en el que una mujer cree haber perdido su última

oportunidad. El gran duelo de la vida.

—Es porque habías conocido la felicidad por lo que podías creer en ella —dijo Hertha—. ¿Cuándo te has rendido tú cuando creías en algo? Quieren que hagamos ese trato, siempre el mismo trato, en contra de nosotras mismas: una parte de nosotras a expensas de la otra. Por supuesto que queremos demostrar que se equivocan. Y, aunque fracasemos, lo correcto sigue siendo intentarlo. Y, además —añadió con astucia—, tú fuiste a Suecia y te sentaste delante del rey y nadie te lo pudo impedir.

Casi habían llegado. Vieron luz en las ventanas. El cielo por encima de los árboles estaba saturado de estrellas. Soluto máximo. Un mapa del tiempo.

Se quedaron allí de pie un momento antes de entrar.

Hertha pensó en la caída de Babilonia, en cómo los sacerdotes se quedaron solos en la ciudad vacía para seguir con sus trabajos, registrando fielmente los cambios que observaban en el cielo. Lo habían vigilado durante años hasta que, por fin, las estrellas y los planetas revelaron un orden matemático. ¿Son nuestras creencias las que nos llevan a percibir un orden, o es el orden lo que nos convence?

Pensó en el famoso reloj astronómico de Praga, de quinientos años de antigüedad, con su esqueleto blandiendo un reloj de arena —polvo eres, las arenas del tiempo—, y en cómo aquellos primeros relojes, como las campanas de las iglesias que hacían sonar su dedicación a la eternidad, marcaban el tiempo cósmico, el orden mayor del planeta que gira y sus estaciones; y no en el limitado bien de consumo en que se había convertido el tiempo, en los ajustes mínimos de la fábrica y el taller. Pensó en las sufragistas encarceladas en huelga de hambre y en los implacables cálculos del gobierno, que contaba los días antes de liberar a sus prisioneras exactamente en el último momento, de forma que las mujeres no pudieran convertirse en mártires de la causa.

—No quiero pensar en relojes cuando miro el mar y las estrellas —dijo Hertha—. Quiero pensar en lo incesante y lo infinito, en una línea interminable que fluye hacia el futuro, o al menos en ciclos tan largos que nunca los aprehenderemos. Pero… aquí estoy, pensando en relojes y en que el tiempo se nos escapa.

Nuestras máquinas gobiernan nuestro comportamiento, pensó Hertha, pero nunca nos enseñarán el sentido de las cosas.

¿Ese sentido está en el corazón del comportamiento, o es el comportamiento el que está en el corazón del sentido de las cosas? La ciencia nunca debería confundir ambos, el comportamiento de la materia con su motivación: el sentido de la vida se halla más allá del alcance y la intención de la ciencia. La ciencia nunca podrá determinar si hay algo más allá de lo que es carne y hueso, porque tal pregunta es inadmisible.

—¿En qué piensas? —preguntó Marie.

—En carne y hueso —dijo Hertha.

—Yo no pensaba en los muertos cuando vi los rayos X de Becquerel —dijo Marie—. No pensé en los esqueletos que hay bajo tierra. Pensé: estos huesos vivos forman la amada mano de su mujer.

Siempre habían hablado de esta manera, una conversación a la deriva, como dos hermanas compartiendo una cama de noche, susurrando en la oscuridad.

Del caldero revuelto asciende un vapor. El mundo microbiano recibe nuestros huesos. Quizá el sentido radique en el cambio de estado, pensó Hertha. El propósito de las sinapsis es el espacio entre ellas; en ese hueco hay significado. ¿Qué edad tiene la luz de las estrellas? Siempre hay un hueco de tiempo entre un objeto y que nosotros lo veamos —justo del mismo modo en que no podemos ver las estrellas y justo de la misma forma en que nosotros no existiremos, pensó Hertha con tristeza, para quienes podrán ver la luz de nuestras estrellas—.

Las mujeres nunca duermen, pensó Hertha.

—No hay tiempo para dormir —dijo Marie.

En la farmacia de Highcliffe, Marcus volvió a su periódico y contempló la cara de Marie. Quería tomar su mano y decirle que había visitado Polonia de niño; que tenía un padre polaco y una madre francesa; deseaba haber pronunciado en voz alta el nombre de su padre muerto y haberle dicho que Eugène había nacido en los montes Tatras. Anhelaba decirle que le deseaba lo mejor.

Más tarde, Marie sacaría su diario para escribirle a Pierre, y Hertha le escribiría a William. Menuda pareja de polacas, pensó Hertha, escribiéndoles a sus muertos; mujeres científicas, viudas de físicos, cuyos adorados maridos siempre habían estado alerta a las nuevas ideas, que nunca fingían haberse dormido cuando había que decir algo importante, y que habían compartido el apetito de escuchar. Un amor así era un triunfo. Escribirían como han escrito siempre las mujeres: tarde, a la luz de la lámpara, mientras los niños duermen.

XI
Captain's Wood, Suffolk, 2010

Cada vez que Helen James paseaba por el bosque llevaba la gorra de su padre, con su forro suave remendado y como nuevo, un remiendo impecable que su padre nunca había tenido la oportunidad de disfrutar. El forro seguía siendo perfecto, una mezcla de seda, recordó, muy duradera, que había resistido todo este tiempo.

A veces Helen cantaba mientras caminaba. Cuando cantas todo te escucha, pensó, y cuando escuchas todo te canta.

A veces se giraba y su padre estaba a su lado, tan cerca que si estuviera vivo sentiría su aliento en el pelo. Seguía echándolo de menos; pero su callada presencia, cuando llegaba, no parecía haber sido conjurada por su anhelo. No necesitaba ponerle nombre ni explicarla. Sabía que los humanos siempre se han sentido así; era tan sencillo como ver un ciervo al borde de un bosque, o saber que ha nevado por la noche por el cambio de luz en el dormitorio al despertar, algo que puede percibirse de ordinario. No hace falta explicarlo más de lo que haga falta explicar ninguno de nuestros sentidos —ni el oído ni el gusto, ni sentir el viento —. La lenta evolución de la percepción: los primeros vertebrados que se trasladaron del agua a la tierra, que empezaron a desarrollar lo que luego se convertiría en pabellones auditivos, detectaban frecuencias bajas como vibraciones en la cabeza; la zona fotosensible que evolucionó hasta convertirse en el alfiler del ojo en su cuenca, de esponjas fotosensibles a la copa ocular de la medusa *Tripedalia cystophora*, la diversidad de ojos de los moluscos, los pájaros con sus cuatro pigmentos visuales, su asombrosa agudeza a distancia, ese umbral de frecuencia de *flicker* que detecta el movimiento del sol y la luna cruzando el horizonte.

Cuando nos salieron los ojos y empezamos a ver cosas, ¿pensarían otros de nuestra especie que estábamos locos? Tal vez sencillamente comience así: siempre, justo al llegar a la misma curva del sendero que se adentra en los árboles, la mano de él encuentra la de ella.

XII
Golfo de Finlandia, 2025

Un campo se convierte en un campo de batalla; luego vuelve a convertirse otra vez en un campo. Las palabras brotan en un papel termal de fax, a mil kilómetros de donde fueron escritas. Un hombre fabrica música ósea de los proscritos. La verdad, donde empieza el arrepentimiento, es de una oscuridad ligeramente más pálida que la derrota. La Cadena Báltica, una cadena humana de dos millones de personas, de más de 675 kilómetros de largo, que atravesaba tres países, se mantiene en pie en solidaridad durante quince minutos. La nieve es ligeramente más oscura que el cielo. Caen las bombas. Un hombre que sobrevivió a una guerra muere en otra. En silencio, un charco empieza a formarse donde no ha habido agua en treinta y cuatro millones de años. Hay flagelos bacterianos afanados en sus microscópicas tareas. Cae la noche. Bandadas de estorninos como humaredas, retorciéndose en el cielo mientras la luz se rinde al planeta que gira. El mar se hincha bajo la luna. Alguien se mueve en sueños, haciendo hueco para otra persona. Alguien lee, alguien revuelve un caldero, en algún lugar la lluvia martillea una alcantarilla metálica, y a un hombre le recuerda a las tormentas y los monzones sobre los que leyó en la infancia. La luz de la luna, esa ladrona, escoge cada uno de los objetos de una mesilla de noche, los toca y se los lleva; la habitación queda a oscuras. En un pupitre junto a una cama, una mujer contempla conjuntos causales, el espacio-tiempo, redes libres de escala, mientras un niño crece en su interior. Cuántas maneras hay de yacer en un campo.

Pensamos en la historia como en momentos de turbulencia cuando convergen fuerzas, el estallido repentino del suelo que

pisamos, la catástrofe. Pero a veces la historia no es más que detritus: montículos concheros, redes fantasmas, playas panorámicas de arena plástica. A veces es las dos cosas: una convergencia continua de historias que se desarrollan demasiado deprisa, o demasiado despacio, como para seguirlas; a veces son tan íntimas que es imposible conocerlas. Algún día, un geólogo identificará el centímetro de estrato rocoso que demostrará que la Antártida en su día estuvo cubierta de hielo. Alguien encontrará la bandera que ondeaba en el Polo Sur a la deriva en una playa ecuatorial. La historia es liminal, es el umbral entre lo que sabemos y lo que no podemos saber; la tierra y el cielo, un solo plano coordinado en la bruma. El que rescata al rescatador. La lucidez terminal. Los pocos kilómetros, un girar la cabeza, entre el exceso y la hambruna. Una cirugía a la luz de una batería de coche. Estrellas invisibles a la luz del día.

Aimo la vio entrar en el café que tenía aquellos dulces piramidales en el escaparate y las mesas, sillas, cubertería y vajilla desparejadas; todo el café era como una nemotecnia de todas las comidas que hubieran compartido.

Quizá Anna hubiese quedado con alguien, o acabara de entrar para encargar una de sus famosas tartas. La esperó al otro lado de la calle, pero no volvió a salir. Quizá estuviera sentada en una mesa sola, con un café con leche y un libro, esperando a alguien —aquí, en su café, donde él le había abrochado el collar con la cadena que resultó ser de la longitud exacta para que la perla reposara en perfecta simetría entre sus pechos, como si su deseo la hubiera medido —. Esperó, pero ella seguía sin salir. Pronto se arriesgó a ir a la puerta y mirar dentro. Estaba en la barra, leyendo, con una taza humeante, la bufanda y el bolso a su lado, ese mismo bolso que él le había comprado en Ámsterdam el día del cumpleaños de la reina, con la ciudad entera disponiendo al exterior sus mercancías, un mercadillo épico, apenas costó nada pero estaba destinado para ella, con ese cuero marrón tan suave, que cerraba como un sobre, la seda desvaída del forro de los colores de un bosque otoñal; le encajaba en la mano como si lo hubiese hecho para ella, como todo lo que se ponía, una colección de prendas amadas encontradas en

mercados y en tiendas de segunda mano, la blusa de seda, la chaqueta de tweed, medio traje de chaqueta, todo de mediados del siglo pasado, el leve aroma en el cuello que lo hacía suyo, todo listo para dejarlo caer, para salir de la ropa, para levantársela, abrírsela, desatársela, sacársela, desabrochársela, abrir cierres, mantenerlos cerrados, volverlos a abrir.

Cuando Anna por fin salió no pensaba seguirla; conocía el balanceo de sus brazos, la longitud de sus pasos, el leve roce de sus muslos en sus medias oscuras; se acompasó enseguida, con familiaridad, a la velocidad de su cuerpo, y por eso no la alcanzó.

Ella entró en una tienda —para comprar un tipo especial de papel de dibujo, él se acordaba de esto—, y, cuando abandonó la tienda, él de nuevo fue incapaz de cerrar la distancia que los separaba.

El largo fusible de la memoria, siempre encendido.

Aimo la siguió por las calles de la ciudad vieja, cruzando la plaza con la iglesia de la cúpula, hasta el parque. Era una fría tarde de primavera. Árboles negros de lluvia.

El ocaso, la última luz; no, la última no.

Tenía miedo de recordar solo lo suficiente como para desearla, pero no lo suficiente como para encontrarla otra vez.

Algún día Anna llegaría a comprender que todo aquello que creía una pérdida era algo encontrado.

Las calles de la ciudad se tornaron borrosas y luego volvieron a iluminarse con luz artificial.

Se giró para ver si él la estaba siguiendo; como algo que se mueve al borde de un bosque, sin dejarse ver del todo.

Tenía el pelo espeso, de punta, como para cogerlo a puñados, un lugar donde agarrarse; una cara de líneas profundas, de huesos fuertes. Su aspecto era el de alguien que ha sido amado, pero solo hace mucho tiempo.

Conocía a una mujer que se enamoró de una cara que vio

en un anuncio cuando tenía quince años. Él no se parecía en nada a aquel, pero tenía algo que le recordaba a esa historia, y a cómo uno podía enamorarse de una fotografía como si fuera el recuerdo de alguien.

La puerta se abre; en la falda de la colina, al borde del mar, en un pequeño jardín urbano, en un café donde ella lee mientras cae la nieve. La escarcha como tul en los campos, el olor a tabaco en una playa desierta.

Se puso el jersey gordo y abrió la bolsa que llevaba al hombro. Aimo olvidó su libro sobre la mesa del café, Anna lo vio y corrió tras él. Él le dio las gracias, se separaron, echaron a andar en direcciones opuestas. Y luego, aguijoneados por ese anhelo, por esa sensación de pertenencia que nadie puede nunca explicar, ambos se giraron, y miraron atrás.

Cae la nieve, inventando su propio silencio.

¿Quién puede decir qué ocurre cuando somos recordados?

Agradecimientos

En medio del mar escuché los abedules de las montañas;
en el viento salado, tu voz en los árboles.

Gracias muy especiales, y de décadas de duración, a Alexandra Pringle. Gracias a Jared Bland, Diana Miller, Roberta Mazzanti, Stephanie Sinclair, Ruta Liormonas, Heather Sangster, Jennifer Griffiths, Allegra Le Fanu, Elisabeth Denison, Janis Freedman Bellow, Eve Egoyan, david sereda, Seán Virgo, Gareth Evans, Simon McBurney, Andrew Wylie, Tracy Bohan, Nigel Newton, Kristen Cochrane. Y, siempre y como siempre, a Rebecca y Evan.

La cita del capítulo IV, «qué terribles son todos los ángeles», es de la primera de las *Elegías de Duino*, de Rilke, traducidas al inglés por Stephen Mitchell.[*]

[*] La cita en castellano proviene de la traducción de Adan Kovacsis y Andreu Jaume. *(N. del e.)*.



Título original: *Held*
Primera edición en castellano: septiembre de 2024

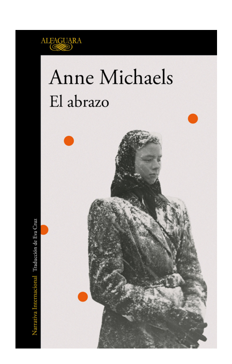
ISBN: 978-84-204-7794-7

Composición digital: MT Color & Diseño, S.L.
www.mtcolor.es

La esperada nueva novela de la autora de Piezas en fuga, ganadora del Orange Prize y del Guardian Fiction Prize y Una de las cien novelas que dan forma al mundo según la BBC: una historia arrolladora e íntima de amor y lealtad entre generaciones.

«La poderosa novela de Anne Michaels no podría ser más oportuna: la guerra y sus daños, pasando de generación en generación a lo largo de un siglo».

Margaret Atwood



1917. En un campo de batalla cerca del río Escaut, John yace sin poder moverse ni sentir las piernas tras una explosión. Luchando por concentrar sus pensamientos, se pierde en la memoria mientras cae la nieve.

En 1920 John ha regresado de la guerra a North Yorkshire. Está vivo, pero no entero. Vive con Helena y reabre su negocio de fotografía, intenta seguir viviendo, pero el pasado

irrumpe insistentemente en el presente, cuando los fantasmas empiezan a aparecer en sus fotografías.

Así comienza una narración que abarca cuatro generaciones de conexiones que se encienden y reencienden a medida que avanza el siglo y a veces, en momentos radiantes de deseo y trascendencia, unas chispas vuelan hacia arriba, obrando sus transformaciones décadas después.

La crítica ha dicho:
«Luminiscente [...]. Su bellísima prosa mantiene una atmósfera de hechizo de principio a fin [...]. Cada página de esta obra maestra contiene una línea para saborear».
Publishers Weekly

«Una novela compleja que viaja en el tiempo y explora el trauma, la pérdida y el impacto duradero del amor [...]. Pocos autores equilibran las atrocidades de la historia con el consuelo de las relaciones humanas con tanta eficacia como la novelista y poeta canadiense Anne Michaels. Tiene un talento asombroso para encontrar conexiones sanadoras y emociones reparadoras en circunstancias infernales».
Financial Times

«La poderosa novela de Anne Michaels no podría ser más oportuna: la guerra y sus daños, pasando de generación en generación a lo largo de un siglo. A través de luminosas secuencias de azar, transformación y hasta de gracia, Michaels expone nuestra humanidad: sus profundidades y sus sombras».
Margaret Atwood (vía Twitter)

«Michaels habita en episodios con cualidad cuántica».
Sunday Times

«Convincente y bien elaborado».
The independent, Book of the month

«Hay una belleza lírica en su nueva novela, que se mueve a través del tiempo desde 1917 hasta 2025... Tiene la habilidad

de la poeta para captar cómo se filtra la memoria, cómo está siempre encendida, como una larga mecha, y sus descripciones están llenas de claridad y conocimiento inquietante…Con Anne Michaels sabes que estás en presencia de una sensibilidad real y rica».

The Independent UK

«Una historia de amor, memoria y tiempo inteligentemente fragmentaria que baraja las esperanzas y los sueños de cuatro generaciones […] a firmeza intelectual de Michaels coexiste con un corazón tierno[…] Una autora excepcionalmente abierta a la belleza.

Lucy Hughes Hallett, *The Guardian (A Guardian Book of Autumn 2023)*

Anne Michaels es una poeta y novelista canadiense. Su aclamada primera novela, *Piezas en fuga* (Alfaguara, 1997), obtuvo el Orange Prize y el Guardian Fiction Prize, fue adaptada al cine y ocupó durante años la lista de los libros más vendidos en Canadá. En 2020, fue elegida por la BBC como una de las cien novelas que dan forma al mundo. Su siguiente novela, *La cripta de invierno* (Alfaguara, 2010) fue finalista del Scotiabank Giller Prize, del Trillium Book Award y del Commonwealth Writers' Prize, y fue nominada al International IMPAC Dublin Literary Award.

Anne Michaels es autora de cinco poemarios muy celebrados, del libro de ensayo *Infinite Gradation* (2018) y, junto a John Berger, de la obra de teatro *Railtracks* (2013). Sus libros han sido traducidos a más de cuarenta y cinco idiomas y ha sido galardonada con numerosos premios internacionales como el Trillium Book Award, el Premio Letterario Giusepe Acerbi, el Lannan Literary Award for Fiction y el Commonwealth Poetry Prize for the Americas. Actualmente vive en Canadá. *Held* es su esperada nueva novela.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

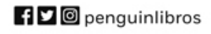
En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club





Índice